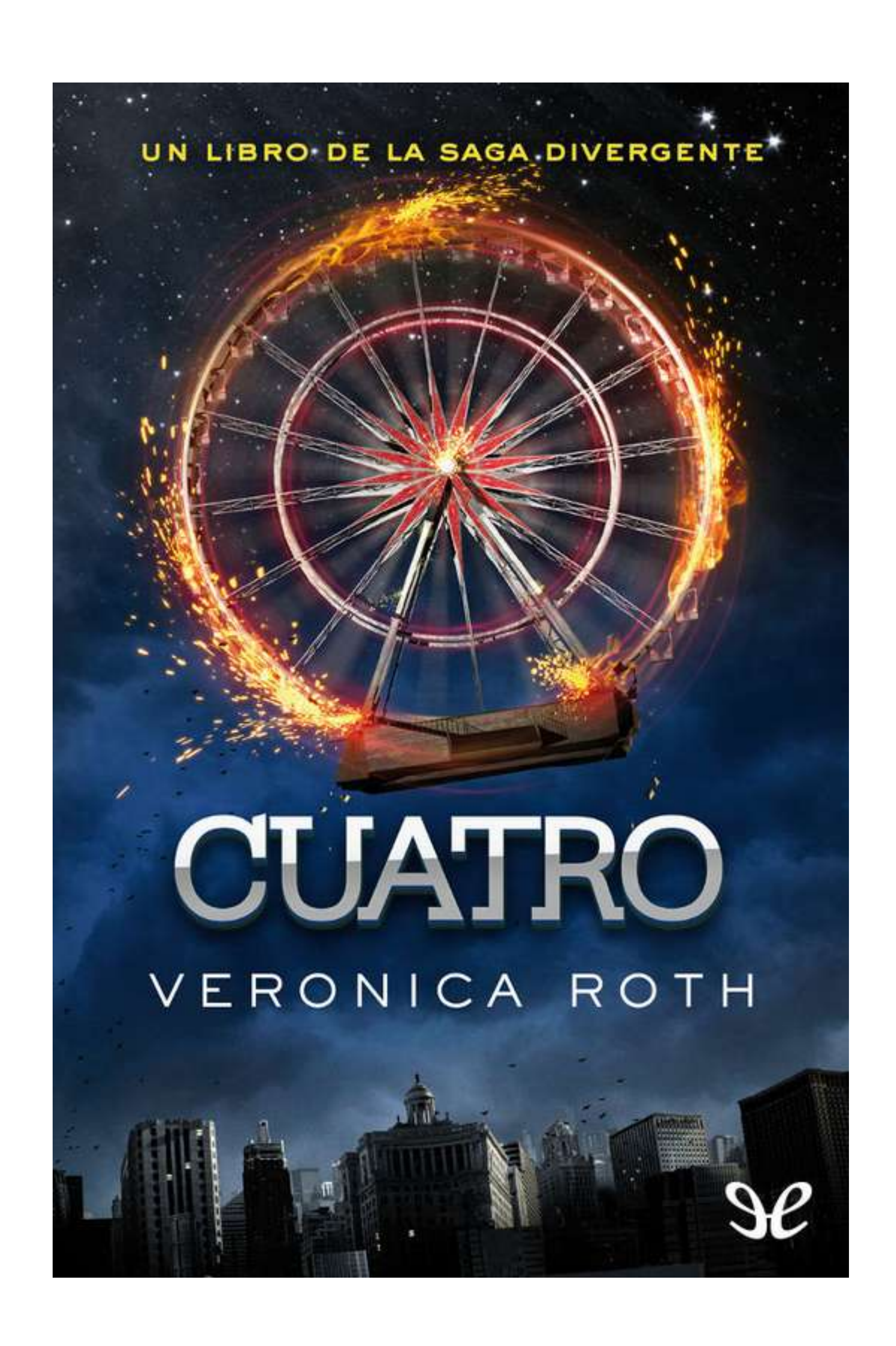

UN LIBRO DE LA SAGA DIVERGENTE
CUATRO
VERONICA ROTH

Las cuatro piezas incluidas en *Cuatro* (*El trasladado* , *El iniciado* , *El hijo* , *El traidor* y tres escenas adicionales) darán a los lectores de la serie *Divergente* , la mirada del popular Tobias sobre distintos momentos únicos en la épica trilogía.

Cuatro historias cortas y tres escenas inéditas que te revelarán lo que nunca llegaste a saber del mundo de *Divergente* .



Veronica Roth

Cuatro

Divergente - 0

ePub r1.2

Titivillus 24.04.16

Título original: *Four. A Divergent Collection*

Veronica Roth, 2014

Traducción: Pilar Ramírez Tello

Diseño de la cubierta original: Joel Tippie

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



A mis lectores,

que son sabios y valientes

INTRODUCCIÓN

Cuando empecé a escribir *Divergente* , lo hice desde la perspectiva de Tobias Eaton, un chico abnegado que mantenía una relación bastante tensa con su padre y que ansiaba liberarse de su facción. Me bloqueé a las treinta páginas porque el narrador no era muy adecuado para la historia que quería contar. Cuatro años después, cuando retomé el relato, encontré al personaje perfecto para conducirla: esta vez se trataba de una chica de Abnegación que quería averiguar de qué pasta estaba hecha. Sin embargo, Tobias nunca desapareció, sino que se introdujo en la historia como Cuatro, el instructor, amigo, novio e igual de Tris. Siempre he querido profundizar más en esta figura por cómo cobraba vida cada vez que aparecía en una página. Para mí es un personaje con mucha fuerza, sobre todo por su manera de superar las adversidades e incluso, en varias ocasiones, crecerse ante ellas.

Las tres primeras historias, «El trasladado», «El iniciado» y «El hijo», tienen lugar antes de que conozca a Tris. En ellas seguimos su camino desde Abnegación hasta Osadía, donde descubrirá su propia fuerza. En la última, «El traidor», que se solapa en el tiempo con la parte central de *Divergente* , conoce a Tris. Tenía muchas ganas de incluir el momento en que se conocen, pero, por desgracia, no encajaba en la cronología de la historia… Sin embargo, podréis encontrarlo al final del libro.

La serie sigue la trayectoria de Tris a partir del momento en que toma el control de su vida y de su identidad; y con estas historias podemos ver cómo Cuatro hace lo mismo. El resto, como dicen, es historia.

VERONICA ROTH

EL TRASLADADO

Salgo de la simulación con un grito. Me escuecen los labios y, cuando aparto la mano, compruebo que tengo sangre en la punta de los dedos: debo de haberme mordido durante la prueba.

La mujer osada que se encarga de la prueba de aptitud (se llama Tori, según me ha dicho) me mira raro mientras se estira el cabello hacia atrás y se lo recoge en un moño. Tiene los brazos completamente cubiertos de tinta: llamas, rayos de luz y alas de halcón.

—Cuando estabas en la simulación…, ¿eras consciente de que no se trataba de algo real? —me pregunta Tori mientras apaga la máquina.

Su tono es despreocupado, al igual que su expresión, pero se trata de una despreocupación premeditada, aprendida tras años de práctica. Sé reconocerla en cuanto la veo; siempre la reconozco.

De repente noto cómo me late el corazón. Es lo que mi padre dijo que sucedería: que me preguntarían si había sido consciente de que era una simulación. También me dijo lo que debía responder cuando lo hicieran.

—No. Si lo hubiera sido, ¿crees que me habría mordido así el labio?

Tori me observa atentamente durante unos segundos; después se muerde el aro del labio antes de anunciar:

—Felicidades. Has conseguido un resultado de Abnegación perfecto.

Asiento con la cabeza, aunque la palabra «Abnegación» es como una sentencia de muerte.

—¿No estás contento? —me pregunta.

—Los miembros de mi facción lo estarán.

—No te pregunto por ellos, sino por ti.

Las comisuras de los labios y de los ojos de Tori se inclinan hacia abajo, como si de ellos colgara un peso. Como si algo la entristeciera.

—Esta habitación es segura —añade—. Aquí puedes hablar con plena libertad.

Esta mañana, antes de llegar al colegio, yo ya sabía cuál sería el resultado de mis elecciones en la prueba de aptitud. He escogido la comida en vez del arma. Me he arrojado delante del perro para salvar a

la niña. Sabía que, después de tomar esas decisiones, la prueba terminaría y me darían un resultado de Abnegación. Y no sé si habría tomado las mismas decisiones si mi padre no me hubiera entrenado, si no hubiera controlado a distancia cada segundo de la prueba. Entonces ¿qué esperaba? ¿Qué facción quería?

«Cualquiera de ellas. Cualquiera, menos Abnegación».

—Estoy satisfecho —respondo con determinación.

Por mucho que diga, no estoy en una habitación segura; las habitaciones seguras no existen, ni las verdades seguras, ni secretos que sea seguro contar.

Todavía noto los dientes del perro mordiéndome el brazo, desgarrándome la piel. Saludo con la cabeza a Tori y me dirijo a la puerta, pero, justo antes de marcharme, ella me sujeta por el hombro.

—Tú eres el que debe vivir con tu elección —dice—. Los demás se sobrepondrán y lo superarán, decidas lo que decidas, pero tú no lo harás nunca.

Abro la puerta y salgo.

Vuelvo al comedor y me siento a la mesa de Abnegación, entre una gente que apenas me conoce. Mi padre no me permite asistir a casi ningún acontecimiento de la comunidad. Asegura que causaré problemas, que perjudicaré su reputación. Me da igual, prefiero estar en mi dormitorio, en la casa en silencio, antes que rodeado de los deferentes y contritos abnegados.

Sin embargo, debido a mi continua ausencia, los demás abnegados desconfían de mí, están convencidos de que tengo algo malo, de que estoy enfermo, peco de inmoral o, simplemente, soy raro. Ni siquiera los dispuestos a saludarme con la cabeza llegan a mirarme a los ojos.

Me siento y me aprieto las rodillas con las manos mientras observo las otras mesas, mientras los demás alumnos terminan sus pruebas de aptitud. Los eruditos han cubierto su mesa de material de lectura, aunque no están todos estudiando, sino fingiendo, compartiendo conversación en vez de ideas y clavando rápidamente la mirada en las páginas cada vez que creen que alguien los mira. Los veraces hablan a voz en grito, como siempre. Los cordiales ríen, sonríen, se sacan comida de los bolsillos y se la reparten. Los osados son estridentes y chillones, se retrepan en mesas y sillas, se apoyan unos en otros o se pinchan y se provocan entre ellos.

Yo quería cualquier otra facción, cualquier otra facción que no fuera la mía, en la que todos han decidido ya que no merece la pena prestarme atención.

Al final, una mujer erudita entra en el comedor y levanta una mano para pedir silencio. Los abnegados y los eruditos se callan de inmediato, pero no consigue que los osados, los cordiales y los veraces sean conscientes de su presencia hasta que no grita: «¡Silencio!».

—Las pruebas de aptitud han terminado —anuncia—. Recordad que está prohibido hablar sobre los resultados, incluso con vuestros amigos y vuestra familia. La Ceremonia de la Elección será mañana por la noche en el Centro. Calculad que tendréis que llegar diez minutos antes del inicio. Podéis marcharos.

Todos corren a las puertas, salvo nuestra mesa, que espera a que todo el mundo salga antes de ponerse en pie. Conozco el camino que seguirán mis compañeros abnegados para salir, por el pasillo y las puertas principales hacia la parada del autobús. Es posible que estén allí más de una hora, dejando a los demás subir antes que ellos. Creo que no puedo seguir soportando este silencio.

En vez de seguirlos, me cuelo por una puerta lateral y salgo al callejón que hay junto al colegio. Ya conozco esta ruta, aunque suelo recorrerla despacio para que no me vean ni me oigan. Hoy me limito a correr.

Corro hasta el final del callejón y salgo a la calle vacía tras saltar por encima de un socavón de la acera. El viento me azota con mi chaqueta abnegada, suelta, así que me la quito de los hombros para que ondee detrás de mí, como una bandera, antes de soltarla. Me remango la camisa hasta los codos mientras corro, frenando un poco cuando mi cuerpo ya no es capaz de aguantar el ritmo. Es como si la ciudad entera pasara junto a mí, emborronada, unos edificios pegados a otros. Oigo mis pisadas como si me fueran ajenas.

Al final tengo que detenerme porque me arden los músculos. Estoy en el páramo sin facción, entre el sector de Abnegación y la sede de los eruditos, la de los veraces y nuestros lugares comunes. En todas las reuniones de la facción, nuestros líderes, normalmente a través de mi padre, nos piden que no tengamos miedo de los abandonados, que los tratemos como seres humanos y no como criaturas rotas y perdidas. Sin embargo, a mí jamás se me había ocurrido tenerles miedo.

Me acerco a la acera para mirar por las ventanas de los edificios. Casi todo lo que veo son muebles viejos en habitaciones vacías, algunas con basura en el suelo. Cuando se fueron prácticamente todos los habitantes de la ciudad (debieron irse, ya que nuestra población actual no basta para llenar los edificios), lo hicieron sin prisas, porque dejaron todo muy limpio. No queda nada interesante.

Sin embargo, al pasar frente a uno de los edificios de la esquina, veo algo dentro. La habitación del otro lado de la ventana está tan vacía como las demás por las que he pasado, pero, al otro lado de la puerta, veo una brasa encendida.

Frunzo el ceño y me detengo junto a la ventana para ver si se abre. Al principio no cede, pero la sacudo un poco y se levanta. Primero meto el torso por el hueco, después las piernas, y caigo al interior del otro lado con las extremidades hechas un ovillo. Me pican los codos cuando me los araño en el suelo.

El edificio huele a comida, humo y sudor. Me acerco despacio a la brasa mientras presto atención por si se oye alguna voz que me avise de la presencia de abandonados. Solo percibo silencio.

En la habitación de al lado han oscurecido las ventanas con pintura y tierra, pero unos cuantos rayos de luz consiguen abrirse paso a través de ellas, así que veo que hay camastros enroscados por el suelo y viejas latas con restos de comida seca dentro. En el centro de la habitación hay una parrillita de carbón. Casi todas las brasas están blancas, gastadas, pero queda una encendida, lo que sugiere que alguien ha estado aquí recientemente. Y, a juzgar por el olor y la abundancia de latas y mantas, no se trataba de una sola persona.

Desde siempre me han enseñado que los abandonados viven sin comunidad, aislados. Ahora, al ver este lugar, me pregunto por qué me lo creí. ¿Por qué no iban a formar grupos como nosotros? Es parte de nuestra naturaleza.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta una voz que me recorre como una descarga eléctrica.

Me vuelvo y veo a un hombre mugriento de rostro cetrino en la habitación de al lado. Se está limpiando las manos en una toalla raída.

—Estaba… —empiezo a responder, mirando la parrilla—. Es que he visto fuego y he entrado.

—Ah.

El hombre se mete la esquina de la toalla en el bolsillo de atrás. Lleva pantalones negros de Verdad parcheados con tela azul de Erudición y una camisa gris de Abnegación como la que yo llevo puesta. Está delgado como un fideo, aunque parece fuerte. Lo bastante fuerte para hacerme daño, cosa que no creo que haga.

—Gracias, supongo —dice—. Aunque aquí no hay ningún fuego.

—Ya lo veo. ¿Qué es este lugar?

—Mi casa —responde con una sonrisa fría. Le falta un diente—. No sabía que tendría invitados, así que no me he molestado en ordenarla.

Aparto la vista del hombre y la dirijo a las latas del suelo.

—Debes de dar muchas vueltas en la cama para necesitar tantas mantas.

—Nunca había conocido a un estirado tan cotilla —responde mientras se me acerca con el ceño fruncido—. Me resultas familiar.

Sé que no nos hemos podido encontrar antes, no donde vivo, rodeado de casas idénticas en el barrio más monótono de la ciudad, rodeado de gente con idéntica ropa gris e idéntico pelo corto. Entonces se me ocurre: aunque mi padre trate de mantenerme oculto, no deja de ser el líder del consejo, una de las personas más importantes de la ciudad, y yo me parezco a él.

—Siento haberte molestado —le digo con mi mejor tono abnegado—. Me voy.

—Te conozco —insiste el hombre—. Eres el hijo de Evelyn Eaton, ¿no?

Me pongo rígido al oír su nombre. Hace años que no lo hago, ya que mi padre no lo pronuncia nunca y finge no reconocerlo cuando lo oye. Volver a estar conectado con ella, aunque sea solo por un parecido facial, me resulta extraño, como ponerme una prenda vieja que ya no me sirve.

—¿De qué la conocías?

Debió de conocerla bien para verla en mi rostro, que es más pálido que el de ella y con ojos azules, en vez de castaño oscuro. La mayoría de las personas no se fijan lo suficiente para descubrir los rasgos que teníamos en común: los dedos largos, la nariz aguileña, las cejas rectas y fruncidas.

Vacila un momento.

—De vez en cuando se presentaba voluntaria con los abnegados: repartía comida, mantas y ropa. Era fácil recordar su cara. Además, estaba casada con un líder del consejo. ¿No la conocía todo el mundo?

A veces sé cuándo miente la gente por la presión que ejercen sobre mí sus palabras, incómodas y erróneas, como una erudita cuando lee una oración gramaticalmente incorrecta. No sé de qué conocería a mi madre, pero no es porque una vez le diera una lata de sopa. Sin embargo, deseo tanto oír más sobre ella que no insisto.

—Murió, ¿lo sabías? Hace años.

—No, no lo sabía —responde, esbozando una mueca de tristeza—. Siento oírlo.

Me resulta extraño estar de pie en este lugar que huele a seres vivos y humo, entre estas latas vacías que hablan de pobreza y del fracaso de los que no logran encajar. Por otro lado, lo de negarse a pertenecer a unas categorías arbitrarias que hemos creado para nosotros mismos también posee cierto atractivo, un aire de libertad.

—Tu Ceremonia debe de ser mañana, porque tienes cara de preocupación —comenta—. ¿En qué facción has entrado?

—Se supone que no puedo contárselo a nadie —respondo automáticamente.

—Yo no soy nadie. Como si no existiera. Es lo que significa no tener facción.

Sigo sin decir nada. La prohibición de contar los resultados de la prueba de aptitud o cualquier otro secreto está bien asentada en el molde que me hace y rehace todos los días. Es imposible cambiarlo.

—Ah, eres de los que cumplen las normas —dice, como si se sintiera decepcionado—. Tu madre me dijo una vez que le daba la impresión de que la inercia era lo que la había conducido a Abnegación. Era el camino más fácil. —Se encoge de hombros—. Joven Eaton, créeme cuando te digo que merece la pena ir por el difícil.

Eso me cabrea. No debería hablar sobre mi madre como si le perteneciera a él y no a mí, no debería hacer que me cuestione todo lo que recuerdo de ella solo porque puede que una vez le sirviera comida. No debería decirme nada en absoluto: no es nadie, un abandonado, sin facción, sin nada.

—¿Ah, sí? —respondo—. Pues mira adónde te ha llevado el camino difícil, a vivir de latas en edificios en ruinas. No suena demasiado bien.

Me vuelvo hacia la puerta por la que ha salido él. Sé que ahí encontraré una salida que dé a un callejón; me da igual qué callejón sea, solo quiero largarme de aquí rápidamente.

Camino procurando no pisar las mantas. Cuando llego al pasillo, el hombre dice:

—Preferiría comer de una lata antes que estar asfixiado en una facción.

No miro atrás.

Cuando llego a casa me siento en el escalón delantero y me paro unos minutos a respirar el fresco aire primaveral.

Mi madre fue la que me enseñó a robar estos momentos, momentos de libertad, aunque ella no lo supiera. Yo la observaba hacerlo, escabullirse

de noche por la puerta mientras mi padre dormía y volver a entrar en casa cuando la luz del día empezaba a asomar por detrás de los edificios. Lo hacía incluso cuando estaba con nosotros, de pie frente al fregadero, con los ojos cerrados, tan alejada del presente que ni siquiera me oía cuando le hablaba.

Pero aprendí algo más observándola: que los momentos de libertad siempre se acaban.

Me levanto y me sacudo los restos de cemento de los pantalones grises antes de abrir la puerta. Mi padre está sentado en el sillón del salón, rodeado de papeleo. Me yergo con orgullo para que no me regañe por andar encorvado. Me dirijo a la escalera; a lo mejor deja que me vaya a mi cuarto sin prestarme atención.

—Cuéntame lo de tu prueba de aptitud —dice, señalando el sofá para que me siente.

Recorro la habitación esquivando con cuidado los papeles de la alfombra y me siento en el punto que señala, justo al borde del cojín para poder levantarme deprisa.

—¿Y? —insiste, quitándose las gafas para mirarme con expectación. Noto la tensión en su voz, la tensión que solo brota después de un día difícil en el trabajo. Debo tener cuidado—. ¿Cuál ha sido el resultado?

Ni siquiera se me ocurre negarme a responder.

—Abnegación.

—¿Nada más?

—No, claro que no —respondo, frunciendo el ceño.

—No me mires así —me regaña, y mi ceño se alisa—. ¿No ha pasado nada raro durante la prueba?

Durante la prueba sabía dónde estaba, sabía que, aunque parecía que me hallaba en el comedor de mi instituto, en realidad estaba sentado en una silla de la sala de la prueba de aptitud, conectado a una máquina mediante una serie de cables. Fue extraño. Pero no quiero hablar de ello ahora, no cuando veo que el estrés hierve en su interior, preparándose para la tormenta.

—No.

—No me mientas —responde, y me coge por el brazo con dedos de hierro. No lo miro.

—No miento. Salió Abnegación, como esperábamos. La mujer apenas me miró al salir de la sala. Lo prometo.

Me suelta. Me palpita la piel del apretón.

—Bien. Algunos de mis compañeros del consejo van a venir esta noche, así que tienes que cenar temprano.

—Sí, señor.

Antes de que se ponga el sol saco algo de comer de los armarios de la cocina y del frigorífico: dos panecillos, zanahorias frescas que todavía llevan el rabo, un trozo de queso, una manzana y los restos de un pollo sin condimentos. Todo sabe a lo mismo, a polvo y engrudo. Mantengo la mirada fija en la puerta para no tropezarme con los colegas de mi padre. No le gustaría encontrarme aquí cuando lleguen.

Estoy acabando de beberme un vaso de agua cuando el primer miembro del consejo aparece en la puerta, así que atravieso corriendo el salón antes de que mi padre abra. Él espera con la mano en el pomo y la ceja enarcada mientras yo llego a la barandilla. Mi padre señala la escalera, y yo la subo deprisa mientras él abre la puerta.

—Hola, Marcus.

Reconozco la voz: es Andrew Prior, uno de los mejores amigos de mi padre en el trabajo, lo que no significa nada, ya que, en realidad, nadie conoce a mi padre. Ni siquiera yo.

Desde lo alto de la escalera miro a Andrew, que se limpia los zapatos en el felpudo. A veces los veo a él y a su familia, la perfecta unidad abnegada: Natalie y Andrew, y el hijo y la hija (no son gemelos, pero los dos están dos cursos por debajo de mí en el instituto), caminando muy formales por la acera y saludando con la cabeza a los viandantes. Natalie organiza los trabajos voluntarios de los abnegados, así que supongo que mi madre la conoció, aunque ella rara vez asistía a los acontecimientos sociales de Abnegación; prefería ocultar sus secretos en esta casa, como yo.

Andrew encuentra mi mirada, y yo me apresuro a recorrer el pasillo hasta mi dormitorio y cierro la puerta.

Aparentemente, mi cuarto está tan vacío y limpio como todos los demás dormitorios abnegados. Las sábanas y mantas grises de Abnegación están bien remetidas bajo el fino colchón, y mis libros de texto, bien colocados en una torre perfecta sobre el escritorio de contrachapado. Hay una pequeña cómoda con varios conjuntos idénticos de ropa junto a la ventanita, que solo deja entrar un diminuto rayo de luz a última hora de la tarde. A través de la rendija puedo ver la casa de al lado, que es igual que la mía, salvo porque está metro y medio más al este.

Sé cómo la inercia llevó a mi madre hasta Abnegación, si es que aquel hombre decía la verdad sobre lo que ella le había contado. Me veo en la misma situación mañana, cuando me ponga frente a los cuencos de los elementos de las facciones con un cuchillo en la mano. Hay cuatro facciones que no conozco y en las que no confío, con prácticas que no comprendo, y solo una que me resulta familiar, predecible y comprensible. Si bien elegir Abnegación no me reportará felicidad de por vida, al menos sí que será algo más cómodo.

Me siento en el borde de la cama. «No es verdad», pienso, y entonces me trago la idea porque sé de dónde viene: de mi parte infantil, la que teme al hombre que preside el salón. El hombre cuyos nudillos conozco mejor que su abrazo.

Me aseguro de que la puerta está cerrada y bloqueo el pomo con la silla del escritorio, por si acaso. Después me agacho junto a la cama y meto la mano para sacar el baúl que guardo debajo.

Me lo dio mi madre cuando yo era pequeño. A mi padre le dijo que era para las mantas de repuesto, que lo había encontrado en un callejón. Pero, cuando lo metió en mi dormitorio, no lo llenó de mantas, sino que cerró la puerta, se llevó un dedo a los labios y lo colocó sobre mi cama para abrirlo.

Dentro del baúl abierto había una estatuilla azul. Parecía agua cayendo, aunque en realidad era cristal, un cristal completamente transparente, pulido y perfecto.

«¿Qué hace?», le pregunté en aquel momento.

«No hace nada obvio —respondió, sonriendo, aunque era una sonrisa tensa, como si temiera algo—, pero quizá pueda hacer algo aquí dentro —explicó, tocándose el pecho justo por encima del esternón—. Es el poder de las cosas bellas».

A partir de entonces he ido llenando el baúl de objetos que a otros les parecerían inútiles: viejas gafas sin cristales, fragmentos de placas base desechadas, bujías, cables pelados, el cuello roto de una botella verde, una hoja de cuchillo oxidada. No sé si a mi madre le habrían parecido bellos, ni siquiera si a mí me lo parecen, pero todos me llamaron del mismo modo que la estatuilla: como si fueran cosas secretas y valiosas, aunque solo sea porque la gente las pasaba por alto.

En vez de pensar en el resultado de mi prueba de aptitud, cojo los objetos uno a uno y les doy vueltas en las manos hasta memorizarlos por completo.

Me despierto, sobresaltado, al oír los pasos de Marcus en el pasillo, justo frente a mi dormitorio. Estoy tumbado en la cama con los objetos esparcidos por el colchón, a mi alrededor. Sus pasos se detienen al acercarse a la puerta, y yo recojo las bujías, las placas base y los

cables, los lanzo al interior del baúl, lo cierro con llave y me la guardo en el bolsillo. En el último segundo, cuando el pomo empieza a moverse, me doy cuenta de que la escultura sigue fuera, así que la meto debajo de la almohada y empujo el baúl para ocultarlo bajo la cama.

Después me abalanzo sobre la silla y la saco de debajo del pomo para que mi padre pueda entrar.

Cuando lo hace, se queda mirando con aire suspicaz la silla que tengo en las manos.

—¿Qué haces? —pregunta—. ¿Intentas evitar que entre?

—No, señor.

—Es la segunda vez que me mientes hoy —dice Marcus—. No he criado a un mentiroso.

—Es que…

No se me ocurre nada que decir, así que cierro la boca y devuelvo la silla a su sitio en el escritorio, justo detrás de la pila perfecta de libros de texto.

—¿Qué estabas haciendo que no querías que viera?

Me aferro al respaldo de la silla y me quedo mirando los libros.

—Nada —respondo en voz baja.

—Ya van tres mentiras —dice, en voz baja, pero tan dura como el acero.

Empieza a avanzar hacia mí, y retrocedo instintivamente. Sin embargo, en vez de intentar tocarme, se agacha y saca el baúl de debajo de la cama; después, intenta abrirlo. No cede.

El miedo me atraviesa el estómago como un cuchillo. Me pellizco el dobladillo de la camisa, pero no siento las puntas de los dedos.

—Tu madre aseguraba que era para guardar mantas —dice—. Decía que por la noche tenías frío. Sin embargo, siempre me he preguntado una cosa: si lo único que guarda son mantas, ¿por qué lo cierras con llave?

Extiende la mano con la palma hacia arriba y arquea las cejas, mirándome. Sé lo que quiere: la llave. Y tengo que dársela porque siempre sabe cuándo miento; lo sabe todo sobre mí. Saco la llave del bolsillo y la dejo caer en su mano. Ahora no siento las palmas y empiezo a respirar superficialmente, como me pasa cada vez que noto que mi padre va a estallar.

Cierro los ojos cuando abre el baúl.

—¿Qué es esto? —pregunta mientras manosea sin cuidado alguno mis objetos más preciados y los mueve por el baúl. Después los saca uno a uno y me los lanza—. ¿Para qué necesitas esto… o esto…?

Me encojo una y otra vez, y no tengo respuestas. No las necesito. Ninguna.

—¡Esto apesta a autocomplacencia! —grita, y empuja el baúl del borde de la cama, de modo que su contenido se desperdiga por el suelo—. ¡Envenena de egoísmo esta casa!

Tampoco siento la cara.

Sus manos se estrellan contra mi pecho. Me tambaleo hacia atrás y me golpeo contra la cómoda. Después levanta la mano hasta la altura de su cara para golpearme, y grito, con la garganta atenazada por el miedo:

—¡La Ceremonia de la Elección, papá!

Él se detiene, con la mano levantada, y me encojo, retrocedo de nuevo hasta la cómoda con los ojos demasiado nublados para ver nada. Normalmente intenta no hacerme moratones en la cara, sobre todo en días como mañana, en los que habrá tanta gente mirándome, observándome mientras escojo.

Baja la mano y, por un segundo, creo que su enfado se ha extinguido, que se ha aplacado su ira. Pero entonces dice:

—De acuerdo. Quédate aquí.

Me hundo contra la cómoda. No soy tan tonto como para pensar que se irá, lo meditará y volverá para disculparse. Nunca lo hace.

Regresará con un cinturón, y no nos resultará difícil ocultar las marcas que me grabe en la espalda debajo de una camisa y una obediente expresión abnegada.

Me vuelvo con un escalofrío, me agarro al borde de la cómoda y espero.

Por la noche duermo boca abajo; el dolor perfora cada uno de mis pensamientos y mis posesiones rotas están tiradas en el suelo, a mi alrededor. Después de pegarme hasta que tuve que meterme el puño en la boca para ahogar un grito, pisoteó cada objeto hasta romperlo o mellarlo dejándolo irreconocible. Luego lanzó el baúl contra la pared, de modo que la tapa se salió de las bisagras.

Entonces aparece la idea: «Si eliges Abnegación, jamás te librarás de él».

Oculto la cara en la almohada.

Pero no soy lo bastante fuerte para resistirme a la inercia abnegada, a este miedo que me empuja por el camino diseñado por mi padre.

A la mañana siguiente me doy una ducha fría, no para ahorrar, como enseñan los abnegados, sino porque me entumece la espalda. Me visto despacio con la ropa suelta y sosa de mi facción, y me coloco frente al espejo del pasillo para cortarme el pelo.

—Déjame a mí —dice mi padre desde el final del pasillo—. Al fin y al cabo es tu Día de la Elección.

Dejo el cortapelos en la repisa del panel corredero e intento enderezarme. Mi padre se pone detrás de mí, y aparto la mirada cuando la máquina empieza a vibrar. La hoja solo tiene una protección, solo hay una longitud de pelo aceptable para un hombre abnegado. Hago una mueca cuando me sujeta la cabeza, y espero que no lo vea, que no se dé cuenta de que cualquier roce suyo me aterra.

—Ya sabes lo que esperar —dice.

Me tapa la parte superior de la oreja con una mano mientras me pasa la máquina por el lateral de la cabeza. Hoy intenta protegerme la oreja de un corte, mientras que ayer me azotaba con un cinturón. La idea es como un veneno que me recorre entero. Casi resulta divertido, casi me dan ganas de reír.

—Te colocarás en tu sitio; cuando te llamen, darás un paso adelante para recoger tu cuchillo. Después te cortarás y dejarás caer la sangre en el cuenco correcto.

Nos miramos a los ojos a través del espejo, y él esboza algo parecido a una sonrisa. Me toca el hombro y me doy cuenta de que ya somos más o menos de la misma altura, del mismo tamaño, aunque me sigo sintiendo mucho más pequeño.

Entonces añade amablemente:

—El cuchillo solo te dolerá un momento. Después habrás elegido y todo acabará.

Me pregunto si recuerda lo que pasó ayer o si ya lo habrá guardado en uno de los compartimentos de su mente para separar su faceta de monstruo de su faceta de padre. Sin embargo, yo no cuento con esos compartimentos, así que veo todas sus identidades superpuestas: monstruo, padre, hombre, líder del consejo y viudo.

De repente me late tan deprisa el corazón y me arde tanto el rostro que apenas logro soportarlo.

—No te preocupes por mi resistencia al dolor —le digo—. Tengo mucha práctica.

Por un segundo, sus ojos son como dagas en el espejo y mi ira ardiente desaparece para dar paso al miedo, ese sentimiento tan familiar. Pero se limita a apagar la máquina, depositarla en la repisa y bajar la escalera, dejando que sea yo quien se encargue de barrer el pelo cortado, sacudírmelo de los hombros y el cuello, y guardar el cortapelos en el cajón del cuarto de baño.

Después vuelvo a mi dormitorio y me quedo mirando los objetos rotos del suelo. Los reúno con cuidado en una pila y los tiro uno a uno en la papelera que hay junto al escritorio.

Me pongo de pie haciendo una mueca. Me tiemblan mucho las piernas.

En este momento, al contemplar la cruda realidad de la vida que me espera, los restos destrozados de lo poco que poseía, pienso: «Tengo que salir de aquí».

Es un pensamiento potente. Noto su fuerza vibrando en mi interior como el tañido de una campana, así que lo pienso de nuevo: «Tengo que salir de aquí».

Camino hacia la cama y deslizo la mano bajo la almohada, donde la estatuilla de mi madre sigue a salvo, azul y reluciente bajo la luz de la mañana. La pongo sobre el escritorio, al lado de la pila de libros, y salgo del cuarto, cerrando la puerta a mi paso.

Al bajar estoy demasiado nervioso para comer, pero me meto un trozo de tostada en la boca para que mi padre no me haga preguntas. No hay de qué preocuparse: ahora finge que no existo, finge que no me encojo cada vez que tengo que agacharme para recoger algo.

«Tengo que salir de aquí». Ahora es un cántico, un mantra, lo único a lo que puedo aferrarme.

Mi padre termina de leer las noticias que los eruditos publican cada mañana, y yo acabo de lavar mis platos; después salimos de casa juntos, sin hablar. Recorremos la acera, y él saluda a nuestros vecinos con una sonrisa; todo está en perfecto orden para Marcus Eaton, salvo por su hijo. Salvo por mí; yo no estoy en orden, estoy en constante desorden.

Sin embargo, hoy me alegro de que sea así.

Subimos al autobús y nos ponemos de pie en el pasillo para dejar que los demás se sienten, la imagen perfecta de la deferencia abnegada. Veo a los demás subirse, chicos y chicas veraces hablando a voces; eruditos que lo examinan todo. Me quedo mirando a los demás abnegados que se levantan de sus asientos para cederlos. Hoy todos vamos al mismo

lugar: al Centro, una columna negra a lo lejos, con dos dientes que apuñalan el cielo.

Cuando llegamos, mi padre me pone una mano en el hombro al dirigirnos a la entrada, y el contacto hace que una punzada de dolor me recorra todo el cuerpo.

«Tengo que salir de aquí».

Es una idea desesperada, y el dolor no hace más que avivarla con cada paso que doy al subir la escalera que lleva a la planta de la Ceremonia de la Elección. Me cuesta respirar, pero no es por el dolor de las piernas, sino porque mi débil corazón se fortalece con cada segundo que pasa. A mi lado, Marcus se limpia las gotas de sudor de la frente, y los demás abnegados aprietan los labios para no respirar demasiado fuerte, para que no parezca que se quejan.

Alzo la vista para observar la escalera que tengo delante, y esa idea, esa necesidad, esa oportunidad de escapar me arde dentro.

Llegamos a la planta correcta, y todos se detienen para recuperar el aliento antes de entrar. La habitación está en penumbra, las ventanas, tapadas; los asientos, dispuestos alrededor del círculo de cuencos con cristal, agua, piedras, brasas y tierra. Encuentro mi sitio en la cola, entre una chica abnegada y un chico cordial. Marcus se pone frente a mí.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —dice, como si hablara consigo mismo—. Ya sabes cuál es la opción correcta. Sé que lo sabes.

Me quedo mirando un punto al sur de sus ojos.

—Te veré pronto —se despide.

Camina hacia el sector abnegado y se sienta en la primera fila con algunos de los otros líderes de la facción. Poco a poco, la gente llena la sala; los que están a punto de elegir se encuentran de pie en un cuadrado del borde, mientras los que observan se sientan en las sillas del centro. Las puertas se cierran y se hace el silencio cuando el representante del consejo de Osadía avanza hacia el podio. Se llama Max. Max se agarra al borde del podio y, desde donde estoy, veo que tiene los nudillos magullados.

¿Aprenden a luchar en Osadía? Seguro que sí.

—Bienvenidos a la Ceremonia de la Elección —dice Max, que tiene una voz potente que se propaga por toda la sala. No necesita el micrófono: sus palabras son lo bastante fuertes para introducirse en mi cráneo y envolverme el cerebro—. Hoy elegiréis vuestras facciones. Hasta ahora habéis seguido el camino de vuestros padres, las reglas de vuestros

padres. Hoy encontraréis vuestro propio camino, crearéis vuestras propias reglas.

Casi puedo ver a mi padre apretando los labios con desdén ante un discurso osado tan típico. Conozco tan bien sus hábitos que casi hago lo mismo, aunque no comparta el sentimiento. No albergo ninguna opinión concreta sobre los osados.

—Hace mucho tiempo, nuestros antepasados se dieron cuenta de que cada uno de nosotros, cada individuo, era responsable del mal que existe en el mundo. Sin embargo, no se ponían de acuerdo sobre el mal del que se trataba —dice Max—. Algunos decían que era el engaño…

Pienso en las mentiras que he contado, año tras año, sobre los moratones y los cortes, las mentiras por omisión de las que soy culpable por guardar los secretos de Marcus.

—Algunos decían que era la ignorancia; otros, la agresividad…

Pienso en la paz de los huertos cordiales, en la libertad que encontraría allí, lejos de la violencia y la crueldad.

—Algunos decían que era el egoísmo.

«Es por tu propio bien», es lo que decía Marcus antes del primer golpe, como si pegarme fuera un acto de sacrificio por su parte. Como si le doliera hacerlo. Bueno, no era él el que cojeaba por la cocina esta mañana.

—Y el último grupo decía que era la cobardía.

De la sección osada surgen algunos abucheos, y el resto de los osados se ríe. Pienso en el miedo que se apoderó de mí anoche, tan fuerte que no podía sentir ni respirar. Pienso en los años que me han reducido a polvo bajo el yugo de mi padre.

—Así es como llegamos a nuestras facciones: Verdad, Erudición, Cordialidad, Abnegación y Osadía. —Max sonríe—. En ellas encontramos administradores, profesores, asesores, líderes y protectores. En ellas encontramos la sensación de formar parte de algo más grande, la satisfacción de pertenecer a una comunidad, el sentido de nuestras vidas. —Se aclara la garganta—. Bueno, suficiente, vamos al grano. Dad un paso adelante y coged vuestros cuchillos para hacer vuestra elección. El primero: Zellner, Gregory.

Parece adecuado que el dolor me acompañe desde mi antigua vida hasta la nueva cuando el cuchillo se me clave en la palma de la mano. Aun así, esta mañana seguía sin saber qué facción elegir como refugio. Gregory Zellner sostiene su mano sangrante encima de la tierra para escoger Cordialidad.

Cordialidad parece el lugar más evidente para refugiarse, con su vida pacífica, sus huertos de olor dulce, su comunidad sonriente. En Cordialidad encontraría la aceptación que he deseado toda la vida y, quizá, con el tiempo, aprendería a sentirme satisfecho y cómodo con la persona que soy.

Sin embargo, mientras observo a las personas de esa sección, con sus rojos y sus amarillos, solo veo gente completa y sana, capaz de animar a sus compañeros, capaz de apoyar a los demás. Son demasiado perfectos, demasiado amables para que alguien como yo caiga en sus brazos empujado por la rabia y el miedo.

La ceremonia avanza más deprisa de la cuenta.

—Rogers, Helena.

Ella elige Verdad.

Sé lo que ocurre en la iniciación veraz, lo oí entre susurros un día, en el colegio. Allí tendría que exponer todos mis secretos, desenterrarlos con las uñas. Tendría que desollarme vivo para unirme a Verdad. No, no puedo hacerlo.

—Lovelace, Frederick.

Frederick Lovelace, vestido de azul, se corta la palma de la mano y deja que su sangre gotee sobre el agua de Erudición, que se vuelve de un rosa más oscuro. Aprendo bastante deprisa, pero me conozco lo bastante bien como para comprender que soy demasiado volátil y emocional para un lugar como Erudición. Me asfixiaría, y lo que yo quiero es ser libre, no acabar ahogado en otra prisión.

Enseguida llaman a la chica abnegada que tengo al lado.

—Erasmus, Anne.

Anne (otra que nunca fue capaz de dirigirme más de dos palabras seguidas) avanza, tambaleante, y camina por el pasillo hacia el podio de Max. Acepta el cuchillo con manos temblorosas, se corta la palma y la sostiene encima del cuenco de Abnegación. A ella le resulta fácil, no tiene que huir de nada, sino volver a unirse a una comunidad amable que le dará la bienvenida. Y, además, hace años que nadie se traslada de Abnegación. Es la facción más leal en cuanto a estadísticas de la Ceremonia se refiere.

—Eaton, Tobias.

No estoy nervioso al caminar por el pasillo hacia los cuencos, aunque todavía no he decidido nada. Max me pasa el cuchillo, y cierro el puño

en torno al mango. Está suave y frío, con la hoja limpia. Un cuchillo nuevo para cada uno; y una elección nueva.

Al acercarme al centro de la sala, al centro de los cuencos, paso junto a Tori, la mujer que se encargó de mi prueba de aptitud. «Tú eres el que debe vivir con tu elección», me dijo. Lleva el pelo peinado hacia atrás, y un tatuaje le asoma por la clavícula hacia el cuello. Me mira a los ojos con una intensidad peculiar, y yo le devuelvo la mirada sin inmutarme mientras me sitúo entre los cuencos.

¿Con qué elección soy capaz de vivir? No con Erudición ni Verdad. No con Abnegación, el lugar del que intento huir. Ni siquiera con Cordialidad, pues estoy demasiado destrozado para encajar allí.

Lo cierto es que quiero que mi elección sea como un puñal clavado en el corazón de mi padre, que lo atraviese y le provoque todo el dolor, la vergüenza y la decepción posibles.

Solo hay una elección que lo consiga.

Lo miro, él asiente con la cabeza, y me hago un corte profundo en la palma de la mano, tanto que se me saltan las lágrimas. Parpadeo para espantarlas y cierro la mano para que la sangre se acumule en el puño. Sus ojos son como los míos, de un azul tan oscuro que, con una luz como esta, parece negro, como pozos abiertos en su cráneo. Me palpita y pica la espalda, el cuello de la camisa me araña la piel en carne viva, la piel que me desgarró con el cinturón.

Abro la mano encima de las brasas. Las noto quemarme el estómago, llenarme hasta arriba de fuego y humo.

Soy libre.

No oigo los vítores de los osados, solo un pitido en los oídos.

Mi nueva facción es como una criatura de muchos brazos que se estiran hacia mí. Me muevo hacia ella sin atreverme a mirar atrás, a mi padre. Noto manos que me dan palmadas en la espalda y me alaban la elección, y me dirijo al final del grupo, con la sangre ensortijándose entre mis dedos.

Me coloco con los demás iniciados, junto a un erudito de pelo negro que me desestima de un solo vistazo. No debo de parecer gran cosa con mi ropa gris de Abnegación, alto y escuchimizado después del estirón del pasado año. El corte de la mano me sangra, la sangre se derrama en el suelo y me baja por la muñeca. He apretado demasiado el cuchillo y la herida de la mano es bastante profunda.

Cuando mi último compañero elige, me pellizco el dobladillo de la camisa suelta de abnegado y tiro de él. Arranco un trozo de tela de la

parte delantera y me lo envuelvo en la mano para detener la hemorragia. Ya no necesito esta ropa.

Los osados que se sientan frente a nosotros se ponen en pie cuando la última persona elige y salen corriendo hacia las puertas, llevándome con ellos. Me vuelvo antes de llegar, incapaz de contenerme, y veo a mi padre todavía sentado en primera fila, con unos cuantos abnegados a su alrededor. Parece aturdido.

Esbozo una leve sonrisa. Lo he hecho, he sido yo el que le ha dejado con esa cara. No soy el perfecto hijo abnegado, condenado a ser devorado por el sistema para disolverme en la oscuridad. En vez de eso, me he convertido en el primer trasladado de Abnegación a Osadía en más de una década.

Me giro y corro para alcanzar a los demás: no quiero que me dejen atrás. Antes de salir de la sala, me desabrocho la camisa de manga larga rasgada y la dejo caer al suelo. La camiseta gris que llevo debajo sigue siendo demasiado ancha, pero es más oscura y pasa más desapercibida con la ropa negra de Osadía.

Salen en tromba escaleras abajo, abren las puertas de golpe entre risas y gritos. La espalda me arde, igual que los hombros, los pulmones y las piernas, y, de repente, dudo de mi elección, de esta gente a la que he reclamado. Son ruidosos y salvajes, ¿de verdad podré encontrar un hueco entre ellos? No lo sé.

Supongo que no tengo alternativa.

Me abro paso a través de la gente, en busca de mis compañeros iniciados, pero parecen haber desaparecido. Me sitúo en uno de los laterales del grupo con la esperanza de ver adónde vamos y vislumbro las vías del tren suspendidas sobre la calle, frente a nosotros, rodeadas por una jaula con barrotes de madera y metal. Los osados suben la escalera y se esparcen por el andén. Al pie de la escalera hay tanta gente que no encuentro el modo de subir, pero sé que si no subo deprisa la escalera perderé el tren, así que decido abrirme paso a empujones. Tengo que apretar los dientes con fuerza para no disculparme mientras avanzo dando codazos, y el impulso de los osados me empuja escaleras arriba.

—No corres mal —comenta Tori, que camina a mi lado por el andén—. Para ser un chico de Abnegación.

—Gracias.

—Sabes lo que va a pasar ahora, ¿no? —me pregunta, y se vuelve para señalar una luz lejana pegada al frontal del tren que se aproxima—. No se detendrá, apenas frenará un poco. Y si no logras subir, se acabó tu iniciación. Abandonado. Acabar fuera es tan sencillo como eso.

Asiento con la cabeza; no me sorprende que la prueba de iniciación ya haya comenzado, que comenzara en cuanto salimos de la Ceremonia de la Elección. Y tampoco me sorprende que los osados quieran que demuestre lo que llevo dentro. Me quedo mirando el tren, que está cada vez más cerca; ahora lo oigo silbar sobre las vías.

—Te irá bien aquí —comenta Tori, sonriente—, ¿a que sí?

—¿Por qué lo dices?

—Por nada, es que me parece que eres alguien dispuesto a luchar —responde, encogiéndose de hombros.

El tren avanza como un trueno, y los osados empiezan a amontonarse. Tori corre hasta llegar al borde, y yo la sigo y copio su postura y sus movimientos cuando se prepara para saltar. Se agarra a una manilla del borde de la puerta y se impulsa para entrar, así que hago lo mismo. Al principio me cuesta asirme, pero luego me impulso hacia arriba.

Sin embargo, no estoy preparado para el giro del tren, de modo que me tambaleo y me doy de bruces contra la pared de metal. Me sujeto la nariz.

—Gran aterrizaje —comenta uno de los osados del interior. Es más joven que Tori, tiene la piel oscura y es de sonrisa fácil.

—La elegancia es cosa de los presumidos eruditos —responde Tori—. Ha conseguido subir al tren, Amar, eso es lo que cuenta.

—Se supone que debería estar en el otro vagón, con los demás iniciados —dice Amar, que me mira, aunque no como lo hizo el trasladado erudito hace unos minutos.

Amar parece sentir más curiosidad que otra cosa, como si yo fuera una rareza que debe examinar con más atención para poder comprenderla.

—Si es amigo tuyo —continúa—, supongo que no pasa nada. ¿Cómo te llamas, estirado?

Tengo el nombre en la punta de la lengua en cuanto me lo pregunta, y estoy a punto de responder, como siempre hago, que soy Tobias Eaton. Debería salirme de forma natural. Sin embargo, en este momento no soporto decir mi nombre en voz alta, aquí no, no entre la gente que espero que se convierta en mis nuevos amigos, en mi nueva familia. No puedo, no pienso seguir siendo el hijo de Marcus Eaton.

—Puedes llamarme estirado, me da igual —respondo intentando imitar las cortantes bromas de los osados, a pesar de no haberlas oído más que en los pasillos y las aulas.

El viento entra de golpe en el tren al coger velocidad, y lo hace con estrépito; me ruge en los oídos.

Tori me mira con una expresión extraña y, por un segundo, temo que vaya a decirle mi nombre a Amar, ya que seguro que lo recuerda de mi prueba de aptitud. Sin embargo, se limita a asentir con la cabeza, y yo, aliviado, me vuelvo hacia la puerta abierta sin quitar la mano del asidero.

Nunca se me había ocurrido que pudiera renunciar a confesar mi nombre, ni que pudiera inventarme uno falso, construirme una nueva identidad. Aquí soy libre, libre para ser brusco con los demás, libre para no responderles y libre, incluso, para mentir.

Me quedo mirando la calle, entre las vigas de madera que soportan las vías del tren, tan solo una planta más abajo. Pero arriba, las viejas vías dan paso a las nuevas, y los andenes suben de altura y rodean los tejados de los edificios. La subida es gradual, así que no me habría dado cuenta de no estar mirando abajo mientras nos alejamos cada vez más del suelo y nos acercamos cada vez más al cielo.

El miedo hace que me tiemblen las piernas, así que me alejo de la puerta y me agacho junto a una pared, a la espera de llegar a nuestro destino.

Sigo en la misma posición (acurrucado junto a la pared, con la cabeza entre las manos) cuando Amar me da un golpe con el pie.

—Arriba, estirado —dice, aunque con amabilidad—. Ha llegado el momento de saltar.

—¿Saltar?

—Sí —responde, sonriendo—. Este tren no se para por nadie.

Me levanto. La tela que me había enrollado en la mano está empapada de sangre. Tori se pone a mi lado y me empuja hacia la salida.

—¡Dejad que el iniciado baje primero! —grita.

—¿Qué haces? —le pregunto con el ceño fruncido.

—¡Te hago un favor! —responde, y me empuja de nuevo hacia la abertura.

Los otros osados dan un paso atrás y sonríen como si fuera una fiesta. Arrastro los pies hacia el borde y me agarro al asidero con tanta fuerza que se me entumecen las puntas de los dedos. Veo el punto al que se supone que debo saltar: más adelante, las vías se abrazan al tejado de un edificio y después giran. El hueco parece más pequeño desde aquí,

pero, a medida que se aproxima el tren, cada vez se hace más grande, y mi muerte inminente, cada vez más probable.

Me tiembla todo el cuerpo cuando saltan los osados de los vagones de delante. Ninguno se pasa el tejado, aunque eso no significa que yo no vaya a ser el primero. Me suelto del asidero y me quedo mirando el tejado mientras me impulso con todas mis fuerzas.

El impacto me vibra por todo el cuerpo, y caigo a gatas, de modo que la grava del tejado se me clava en la palma herida. Me quedo mirando los dedos. Es como si el tiempo hubiese avanzado de repente, como si el salto hubiese desaparecido de mi vista y de mi memoria.

—Maldita sea —dice alguien detrás de mí—. Esperaba poder raspar del asfalto una buena tortita de estirado.

Me quedo mirando el suelo y me siento sobre los talones. El tejado se mueve de un lado a otro bajo mis pies; no sabía que uno se pudiera marear de miedo.

A pesar de todo, sé que acabo de superar dos pruebas de iniciación: me he subido a un tren en marcha y he conseguido llegar al tejado. Ahora la pregunta es: ¿cómo se bajan los osados del tejado?

Un instante después, Amar se pone en el borde y responde a mi pregunta: van a hacernos saltar.

Cierro los ojos y finjo no estar aquí, arrodillado en esta grava, con esta gente demente llena de tatuajes. Vine aquí a escapar, pero no es una salida, sino otro tipo de tortura de la que ya no puedo huir. Así que mi única esperanza es sobrevivir a ella.

—¡Bienvenidos a Osadía! —grita Amar—. Donde te enfrentas a tus miedos e intentas no morir en el intento o te marchas como un cobarde. No me sorprende que este año hayamos batido por lo bajo el récord de trasladados de otras facciones.

Los osados que rodean a Amar dan puñetazos al aire mientras gritan de alegría, como si el hecho de que nadie quiera unirse a ellos fuese motivo de orgullo.

—La única forma de entrar en el complejo de Osadía desde este tejado es saltar de la cornisa —explica Amar, que abre los brazos para señalar el espacio vacío que lo rodea.

Levanta las puntas de los pies para apoyarse en los talones y agita los brazos, como si estuviera a punto de caer, pero después se estabiliza y sonríe. Tomo aire por la nariz y contengo el aliento.

—Como siempre, primero ofrezco la oportunidad a nuestros iniciados, ya sean nacidos en Osadía o no.

Se baja de la cornisa y hace un gesto hacia ella con las cejas enarcadas.

El grupo de jóvenes osados que hay junto al tejado intercambia miradas. A un lado están el chico erudito de antes, la chica cordial, dos chicos veraces y una chica veraz. Solo somos seis.

Uno de los osados da un paso adelante, un chico de piel oscura que pide con las manos a sus amigos que lo animen.

—¡Adelante, Zeke! —grita una de las chicas.

Zeke se sube a la cornisa de un salto, pero calcula mal y se inclina hacia delante, perdiendo el equilibrio. Chilla algo ininteligible y desaparece. La chica veraz que está más cerca ahoga un grito y se tapa la boca con una mano, pero los amigos osados de Zeke rompen a reír. Creo que este no era el momento heroico y dramático que él tenía en mente.

Amar, sonriente, hace otro gesto hacia el borde. Los nacidos en Osadía se ponen en fila detrás de él, igual que el chico erudito y la chica cordial. Sé que debo unirme a ellos, que tengo que saltar, da igual cómo me sienta. Me acerco a la cola, rígido, como si mis articulaciones fueran pernos oxidados. Amar consulta su reloj y los hace saltar a intervalos de treinta segundos.

La cola se reduce, se disuelve.

De repente ha desaparecido y solo quedo yo. Me subo a la cornisa y espero la señal de Amar. El sol se pone detrás de los edificios, a lo lejos, aunque su silueta irregular no me resulta familiar desde este lado. La luz dorada brilla cerca del horizonte, y el viento sube con fuerza por el lateral del edificio y tira de mi ropa.

—Adelante —dice Amar.

Cierro los ojos y me quedo paralizado; ni siquiera consigo saltar, solo logro echarme hacia delante y dejarme caer. Se me desploma el estómago y las extremidades se me agitan en el aire en busca de algo, lo que sea, a lo que aferrarse, pero no hay nada, solo la caída, el aire y la frenética búsqueda del suelo.

Entonces, caigo en una red.

La red me rodea, me envuelve en fuertes cuerdas. Unas manos me llaman desde el borde. Engancho los dedos en la red y me impulso hacia ellas. Aterrizo de pie en una plataforma, y un hombre de piel marrón oscuro y nudillos magullados me sonríe: Max.

—¡El estirado! —exclama, dándome una palmada en la espalda que me hace estremecer—. Me alegra ver que has llegado hasta aquí. Ve a unirte a tus compañeros iniciados. Seguro que Amar baja dentro de un segundo.

Detrás de él hay un túnel de paredes rocosas. El complejo osado está bajo tierra. Suponía que lo encontraría colgado de un edificio alto mediante cuerdas endebles: una de mis peores pesadillas hecha realidad.

Intento bajar los escalones y acercarme a los demás trasladados. Parece que vuelven a funcionarme las piernas. La chica cordial me sonríe.

—Me sorprende lo divertido que ha sido —comenta—. Soy Mia. ¿Estás bien?

—Parece que intenta no vomitar —dice uno de los chicos veraces.

—Deja que ocurra, tío —añade el otro veraz—. Nos encantaría presenciar el espectáculo.

—Cerrad la boca —les suelto, sin más.

Sorprendentemente, me hacen caso. Supongo que no es frecuente que un abnegado los mande callar.

Unos segundos después veo a Amar rodando hacia el borde de la red. Desciende los escalones con una expresión salvaje, despeinado y preparado para la siguiente acrobacia demencial. Pide a todos los iniciados que se acerquen, y nos reunimos en semicírculo junto a la abertura del túnel.

Amar junta las manos frente a él.

—Me llamo Amar y soy vuestro instructor durante la iniciación. Yo me crie aquí y superé con creces la iniciación hace tres años, lo que significa que me haré cargo de los recién llegados durante el tiempo que quiera. Qué suerte tenéis.

»Casi toda la formación física de los nacidos en Osadía se hace por separado de la de los que se trasladan, de modo que los osados no partan por la mitad a los de fuera a las primeras de cambio… —Los nacidos en Osadía, que están al otro lado del semicírculo, sonríen con suficiencia—. Pero este año vamos a probar algo distinto. Los líderes osados y yo queremos ver si conocer vuestros miedos antes del entrenamiento os prepara mejor para el resto de la iniciación, así que antes incluso de que vayáis al comedor para la cena, vamos a conocernos mejor a nosotros mismos. Seguidme.

—¿Y si no quiero conocerme mejor? —pregunta Zeke.

Con solo una mirada, Amar consigue que retroceda de vuelta al grupo de los nacidos en Osadía. Amar no se parece a nadie que yo conozca: es amable un segundo y severo al siguiente y, a veces, ambas cosas a la vez.

Nos guía por el túnel, se detiene frente a una puerta empotrada en la pared y la empuja con el hombro. Lo seguimos a una habitación fría y húmeda con una ventana gigante en la pared de atrás. Las luces fluorescentes parpadean sobre nosotros, y Amar se pone a toquetear una máquina que se parece mucho a la que utilizaron en mi prueba de aptitud. Oigo un goteo: el techo tiene una gotera que forma un charco en el suelo de una de las esquinas.

Otra habitación grande y vacía espera más allá de la ventana. Hay cámaras en cada esquina… ¿Es que hay cámaras por todo el complejo de Osadía?

—Esto es la sala del paisaje del miedo —explica Amar sin levantar la vista—. Un paisaje del miedo es una simulación en la que te enfrentas a tus peores miedos.

Sobre la mesa que hay al lado de la máquina han dispuesto una fila de jeringas. A la vacilante luz me resultan siniestras, como si fueran instrumentos de tortura: cuchillos, cuchillas y atizadores al rojo.

—¿Cómo es eso posible? —pregunta el erudito—. Tú no sabes cuáles son nuestros peores miedos.

—Eric, ¿no? —dice Amar—. Tienes razón, yo no sé cuáles son vuestros peores miedos, pero el suero que os voy a inyectar estimulará las partes de tu cerebro que procesan el miedo, y tú mismo serás el que haga aparecer los obstáculos de tu simulación, por así decirlo. Esta simulación se diferencia de la de la prueba de aptitud en que serás consciente de que lo que ves no es real. Mientras tanto, yo estaré en esta sala, controlando la simulación, y le ordenaré al programa integrado en el suero de la simulación que pase al siguiente obstáculo cuando vuestra frecuencia cardíaca alcance un nivel concreto… Es decir, cuando os calméis u os enfrentéis a vuestro miedo de un modo significativo. Cuando os quedéis sin miedos, el programa finalizará y os «despertaréis» de nuevo en esta sala conscientes de cuáles son vuestros temores.

Coge una de las jeringas y llama a Eric.

—Permite que satisfaga tu curiosidad erudita —le dice—. Tú primero.

—Pero…

—Yo soy tu instructor —lo interrumpe Amar tranquilamente—, así que te conviene hacerme caso.

Eric se queda quieto un momento; después se quita su chaqueta azul, la dobla por la mitad y la deja en el respaldo de una silla. Sus movimientos son lentos y pausados, sospecho que diseñados para irritar a Amar todo lo que pueda. Eric se le acerca, y Amar le clava la jeringa en la nuca casi con violencia. Después lo conduce a la habitación de al lado.

Una vez que Eric está de pie en el centro de la habitación que hay detrás del cristal, Amar se enchufa a la máquina de la simulación mediante electrodos y pulsa algo en la pantalla del ordenador que hay detrás para iniciar el programa.

Eric está inmóvil, con las manos a los costados. Se nos queda mirando a través de la ventana y, un instante después, aunque no se ha movido, parece que mira otra cosa, como si hubiera comenzado la simulación. Pero no grita, ni agita los brazos, ni llora como cabría esperar de alguien que se enfrenta a sus miedos. Su frecuencia cardíaca no deja de subir en el monitor de Amar, como un pájaro que alza el vuelo.

Tiene miedo. Tiene miedo, pero ni siquiera se mueve.

—¿Qué está pasando? —me pregunta Mia—. ¿Está funcionando el suero?

Asiento con la cabeza.

Veo que Eric respira hondo, hinchando la barriga, y suelta el aire por la nariz. Se le sacude el cuerpo, tiembla como si el suelo se estremeciera bajo sus pies, aunque sigue respirando despacio, tranquilo, mientras tensa y relaja los músculos cada pocos segundos, como si no dejara de tensarse por accidente y tuviera que corregir su error. Observo su frecuencia cardíaca en el monitor de Amar, veo que baja cada vez más hasta que Amar toca la pantalla y obliga al programa a seguir adelante.

Esto sucede una y otra vez con cada miedo. Cuento los miedos a medida que avanzan en silencio: diez, once, doce. Después, Amar toca la pantalla una última vez, y el cuerpo de Eric se relaja. Parpadea lentamente y sonríe hacia la ventana, muy satisfecho.

Me doy cuenta de que los nacidos en Osadía, que siempre corren a comentarlo todo, guardan silencio. Eso debe de querer decir que lo que imaginaba es cierto: hay que mantenerse alerta con Eric. Puede que incluso temerlo.

Me quedo mirando a los demás iniciados enfrentarse a sus miedos durante más de una hora; corren, saltan, apuntan con pistolas invisibles y, en algunos casos, se tumban boca abajo en el suelo y sollozan. A veces supongo lo que ven, pero, en la mayor parte de las ocasiones, los enemigos a los que mantienen a raya son secretos, solo los conocen ellos y Amar.

Me quedo cerca de la parte de atrás de la sala y me encojo cada vez que llama a alguien. De repente soy el único que queda en la habitación y Mia está terminando, arrancada de su paisaje del miedo cuando se acurruca en la pared de atrás con la cabeza entre las manos. Se levanta con cara de agotamiento y sale del cuarto arrastrando los pies sin esperar a que Amar le dé permiso. Amar echa un vistazo a la última jeringa de la mesa y después me mira.

—Solo quedamos tú y yo, estirado —dice—. Venga, terminemos de una vez.

Me pongo frente a él. Apenas noto cómo entra la aguja; nunca me han dado miedo las inyecciones, aunque a algunos de los otros iniciados se les saltaron las lágrimas. Entro en la habitación de al lado y me pongo de cara a la ventana, que parece un espejo desde esta parte. El instante antes de que haga efecto la simulación me veo como los demás deben de haberme visto: encorvado, enterrado en tela, alto y huesudo, y ensangrentado. Intento enderezarme y me sorprende lo que cambia la cosa, me sorprende la sombra de fuerza que veo en mí justo antes de que desaparezca la habitación.

Las imágenes llenan el espacio poco a poco: la silueta de los edificios de nuestra ciudad; el agujero en la acera, siete plantas por debajo de mí; la línea de la cornisa bajo mis pies. El viento sube con fuerza por el lateral del edificio, con más potencia que cuando estuve ahí en la vida real, y tira tanto de mi ropa que la noto azotarme desde todos los ángulos. Entonces, el edificio crece conmigo encima, se aleja cada vez más del suelo. El agujero se sella y lo cubre la dura acera.

Me aparto del borde, asustado, pero el viento no me permite retroceder. El corazón me late más deprisa al enfrentarme a la realidad de lo que debo hacer: tengo que saltar de nuevo, aunque esta vez no sé si sentiré dolor cuando me estrelle contra el suelo.

Una tortita de estirado.

Sacudo las manos, cierro los ojos con fuerza y grito entre dientes. Después dejo que me empuje el viento y caigo deprisa. Me estrello contra el suelo.

Un dolor intenso y cegador me recorre el cuerpo, aunque solo por un segundo.

Me levanto y me limpio el polvo de la mejilla, a la espera del siguiente obstáculo. No tengo ni idea de lo que será. No me he parado nunca a meditar sobre mis miedos, ni siquiera a meditar sobre lo que sería liberarme de ellos, conquistarlos. Se me ocurre que, sin miedo, podría ser fuerte, poderoso, imparable. La idea me seduce durante unos segundos, justo antes de que algo me golpee con fuerza en la espalda.

Entonces, algo me golpea en el costado izquierdo, y en el derecho, y estoy metido en una caja que tiene mi mismo tamaño. Al principio, la sorpresa me protege del pánico; después respiro el aire estanco y me quedo mirando la oscuridad vacía mientras se me comprimen las entrañas. Ya no puedo respirar. No puedo respirar.

Me muerdo el labio para no llorar: no quiero que Amar me vea llorar, no quiero que les cuente a los demás osados que soy un cobarde. Tengo que pensar; no puedo pensar porque esta caja me ahoga. La pared que tengo en la espalda es la misma de mis recuerdos, de cuando era pequeño y me encerraba en la oscuridad del pasillo de arriba para castigarme. Nunca sabía cuándo acabaría el castigo, cuántas horas pasaría allí encerrado con monstruos imaginarios reptándome por encima, con el sonido de los sollozos de mi madre filtrándose a través de las paredes.

Golpeo sin parar la pared que tengo delante con las palmas de las manos, la araño aunque las astillas se me clavan en la piel bajo las uñas. Saco los antebrazos y golpeo la caja con todo el peso de mi cuerpo, una y otra vez, cerrando los ojos para fingir que no estoy aquí, que no estoy aquí. «Dejadme salir, dejadme salir, dejadme salir…».

—¡Piénsalo bien, estirado! —oigo gritar a alguien, y me quedo quieto. Recuerdo que es una simulación.

«Piénsalo bien». ¿Qué necesito para salir de esta caja? Necesito una herramienta, algo más fuerte que yo. Noto un objeto junto a los pies y me agacho para recogerlo. Sin embargo, cuando me agacho, la parte de arriba de la caja se mueve conmigo y ya no puedo enderezarme. Me trago un grito y toco con la punta de los dedos el extremo puntiagudo de una palanqueta. La meto entre las tablas que forman la esquina izquierda de la caja y empujo con todas mis fuerzas.

Todas las tablas se abren a la vez y caen al suelo, a mi alrededor. Aliviado, respiro aire fresco.

Entonces aparece una mujer frente a mí. No la reconozco y va de blanco, no pertenece a ninguna facción. Me acerco a ella, y delante de mí aparece una mesa con una pistola y una bala encima. Frunzo el ceño.

¿Esto es un miedo?

—¿Quién eres? —le pregunto, y ella no responde.

Queda claro lo que se supone que debo hacer: cargar la pistola, disparar la bala. El terror empieza a apoderarse de mí, más potente que cualquier miedo. Se me reseca la boca, y cojo como puedo el arma y la bala. Nunca he sostenido una pistola, así que tardo unos segundos en averiguar cómo abrir la recámara. En esos segundos pienso en la luz

que abandona sus ojos, en esta mujer a la que no conozco, a la que no conozco lo bastante como para que me importe.

Tengo miedo… Tengo miedo de lo que me pedirán hacer en Osadía, de lo que querré hacer.

Me da miedo la violencia que pueda ocultarse en mi interior, la violencia forjada por mi padre y por los años de silencio a los que me ha obligado mi facción.

Meto la bala en la recámara y sostengo el arma con ambas manos mientras noto cómo me palpita el corte de la palma. Miro a la mujer a la cara. Le tiembla el labio inferior y se le llenan los ojos de lágrimas.

—Lo siento —digo, y disparo.

Veo el agujero negro que abre la bala en su cuerpo, y la mujer cae al suelo y se evapora en una nube de polvo al entrar en contacto con él.

Sin embargo, el terror no desaparece. Sé lo que se avecina; lo noto crecer en mi interior. Marcus no ha aparecido todavía, y lo hará, estoy tan seguro de eso como de mi nombre. De nuestro nombre.

Me rodea un círculo de luz y, en el borde, veo unos zapatos grises gastados dando vueltas. Marcus Eaton entra en el círculo de luz, aunque no es el Marcus Eaton que conozco. Este tiene pozos oscuros por ojos y un agujero negro a modo de boca.

Otro Marcus Eaton se pone a su lado y, poco a poco, a lo largo de todo el círculo aparecen versiones cada vez más monstruosas de mi padre para rodearme, con bocas abiertas y sin dientes, con cabezas inclinadas en ángulos extraños. Cierro los puños. No es real, está claro que no es real.

El primer Marcus se desabrocha el cinturón y se lo saca de la cintura, trabilla a trabilla, y, al hacerlo, también lo hacen los demás Marcus. Mientras se lo quitan, los cinturones se convierten en cuerdas de metal con pinchos en los extremos. Arrastran los cinturones dibujando líneas en el suelo, y sus lenguas negras aceitosas se deslizan por los bordes de sus oscuras bocas. Echan hacia atrás las cuerdas todos a la vez, y yo grito a pleno pulmón y me protejo la cabeza con los brazos.

—Es por tu propio bien —dicen los Marcus combinando sus voces metálicas como si fueran un coro.

Duele, me desgarran, me cortan, me hacen jirones. Caigo de rodillas y aprieto los brazos contra los oídos como si pudieran protegerme, pero nada puede protegerme, nada. Grito una y otra vez, pero el dolor continúa, igual que su voz.

—¡No pienso permitir un comportamiento autocomplaciente en mi casa! ¡No he criado a un mentiroso!

No puedo escucharlo, no lo escucharé.

En mi mente aparece, sin querer, la imagen de la escultura que me dio mi madre. La veo donde la dejé, en mi escritorio, y el dolor empieza a remitir. Concentro todos mis pensamientos en ella y en los otros objetos desperdigados por mi dormitorio, rotos; en la tapa del baúl que arrancó de sus bisagras. Recuerdo las manos de mi madre con sus dedos esbeltos cerrando el baúl con llave y entregándomela.

Una a una, las voces desaparecen hasta que no queda ninguna.

Dejo caer los brazos al suelo, a la espera del siguiente obstáculo. Mis nudillos rozan el suelo de piedra, que está frío y rugoso de arenilla. Oigo pisadas y me preparo para lo que se avecina, pero entonces distingo la voz de Amar:

—¿Ya está? —pregunta—. ¿No hay nada más? Dios mío, estirado.

Se detiene a mi lado y me ofrece una mano. La acepto y dejo que me ponga en pie. No lo miro, no quiero ver su expresión. No quiero que sepa lo que sabe, no quiero convertirme en el lamentable iniciado con una infancia destrozada.

—Deberíamos buscarte otro nombre —dice, como si nada—. Algo más duro que Estirado. Como Navaja, Asesino o algo así.

Entonces lo miro y veo que esboza una leve sonrisa. Percibo algo de lástima en esa sonrisa, aunque no tanta como me temía.

—Yo tampoco querría decirle a la gente cómo me llamo —añade—. Venga, vamos a comer algo.

Amar me acompaña a la mesa de los iniciados cuando llegamos al comedor. Ya hay unos cuantos osados sentados a las mesas de alrededor, y todos miran al otro lado de la sala, donde los chefs tatuados y agujereados todavía están sirviendo la comida. El comedor es una caverna iluminada desde abajo mediante unas lámparas de luz blanca azulada que aportan un resplandor espeluznante a todo lo que nos rodea.

Me siento en una de las sillas vacías.

—Oye, estirado, pareces a punto de desmayarte —comenta Eric, y uno de los chicos veraces sonríe.

—Todos habéis salido con vida —responde Amar—. Enhorabuena, habéis sobrevivido al primer día de iniciación con distintos grados de

éxito. —Mira a Eric—. Sin embargo, nadie lo ha hecho tan bien como Cuatro, aquí presente.

Me señala mientras habla. Yo frunzo el ceño: ¿Cuatro? ¿Está hablando de mis miedos?

—Eh, Tori —la llama Amar, volviendo la cabeza atrás—. ¿Alguna vez has oído de alguien que solo tenga cuatro miedos en su paisaje?

—Lo último que oí es que el récord estaba en siete u ocho. ¿Por qué? —pregunta ella.

—Tengo un trasladado con solo cuatro miedos.

Tori me señala, y Amar asiente.

—Tiene que ser un nuevo récord —comenta ella.

—Bien hecho —me dice Amar. Después se vuelve y se va a la mesa de Tori.

Los demás iniciados se me quedan mirando con los ojos muy abiertos y sin decir nada. Antes del paisaje del miedo, yo no era más que alguien a quien pisotear para conseguir su entrada en Osadía. Ahora soy como Eric: alguien ante quien estar alerta, puede que incluso alguien a quien temer.

Amar me ha dado algo más que un nombre nuevo: me ha dado poder.

—¿Cuál era tu nombre de verdad? ¿Empieza por e…? —me pregunta Eric, entrecerrando los ojos como si supiera algo y no estuviera seguro de que fuera el momento para hacerlo público.

Puede que los demás también recuerden mi nombre vagamente de la Ceremonia de la Elección, igual que yo recuerdo los suyos: como letras en un alfabeto, ocultos por una niebla nerviosa a la espera de nuestros turnos. Si ahora hago algo que se les grabe, algo fuerte, si me hago un osado tan memorable como sea posible, quizá me salve.

Vacilo un momento, pero después apoyo los codos en la mesa y arqueo una ceja, mirándolo.

—Me llamo Cuatro —respondo—. Si me vuelves a llamar estirado, tendremos un problema.

Él pone los ojos en blanco, pero sé que lo he dejado claro. Tengo un nombre nuevo, lo que significa que puedo ser una persona nueva. Alguien que no permite comentarios cortantes de sabiondillos eruditos. Alguien que puede responder.

Alguien que, por fin, está preparado para luchar.

Cuatro.

EL INICIADO

La sala de entrenamiento huele a esfuerzo, a una mezcla de sudor, polvo y zapatos. Me pican los nudillos cada vez que le encajo un puñetazo al saco de boxeo, ya que una semana de peleas osadas me los han dejado en carne viva.

—Supongo que ya has visto los tableros —dice Amar, que se apoya en el marco de la puerta y cruza los brazos— y te has dado cuenta de que mañana te toca contra Eric. Si no, estarías en la sala del paisaje del miedo y no aquí.

—También vengo por aquí —respondo, y retrocedo mientras sacudo las manos.

A veces las aprieto con tanta fuerza que empiezo a perder la sensibilidad en la punta de los dedos.

Estuve a punto de perder mi primera pelea, que fue contra la chica de Cordialidad, Mia. No sabía cómo ganar sin golpearla, y no podía golpearla… Al menos, no pude hasta que me agarró por el cuello y mi campo visual empezó a oscurecerse por la falta de oxígeno. Entonces, el instinto tomó el mando y la derribé de un solo codazo en la mandíbula. Todavía me siento culpable cuando pienso en ello.

También estuve a punto de perder mi segunda pelea, que fue contra el chico veraz más corpulento, Sean. Lo cansé poniéndome en pie cada vez que él creía haber acabado conmigo. Sean no sabía que soportar el dolor es uno de mis hábitos más antiguos, uno que aprendí de pequeño, como morderme la uña del pulgar o sostener el tenedor con la mano izquierda en vez de con la derecha. Ahora tengo la cara salpicada de cortes y moratones, pero he demostrado lo que valgo.

Mañana, mi adversario será Eric. Para vencerlo necesitaré algo más que un movimiento inteligente o pura insistencia: hará falta una habilidad de la que carezco, una fuerza que todavía no he adquirido.

—Sí, ya lo sé —responde Amar entre risas—. Verás, me paso bastante tiempo intentando averiguar de qué vas, así que he estado preguntando. Resulta que te pasas las mañanas aquí y las noches en la sala del paisaje del miedo. Nunca te relacionas con los demás iniciados. Siempre estás cansado y duermes como un tronco.

Una gota de sudor me cae por detrás de la oreja, así que me la limpio con los dedos vendados y me paso el brazo por la frente.

—Unirse a una facción es algo más que superar la iniciación, ¿sabes? —sigue diciendo Amar, que engancha los dedos en los eslabones de la cadena de la que cuelga el saco de boxeo, como si comprobara su resistencia—. Casi todos los osados conocen a sus mejores amigos durante la iniciación, y a sus novias, novios o lo que sea. También a sus enemigos. Sin embargo, tú pareces dispuesto a no tener ninguna de esas cosas.

He visto juntos a los demás iniciados, tatuarse en grupo y aparecer en los entrenamientos con narices, orejas y labios rojos y agujereados, o construir torres con los restos de comida en la mesa del desayuno. No se me había pasado por la cabeza que pudiera ser uno de ellos, ni que debiera serlo.

Me encojo de hombros.

—Estoy acostumbrado a estar solo.

—Bueno, me parece que estás a punto de estallar y no quiero estar delante cuando eso ocurra. Ven conmigo. Esta noche nos reunimos unos cuantos para jugar a un juego osado.

Tiro de la cinta con la que me he vendado los nudillos. No debería salir por ahí a jugar, sino quedarme aquí y trabajar, y después dormir para estar preparado para la pelea de mañana.

Sin embargo, esa voz, la voz que dice «debería» ahora me suena a la de mi padre, a mi padre exigiéndome que me comporte, que me aísle. Y vine aquí porque estaba listo para dejar de hacerle caso a esa voz.

—Te ofrezco subir de estatus en Osadía solo porque me das pena —dice Amar—. No seas estúpido y aprovecha la oportunidad.

—Vale. ¿Qué juego es?

Amar se limita a sonreír.

—El juego se llama Atrevimiento.

Una chica osada, Lauren, se sujeta con una mano al asidero del lateral del vagón del tren, aunque se balancea tanto que está a punto de caerse, momento en el cual le da la risa tonta y vuelve a entrar, como si el tren no estuviese colgado a dos plantas del suelo; como si no fuese a romperse el cuello si se cayera.

En la mano libre lleva una petaca plateada. Eso lo explica todo.

—La primera persona elige a alguien y lo reta a hacer algo —sigue diciendo, inclinando la cabeza—. Después, esa persona se toma un trago, lleva a cabo el desafío y le toca retar al siguiente. Cuando todos

han pasado por el atrevimiento (o han muerto en el intento), nos emborrachamos un poco y volvemos a casa dando tumbos.

—¿Y quién gana? —grita uno de los osados desde el otro lado del vagón.

Es un chico que está sentado en el suelo, apoyado en Amar como si fueran viejos amigos o hermanos.

No soy el único iniciado del tren: frente a mí está sentado Zeke, el primer saltador, y una chica de pelo castaño, flequillo recto y un *piercing* en el labio. Los demás son mayores, todos miembros de Osadía. Se tratan con mucha confianza, apoyándose unos en otros, dándose puñetazos en los brazos y alborotándole el pelo al de al lado. Es camaradería, amistad y flirteo, cosas con las que no estoy familiarizado. Intento relajarme abrazándome las rodillas.

Sí que soy un estirado.

—Gana quien no se comporta como una tartita de fresa —dice Lauren—. Y, oye, una nueva regla: también gana quien no hace preguntas tontas. Como soy la guardiana del alcohol, yo voy primero. Amar, te reto a que entres en la biblioteca de Erudición, que siempre está llena de eructitos estudiando, y que grites algo obsceno.

Enrosca la tapa de la petaca y se la lanza. Todos vitorean cuando Amar la desenrosca y bebe del licor que hay dentro, sea cual sea.

—¡Tú avisa cuando lleguemos a la parada! —grita por encima de los vítores.

Zeke llama mi atención moviendo una mano.

—Eh, eres un trasladado, ¿no? ¿Cuatro?

—Sí. Buen primer salto.

Me doy cuenta, aunque demasiado tarde, de que quizá le moleste: perder su momento de triunfo por culpa de un paso en falso y una pérdida de equilibrio. Sin embargo, se ríe.

—Sí, no fue mi mejor momento —responde.

—Tampoco es que se ofreciera nadie más —comenta la chica que tiene al lado—. Soy Shauna, por cierto. ¿Es verdad que solo tuviste cuatro miedos?

—De ahí el nombre.

—Vaya —comenta, asintiendo con la cabeza con cara de estar impresionada, lo que hace que me yerga—. Supongo que naciste para ser osado.

Me encojo de hombros, como si lo que dice fuera verdad, aunque estoy seguro de que no lo es. Ella no sabe que vine para escapar de la vida que me correspondía, que lucho con todas mis fuerzas por superar la iniciación para no tener que reconocer que soy un impostor. Nacido en Abnegación, con resultado de Abnegación, aunque en un refugio osado.

Ella pierde la sonrisa, como si estuviera triste por algún motivo, pero no le pregunto por cuál.

—¿Cómo van tus peleas? —me pregunta Zeke.

—Bien —respondo, señalándome la cara amoratada—, como puede verse claramente.

—Mira esto —dice Zeke, volviendo la cabeza para enseñarme un enorme moratón debajo de la mandíbula—. Es gracias a esta chica de aquí —añade, señalando a Shauna con el pulgar.

—Me ganó —dice ella—, pero, por una vez, conseguí encajarle un buen golpe. Siempre pierdo.

—¿No te molesta que te haya golpeado? —le pregunto.

—¿Por qué iba a molestarme?

—No lo sé. ¿Porque… eres una chica?

Ella arquea las cejas.

—¿Qué? ¿Crees que no puedo soportar los golpes como cualquier otro iniciado solo porque tengo partes de chica?

Se señala el pecho, y me descubro mirándoselo durante un segundo antes de recordar que debería apartar la vista. Me ruborizo.

—Lo siento —le digo—, no quería insinuar eso. Es que no estoy acostumbrado. A nada de esto.

—Tranquilo, lo entiendo —responde, y no parece enfadada—. Pero deberías saber que en Osadía da igual que seas chica, chico o lo que sea. Lo que importa es tener valor.

Entonces, Amar se levanta, se lleva las manos a las caderas en un gesto teatral y se dirige hacia la puerta abierta. El tren desciende, pero Amar ni siquiera busca un asidero, se limita a moverse y balancearse al ritmo del vagón. Todos se levantan, y Amar es el primero en saltar, lanzándose

a la noche. Los otros salen detrás, y yo dejo que la gente del fondo me empuje hacia la abertura. No me da miedo la velocidad del tren, solo las alturas, y aquí el tren está cerca del suelo, así que, cuando salto, lo hago sin miedo. Aterrizo de pie y trastabillo un par de pasos antes de detenerme.

—Mírate, ya eres un experto —comenta Amar, dándome un codazo—. Toma, bebe un trago. Tienes pinta de necesitarlo.

Me ofrece la petaca.

Nunca he probado el alcohol. Los abnegados no beben, así que ni siquiera estaba disponible. Sin embargo, he visto que parece servir para que la gente se sienta más cómoda, y necesito desesperadamente sentir que no estoy envuelto en una piel que me queda pequeña. Así que no vacilo: cojo la petaca y bebo.

El alcohol quema y sabe a medicina, aunque baja deprisa y me calienta.

—Buen trabajo —dice Amar, y se acerca a Zeke, le rodea el cuello con el brazo y le arrastra la cabeza contra su pecho—. Veo que ya has conocido a mi joven amigo Ezekiel.

—Que mi madre me llame así no significa que tú tengas que hacerlo —protesta Zeke, apartando a Amar. Después, me mira—. Los abuelos de Amar eran amigos de mis padres.

—¿Eran?

—Bueno, mi padre está muerto, como sus abuelos —responde Zeke.

—¿Y tus padres? —le pregunto a Amar, que se encoge de hombros.

—Murieron cuando era pequeño. Accidente de tren. Muy triste —responde, aunque sonríe como si no lo fuera—. Y mis abuelos saltaron cuando me convertí en miembro oficial de Osadía.

Hace un gesto de caída libre con la mano, como indicando una zambullida.

—¿Saltaron?

—Ay, no se lo cuentes delante de mí —dice Zeke, sacudiendo la cabeza—. No quiero ver la expresión de su cara.

Amar no le presta atención.

—Los osados ancianos a veces saltan a las desconocidas profundidades del abismo cuando llegan a cierta edad. Es eso o acabar abandonados

—responde Amar—. Y mi abuelo estaba muy enfermo, cáncer. Mi abuela no quería seguir sin él.

Levanta la cabeza al cielo, y la luz de la luna se refleja en sus ojos. Por un momento me da la impresión de que me muestra una cara secreta, una que oculta cuidadosamente bajo varias capas de encanto, humor y bravuconería osada. Y eso me asusta, porque ese yo secreto es duro, frío y triste.

—Lo siento —le digo.

—Al menos, pude despedirme. A la muerte le trae sin cuidado si te has despedido o no.

El yo secreto desaparece con una sonrisa deslumbrante, y Amar corre hacia el resto del grupo con la petaca en la mano. Yo me quedo atrás, con Zeke, que corre a grandes zancadas, entre torpe y elegante, como un perro salvaje.

—¿Y tú? —me pregunta—. ¿Tienes padres?

—Solo padre —respondo—. Mi madre murió hace tiempo.

Recuerdo el funeral, la charla silenciosa de los abnegados que llenaban nuestra casa y que se quedaron a compartir nuestro dolor. Nos llevaron comida en bandejas metálicas cubiertas de papel de aluminio, limpiaron nuestra cocina y guardaron en cajas la ropa de mi madre, para que no quedara ni rastro de ella. Recuerdo que murmuraban que había muerto por complicaciones del embarazo, pero yo la recordaba pocos meses antes de su muerte, de pie frente a su cómoda, abotonándose la blusa suelta sobre la camiseta interior ajustada, y tenía el vientre plano. Sacudo la cabeza para espantar el recuerdo. Está muerta. Es el recuerdo de un niño, poco fiable.

—Y tu padre, ¿está de acuerdo con tu elección? —pregunta—. Dentro de nada es el Día de Visita, ya sabes.

—No —respondo, distante—, no está de acuerdo.

Mi padre no vendrá el Día de Visita, estoy seguro. No volverá a hablarme.

El sector de Erudición es el más limpio de la ciudad; han apartado la basura y los escombros de la calzada y han rellenado con alquitrán las grietas del suelo. Siento la necesidad de pisar con cuidado para no rayar la acera con mis zapatillas. Los otros osados caminan sin prestar atención, y las suelas de sus zapatos imitan el sonido de la lluvia.

Las sedes de las facciones tienen permiso para dejar la luz del vestíbulo encendida a medianoche, aunque se supone que el resto del edificio debe estar a oscuras. Aquí, en el sector erudito, todos los edificios que

componen la sede de Erudición son columnas de luz. En las ventanas por las que pasamos vemos eruditos sentados a largas mesas, con las narices enterradas en libros o pantallas, o hablando en voz baja entre ellos. Los jóvenes se mezclan con los viejos en todas las mesas, con sus impecables ropas azules, su pelo liso y, más de la mitad, sus relucientes gafas. «Vanidad —diría mi padre—. Les preocupa tanto parecer inteligentes que acaban pareciendo idiotas».

Me paro a observarlos. A mí no me parecen vanidosos, sino gente que hace todo lo posible por sentirse tan lista como se supone que debe ser. Si eso significa ponerse gafas sin necesidad, no soy quien para juzgar. Podría haber escogido ese refugio, pero he escogido el refugio que se burla de ellos a través de las ventanas, que envía a Amar a su vestíbulo a causar revuelo.

Amar llega a las puertas del edificio central de los eruditos y las abre de un empujón. Lo observamos desde fuera, entre risas. Me asomo a través de las puertas para ver el retrato de Jeanine Matthews colgado en la pared de enfrente. Lleva el pelo amarillo peinado hacia atrás y la chaqueta azul abotonada por debajo del cuello. Es guapa, aunque no es lo primero que llama la atención de ella. Lo primero es su agudeza.

Y, más allá… Podrían ser imaginaciones mías, pero ¿parece un poco asustada?

Amar entra corriendo en el vestíbulo sin hacer caso de las protestas de los eruditos del mostrador principal y chilla:

—¡Eh, eructitos! ¡Mirad esto!

Todos los eruditos del vestíbulo levantan la mirada de los libros y pantallas, y los osados se parten de risa cuando Amar se vuelve y les hace un calvo. Los eruditos del mostrador salen corriendo para cogerlo, pero Amar se sube los pantalones y corre hacia nosotros. Nos alejamos de las puertas a toda velocidad.

No puedo evitarlo: yo también me río. Me sorprende, y me sorprende que el estómago me duela de la risa. Zeke corre junto a mi hombro, y nos dirigimos a las vías porque no hay otro sitio al que correr. Los eruditos que nos persiguen se rinden después de una manzana, y todos nos detenemos en un callejón y nos apoyamos en la pared de ladrillo para recuperar el aliento.

Amar llega el último, con las manos en alto, y lo vitoreamos. Sostiene la petaca como si fuera un trofeo y señala a Shauna.

—Jovencita —dice—, te reto a escalar la escultura que hay frente al edificio de Niveles Superiores.

Ella atrapa la petaca cuando se la lanza y toma un trago.

—Hecho —responde, sonriendo.

Cuando por fin me toca, casi todos están borrachos, dan bandazos a cada paso y se ríen de cualquier chiste, por muy estúpido que sea. Tengo calor, a pesar del aire fresco, pero todavía pienso con claridad y disfruto de todo lo que la noche tiene que ofrecer: el intenso olor del pantano, el sonido de las burbujeantes risas, el negro azulado del cielo y la silueta de los edificios recortados en él. Me duelen las piernas de tanto correr, caminar y trepar, y todavía no me ha tocado el atrevimiento.

Ya estamos cerca de la sede de Osadía. Los edificios están medio derruidos.

—¿Quién queda? —pregunta Lauren mientras examina con ojos empañados nuestros rostros hasta dar con el mío—. Ah, el iniciado de Abnegación con el nombre numérico. Cuatro, ¿no?

—Sí —respondo.

—¿Un estirado? —pregunta arrastrando las palabras el chico que estaba sentado tan cómodamente al lado de Amar.

Él es el que tiene la petaca, el que decide el siguiente reto. Hasta ahora he visto a la gente escalar estructuras altas, saltar a agujeros oscuros y meterse en edificios abandonados para sacar un grifo o una silla de escritorio; los he visto correr desnudos por los callejones y atravesarse los lóbulos con agujas sin entumecerlos primero. Si me pidieran que me inventase un atrevimiento, no sería capaz de dar con uno. Menos mal que soy el último.

Noto un temblor en el pecho: nervios. ¿Qué querrá que haga?

—Los estirados son unos reprimidos —dice el chico sin más, como si fuera un hecho irrefutable—. Así que, para demostrar que ahora eres un osado de verdad…, te reto a hacerte un tatuaje.

Contemplo la tinta que les recorre las muñecas, los brazos, los hombros y los cuellos. Los pendientes metálicos que les adornan las orejas, las narices, los labios y las cejas. Mi piel está limpia, sana, entera. Pero eso no encaja con lo que soy: debería estar cubierto de cicatrices, marcado, igual que ellos, aunque marcado con los recuerdos del dolor, de las cosas a las que he sobrevivido.

—Vale —respondo, encogiéndome de hombros.

Él me lanza la petaca, y la apuro, a pesar de que me pica la garganta y los labios, y de que sabe tan amargo como el veneno.

Nos dirigimos a la Espira.

Tori nos abre la puerta ataviada con tan solo unos calzoncillos y una camiseta; el pelo le cae por el lado izquierdo de la cara. Arquea una ceja al verme. Está claro que dormía profundamente y la hemos despertado, aunque no parece enfadada…, solo un poco gruñona.

—¿Por favor? —dice Amar—. Es para un juego de Atrevimiento.

—¿Seguro que quieres que una mujer cansada te tatúe la piel, Cuatro? La tinta no se lava —me avisa.

—Confío en ti —respondo.

No pienso echarme atrás, no después de ver a los demás enfrentarse a sus retos.

—De acuerdo —dice Tori, bostezando—. Lo que hay que hacer por las tradiciones osadas… Ahora vuelvo, voy a ponerme unos pantalones.

Cierra la puerta y nos deja fuera. Mientras veníamos hasta aquí no dejaba de darle vueltas al tatuaje que elegiría y dónde me lo pondría. No conseguía decidirme, tenía un cacao mental impresionante. Todavía lo tengo.

Unos segundos después sale Tori vestida con unos pantalones, aunque descalza.

—Si me meto en problemas por encender las luces a estas horas, diré que fueron unos vándalos y me chivaré de vosotros.

—Entendido —respondo.

—Hay una puerta trasera, venid —nos dice con un gesto.

La sigo por su salón a oscuras, que está ordenado, salvo por las hojas de papel desperdigadas por su mesita de centro, cada una con un dibujo distinto. Algunos son toscos y sencillos, mientras que otros son más intrincados y delicados. Tori debe de ser lo que los osados consideran una artista.

Me detengo junto a la mesa. En una de las hojas se ven todos los símbolos de las facciones sin los círculos que normalmente los confinan. El árbol de Cordialidad está al fondo y forma una especie de sistema de raíces para el ojo de Erudición y la balanza de Verdad. Por encima de ellos, las manos de Abnegación parecen acunar las llamas de Osadía. Es como si los símbolos crecieran los unos de los otros.

Los demás me han dejado atrás. Corro para alcanzarlos y paso por la cocina de Tori, que también está inmaculada, a pesar de que los electrodomésticos están pasados de moda, el grifo está oxidado y la puerta del frigorífico se mantiene cerrada con una enorme abrazadera.

La puerta de atrás está abierta y conduce a un pasillo corto y húmedo que da al estudio de tatuajes.

He pasado por delante antes, pero nunca me había molestado en entrar, convencido de que no encontraría un buen motivo para martirizarme con agujas. Supongo que ahora lo tengo: esas agujas son la forma de separarme de mi pasado, no solo ante mis compañeros osados, sino ante todos, cada vez que me mire al espejo.

Las paredes están cubiertas de dibujos. La pared que hay junto a la puerta está completamente dedicada a los símbolos osados, algunos negros y sencillos, otros coloridos y apenas reconocibles. Tori enciende la luz que hay encima de una de las sillas y prepara sus agujas en una bandeja, a su lado. Los otros osados se reúnen en los bancos y sillas que nos rodean, como si se preparasen para asistir a una especie de espectáculo. Me pongo colorado.

—Principios básicos de tatuaje —dice Tori—: Cuanta menos carne bajo la piel o cuanto más hueso tengas en esa zona concreta, más doloroso será el tatuaje. Para tu primera vez quizá sea mejor que te lo hagas, no sé, en el brazo o…

—En un cachete —sugiere Zeke con un resoplido de risa.

—No sería la primera vez —responde Tori, encogiéndose de hombros—. Ni la última.

Miro al chico que me ha retado y él arquea las cejas. Sé lo que espera, lo que esperan todos: que me haga algo pequeño en un brazo o en una pierna, algo que pueda ocultarse fácilmente. Miro hacia la pared con todos los símbolos. Uno de los dibujos me llama la atención: es una representación artística de las llamas.

—Ese —digo, señalándolo.

—Lo tengo —dice Tori—. ¿Has pensado en dónde lo quieres?

Tengo una cicatriz, una débil marca en la rodilla de cuando me caí en la acera de niño. Siempre me ha parecido estúpido que el dolor que he experimentado no me haya dejado ninguna marca visible; a veces, sin una forma de demostrármelo, empiezo a dudar de que haya pasado por todo aquello, ya que los recuerdos se vuelven borrosos con el tiempo. Quiero tener presente que, aunque las heridas sanen, no desaparecen para siempre, sino que las llevo conmigo a todas partes, en todo momento, y así son las cosas, así son las cicatrices.

Eso será este tatuaje para mí: una cicatriz. Y parece adecuado que documente mi peor recuerdo del dolor.

Apoyo una mano en las costillas mientras recuerdo los moratones y el miedo a perder la vida. Mi padre tuvo unas cuantas noches malas después de la muerte de mi madre.

—¿Estás seguro? —pregunta Tori—. Puede que sea el sitio más doloroso de todos.

—Bien —respondo, y me siento en la silla.

El grupo de osados me vitorea y empieza a pasarse otra petaca, esta más grande que la anterior y color bronce, en vez de plata.

—Así que esta noche tenemos a un masoquista en la silla. Fantástico.

Tori se sienta en el taburete de al lado y se pone unos guantes de goma. Me echo hacia delante, me levanto el borde de la camiseta, y ella empapa de alcohol una bola de algodón y me la pasa por las costillas. Está a punto de apartarse, pero frunce el ceño y me tira de la piel con la punta del dedo. El alcohol se me mete en la piel de la espalda, que todavía se está curando, y hago una mueca.

—¿Cómo te has hecho esto, Cuatro? —me pregunta.

Levanto la mirada y veo que Amar la tiene clavada en mí, con el ceño fruncido.

—Es un iniciado —dice—, todos están llenos de cortes y moratones. Deberías verlos cojeando por ahí. Dan pena.

—Yo tengo uno gigante en la rodilla —interviene Zeke—. Es de un color azul de lo más desagradable…

Zeke se sube la pernera para enseñar su moratón a los demás, y los otros empiezan a hacer lo mismo con sus moratones y cicatrices: «Este es de cuando me dejaron caer después de la tirolina», «Bueno, yo tengo una herida de cuchillo de cuando se te resbaló al lanzarlo, así que creo que estamos en paz».

Tori se me queda mirando unos segundos, y estoy seguro de que no acepta la explicación de Amar para las marcas de mi espalda, pero no vuelve a preguntar, sino que se concentra en la aguja, cuyo zumbido hace vibrar el aire. Amar me lanza la petaca.

El alcohol todavía me quema la garganta cuando la aguja de tatuar me toca las costillas; hago una mueca, pero, por algún motivo, no me importa el dolor.

Lo disfruto.

Al día siguiente me duele todo, sobre todo la cabeza.

Madre mía, mi cabeza.

Eric está sentado en el borde de la cama que tengo al lado, atándose los cordones de los zapatos. La piel que le rodea los aros del labio está roja; debe de habérsela agujereado hace poco. No le he prestado atención.

Me mira.

—Tienes muy mala pinta.

Me siento, y el movimiento brusco hace que me palpite aún más la cabeza.

—Espero que no lo utilices como excusa cuando pierdas —dice, con una sonrisita de desprecio—. Porque te ganaré de todos modos.

Se levanta, se estira y sale del dormitorio. Sostengo la cabeza entre las manos unos segundos y después me levanto para ducharme. Solo puedo meter medio cuerpo bajo el agua, ya que tengo el tatuaje en el costado. Los osados se quedaron conmigo varias horas esperando a que Tori terminase el trabajo y, cuando nos fuimos, todas las petacas estaban vacías. Tori me dio su aprobación con el pulgar mientras yo salía tambaleándome del estudio de tatuajes, y Zeke me echó un brazo sobre los hombros y dijo:

—Creo que ahora eres un osado.

Anoche disfruté de aquellas palabras. Ahora desearía recuperar mi antigua cabeza, la que estaba centrada y decidida, y no se sentía como si se hubieran mudado dentro unos hombrecillos diminutos armados con martillos. Dejo que el agua fresca me resbale por el cuerpo unos minutos más y compruebo la hora en el reloj de la pared del baño.

Quedan diez minutos para la pelea. Voy a llegar tarde. Y Eric tiene razón: voy a perder.

Me doy una palmada en la frente mientras corro hacia la sala de entrenamiento con los pies medio fuera de los zapatos. Cuando entro en tromba por la puerta, los iniciados trasladados y algunos de los de Osadía están de pie alrededor de la sala. Amar está en el centro de la zona de lucha, mirando su reloj. Me observa con intención.

—Muy amable por tu parte presentarte —comenta. En sus cejas arqueadas leo que la camaradería de anoche no se extiende a la sala de entrenamiento. Señala mis zapatos—. Átate los cordones y deja de hacerme perder el tiempo.

Al otro lado de la zona, Eric se cruje los nudillos uno a uno, con cuidado, sin apartar la mirada de mí. Me ato los cordones rápidamente y me meto los extremos por debajo para no tropezar con ellos.

Cuando me pongo frente a Eric solo noto el latido de mi corazón, el palpitar de la cabeza, el ardor del costado. Entonces, Amar retrocede, y Eric avanza deprisa y me da un puñetazo en plena mandíbula.

Retrocedo, tambaleante, sosteniéndome la cara. Todo el dolor se une en mi mente. Levanto las manos para bloquear el siguiente golpe. Me palpita la cabeza y veo que mueve una pierna. Intento esquivar la patada, pero el pie me da con fuerza en las costillas. Noto como una descarga eléctrica en el costado izquierdo.

—Esto es más fácil de lo que imaginaba —comenta Eric.

Me pongo rojo de vergüenza y aprovecho que, gracias a su arrogancia, ha dejado un hueco que me permite meterle un gancho en el estómago.

Me da un bofetón en la oreja tan fuerte que oigo un pitido y pierdo el equilibrio; tengo que apoyar los dedos en el suelo para recuperarlo.

—¿Sabes una cosa? —dice Eric en voz baja—. Creo que he averiguado tu verdadero nombre.

Media docena de dolores distintos me nublan la vista. No sabía que hubiera tantas variedades de dolor, como sabores: ácido, fuego, puñaladas y punzadas.

Me golpea de nuevo, esta vez intentando acertarme en la cara, pero me da en la clavícula. Sacude la mano y dice:

—¿Se lo cuento? ¿Lo saco todo a la luz?

Tiene mi nombre entre los dientes, Eaton, un arma mucho más amenazadora que sus pies, sus codos o sus puños. Los abnegados comentan entre susurros que el problema con muchos eruditos es su egoísmo, pero yo creo que es su arrogancia, lo orgullosos que están de saber cosas que los demás no saben. En este momento, abrumado por el miedo, me doy cuenta de que esa es la debilidad de Eric: no cree que yo pueda hacerle tanto daño como él a mí. Cree que soy todo lo que supuso sobre mí desde el principio: humilde, altruista y pasivo.

El dolor desaparece y se convierte en ira; le agarro el brazo para sujetarlo, y golpeo una y otra vez. Ni siquiera sé dónde caen los puñetazos; ni veo ni siento ni oigo nada. Estoy vacío, solo, no existo.

Entonces, por fin, oigo sus gritos y veo que se sostiene la cara con ambas manos. La sangre le empapa la barbilla y se le mete entre los dientes. Intenta zafarse de mí, pero lo sujeto con todas mis fuerzas, como si me fuera la vida en ello.

Le doy un patadón en el costado, así que pierde el equilibrio. Por encima de sus manos entrelazadas, lo miro a los ojos.

Los suyos están vidriosos y desenfocados. La sangre le brilla en la piel. De repente caigo en la cuenta de que lo he hecho yo, de que he sido yo, y entonces vuelvo a sentir miedo, pero un miedo de otra clase: el miedo a lo que soy, a lo que podría llegar a ser.

Me palpitan los nudillos y salgo de la zona de lucha sin que nadie me dé permiso.

El complejo de Osadía es un buen lugar para recuperarse, oscuro y lleno de lugares secretos y tranquilos.

Encuentro un pasillo cerca del Pozo y me siento con la espalda apoyada en la pared para dejar que el frío de la piedra se me meta dentro. Ha vuelto el dolor de cabeza, además de los distintos dolores de la pelea, aunque apenas me entero. Tengo los nudillos pegajosos de sangre, de la sangre de Eric. Me los restriego para quitármela, pero lleva demasiado tiempo secándose. He ganado la pelea, lo que quiere decir que mi sitio en Osadía queda asegurado por el momento… Debería sentirme satisfecho, no asustado. Puede que incluso contento de pertenecer por fin a alguna parte, de estar entre gente cuyos ojos no esquiven los míos a la hora de la comida. Sin embargo, sé que todo lo bueno tiene un precio. ¿Cuál es el precio de ser un osado?

—Hola.

Levanto la mirada y veo a Shauna llamando a la pared de piedra como si fuera una puerta. Sonríe.

—No es la danza de la victoria que me esperaba —comenta.

—Yo no bailo.

—Sí, debería habérmelo imaginado.

Se sienta frente a mí, con la espalda apoyada en la pared del otro lado del pasillo. Se lleva las rodillas al pecho y se las rodea con los brazos. Nuestros pies están a pocos centímetros; no sé por qué me fijo. Bueno, sí lo sé: porque es una chica.

No sé hablar con chicas, y menos con chicas osadas. Algo me dice que nunca se sabe por dónde puede salir una chica osada.

—Eric está en el hospital —dice, sonriendo—. Creen que le has roto la nariz. No cabe duda de que le has arrancado un diente.

Bajo la mirada: ¿le he arrancado un diente a alguien?

—Me preguntaba si podrías ayudarme —añade mientras me da en el zapato con la punta del pie.

Como sospechaba: las chicas osadas son impredecibles.

—¿Ayudarte con qué?

—Con las peleas. No se me dan bien. Me humillan una y otra vez. —Sacude la cabeza—. Tengo que enfrentarme a una chica dentro de dos días, se llama Ashley, pero prefiere que la llamen Ash. —Shauna pone los ojos en blanco—. Ya sabes, cenizas, por las llamas osadas y todo eso. En fin, que es una de las mejores de nuestro grupo y me da miedo que me mate. Que me mate en sentido literal.

—¿Por qué quieres que te ayude? —pregunto, suspicaz—. ¿Porque sabes que soy un estirado y se supone que ayudamos a la gente?

—¿Qué? No, claro que no —responde, frunciendo las cejas, desconcertada—. Quiero que me ayudes porque eres el mejor de tu grupo, obviamente.

—No, qué va —digo entre risas.

—Eric y tú erais los únicos que no habían perdido nunca, y tú acabas de ganarle, así que sí, sí que lo eres. Mira, si no quieres ayudarme, solo tienes que…

—Te ayudaré, pero es que no sé cómo, de verdad.

—Lo averiguaremos. ¿Mañana por la tarde? ¿En la zona de lucha?

Asiento con la cabeza. Ella sonríe, se levanta y empieza a alejarse. Sin embargo, cuando lleva unos pasos, se vuelve y retrocede de espaldas por el pasillo.

—Deja de estar de morros, Cuatro. Tienes impresionado a todo el mundo, disfrútalo.

Me quedo mirando su silueta hasta que dobla la esquina del final del pasillo. La pelea me había dejado tan tocado que no pensé en lo que significaba vencer a Eric: que ahora soy el primero de mi clase de iniciados. Puede que escogiera Osadía como refugio, pero ahora hago algo más que sobrevivir aquí: sobresalgo entre mis compañeros.

Me quedo mirando los nudillos cubiertos de la sangre de Eric, y sonrío.

A la mañana siguiente decido arriesgarme y sentarme junto a Zeke y Shauna para desayunar. Shauna se lanza sobre la comida y responde a las preguntas con gruñidos, poco más. Zeke bosteza sobre el café, aunque me señala a su familia: su hermano pequeño, Uriah, se sienta a una de las otras mesas con Lynn, la hermana pequeña de Shauna. Su madre, Hana (la osada más sosegada que he visto; el color de su ropa es lo único que delata su facción), sigue en la cola del desayuno.

—¿Echas de menos vivir en casa? —le pregunto.

Los osados son unos fanáticos de la bollería, me he dado cuenta. Siempre hay, al menos, dos tipos de tarta distintos para cenar y una montaña de *muffins* en una mesa, cerca del final de la cola del desayuno. Cuando llegué no quedaba ninguno de los mejores, así que me quedé con uno integral.

—La verdad es que no. Quiero decir que siempre están ahí al lado. Se supone que los iniciados de Osadía no deben hablar con la familia hasta el Día de Visita, pero sé que, si de verdad necesitara algo, ahí los tendría.

Asiento con la cabeza. A su lado, Shauna cierra los ojos y se queda dormida con la barbilla sobre una mano.

—¿Y tú? —me pregunta Zeke—. ¿Echas de menos tu casa?

Estoy a punto de responder que no cuando a Shauna se le resbala la barbilla y aplasta su *muffin* de chocolate con la cara. Zeke se ríe con tantas ganas que grita, y no consigo reprimir una sonrisa mientras me termino el zumo.

Entrada la mañana me reúno con Shauna en la sala de entrenamiento. Se ha apartado el pelo de la cara, que lleva corto, y se ha atado bien los cordones de sus botas de osada, que acostumbran a estar sueltas y se agitan al caminar. Le pega puñetazos al aire y hace pausas entre golpes para ajustar su postura; por un momento la observo sin saber por dónde empezar. Hace muy poco que he aprendido a lanzar puñetazos, así que no estoy precisamente cualificado para enseñarle nada a Shauna.

Sin embargo, mientras la observo, empiezo a percatarme de algunas cosas: tiene las rodillas tensas, no sube una mano para protegerse la mandíbula y golpea desde el codo en vez de emplear todo el peso del cuerpo en cada ataque. Se detiene y se limpia el sudor de la frente con el dorso de la mano. Cuando me ve, da un respingo, como si acabara de tocar un cable pelado.

—Regla número uno para no dar repelús —dice—: Anuncia tu presencia en una habitación si otra persona no te ha visto entrar.

—Lo siento. Estaba pensando en los consejos que podría darte.

—Ah —responde, y se muerde el interior de la mejilla—. ¿Y son?

Le explico lo que he descubierto, y después nos enfrentamos en la zona de lucha. Empezamos despacio, evitando golpear para no hacernos daño. Tengo que darle toquecitos en el codo una y otra vez para recordarle que debe mantener la mano junto a la cara, pero, media hora después, se mueve mejor que antes.

—A la chica con la que peleas mañana, yo le pegaría justo aquí, en la mandíbula
—le recomiendo mientras me toco la parte de abajo de la mía—. Debería bastarte con un buen gancho. Vamos a practicarlos.

Ella se pone en guardia, y constato, satisfecho, que tiene las rodillas flexionadas y una postura activa de la que antes carecía. Damos vueltas arrastrando los pies, uno frente al otro, durante unos segundos, y después me lanza un gancho. Al hacerlo, deja caer la mano izquierda. Bloqueo su primer golpe y empiezo el ataque por el hueco que ha dejado al bajar la guardia. En el último segundo detengo el puño en el aire y arqueo las cejas.

—¿Sabes? A lo mejor aprenderé mejor la lección si me pegas de verdad
—dice, irguiéndose.

Tiene la piel colorada por el esfuerzo y una capa de sudor le cubre el nacimiento del pelo. Le brillan los ojos, que me miran con aire crítico. Por primera vez caigo en la cuenta de que es guapa. No de la forma que me resulta más habitual (no es blanda ni delicada), sino de un modo fuerte y capaz.

—Preferiría no hacerlo —respondo.

—Lo que a ti te parece una especie de caballerosidad abnegada residual, en realidad es insultante —dice—. Sé cuidar de mí misma y soy capaz de resistir el dolor.

—No es eso. No es porque seas una chica, es que… no me va la violencia sin motivo.

—Un rollo estirado, ¿no?

—En realidad, no. Los estirados no aprueban la violencia, punto. Si metes a un estirado en Osadía, solo conseguirás que lo harten a palos — explico, y me permito sonreír un poco. No estoy acostumbrado a usar la jerga osada, pero me sienta bien reclamarla como propia, relajarme con la cadencia de su habla—. Es que no me parece un juego, simplemente.

Es la primera vez que se lo cuento a alguien. Sé por qué no me parece un juego: porque, durante mucho tiempo, fue mi realidad, lo que me ocurría al despertar y mientras dormía. Aquí he aprendido a defenderme, a ser más fuerte, pero no he aprendido y no pienso aprender a disfrutar haciendo daño. Si me convierto en osado, lo haré con mis condiciones, aunque eso signifique que parte de mí siempre sea estirada.

—De acuerdo —responde—. Vamos otra vez.

Entrenamos hasta que ella domina el gancho y estamos a punto de perdernos la cena. Cuando nos vamos, ella me da las gracias y, como si nada, me rodea con un brazo. No es más que un abrazo rápido, pero se ríe al ver lo tenso que me pongo.

—Cómo ser osado: Curso introductorio —empieza—. Primera lección: No pasa nada por abrazar a tus amigos.

—¿Somos amigos? —pregunto, medio en broma.

—Cállate ya —responde ella, y sale corriendo por el pasillo hacia el dormitorio.

A la mañana siguiente, todos los iniciados siguen a Amar por la sala de entrenamiento hacia un pasillo lúgubre que acaba en una gruesa puerta. Nos pide que nos sentemos con la espalda apoyada en la pared y desaparece al otro lado de la puerta sin decir nada. Miro la hora: Shauna debe de estar a punto de empezar su combate. Los nacidos en Osadía están tardando más que nosotros en completar la primera fase de la iniciación porque son más.

Eric se ha sentado lo más lejos posible de mí, y me alegro de la distancia. La noche siguiente a nuestra pelea se me ocurrió que quizá contara a todo el mundo que soy Tobías Eaton, que sería una forma de vengarse por su derrota, pero no lo ha hecho. Me pregunto si espera la oportunidad adecuada para golpear o si se contiene por algún otro motivo. Sea como sea, seguramente lo mejor para mí sea sentarme lo más lejos posible de él.

—¿Qué creéis que hay ahí dentro? —pregunta Mia, la trasladada de Cordialidad, nerviosa.

Nadie responde. Yo no estoy nervioso, no sé por qué. Al otro lado de esa puerta no hay nada que pueda hacerme daño. Así que cuando Amar sale de nuevo al pasillo y me llama a mí primero, no lanzo miradas desesperadas a mis compañeros iniciados, sino que me limito a seguirlo.

La sala es oscura y mugrienta, no hay más que un sillón y un ordenador. El sillón está reclinado, como el de mi prueba de aptitud. La pantalla del ordenador brilla, y en ella se ejecuta un programa que no es más que líneas de texto oscuro sobre un fondo blanco. Cuando era pequeño me gustaba presentarme voluntario en el laboratorio informático del colegio para realizar el mantenimiento de las instalaciones y, a veces, arreglar algún ordenador cuando fallaba. Trabajaba bajo la supervisión de una mujer erudita llamada Katherine, y ella me enseñó mucho más de lo que tenía que enseñarme, encantada de poder impartir sus conocimientos a alguien dispuesto a escuchar. Así que, al mirar un código, sé de qué clase de programa se trata, aunque no sea capaz de hacer gran cosa con él.

—¿Una simulación? —pregunto.

—Cuanto menos sepas, mejor —responde—. Siéntate.

Me siento y me acomodo en el sillón, dejando los brazos sobre los reposabrazos. Amar prepara una jeringa sosteniéndola contra la luz para asegurarse de que el frasco está encajado en su sitio. Me clava la aguja en el cuello sin previo aviso y aprieta el émbolo. Doy un respingo.

—Veamos cuál de tus miedos sale primero —dice—. Estoy un poco aburrido de ellos, la verdad, a ver si intentas enseñarme algo nuevo.

—Haré un esfuerzo.

La simulación me engulle.

Estoy sentado en un duro banco de madera a una mesa abnegada con un plato vacío delante. Las cortinas están corridas, así que la única luz la aporta la bombilla que cuelga sobre la mesa, con su filamento naranja. Me quedo mirando la tela oscura que me cubre la rodilla. «¿Por qué voy de negro y no de gris?».

Cuando levanto la cabeza, él (Marcus) está frente a mí. Por una milésima de segundo no es más que el hombre que vi al otro lado de la sala de la Ceremonia de la Elección no hace mucho, el de ojos azul oscuro, como los míos, y labios fruncidos.

«Voy de negro porque ahora soy osado —me recuerdo—. Entonces ¿por qué estoy en una casa abnegada, sentado frente a mi padre?».

Veo la silueta de la bombilla reflejada en mi plato vacío. «Esto debe de ser una simulación», pienso.

Entonces, la luz que tenemos encima parpadea, y él se convierte en el hombre que siempre veo en mi paisaje del miedo: un monstruo retorcido con pozos a modo de ojos y una boca grande y vacía. Se abalanza sobre la mesa con ambas manos estiradas y, en vez de uñas, tiene cuchillas de afeitar incrustadas en las puntas de los dedos.

Intenta rajarme, y yo retrocedo de un salto y me caigo del banco. Me revuelvo por el suelo para recuperar el equilibrio y salgo corriendo del salón. Allí, en la pared, hay otro Marcus que intenta atraparme. Busco la puerta principal, pero alguien la ha sellado con bloques para encerrarme.

Entre jadeos, corro escaleras arriba. Al llegar al final tropiezo y acabo tirado en el suelo de madera del pasillo. Un Marcus abre la puerta del armario desde dentro; otro sale del dormitorio de mis padres; y otro más avanza clavando sus garras en el suelo del baño. Me encojo de espaldas contra la pared. La casa está a oscuras. No hay ventanas.

Este sitio está lleno de él.

De repente tengo a uno de los Marcus delante de mí, empujándome contra la pared con ambas manos en torno a mi cuello. Otro me araña lentamente los brazos, lo que me provoca un dolor punzante que hace que se me salten las lágrimas.

Estoy paralizado, soy presa del pánico.

Trago aire. No puedo gritar. Noto dolor y el corazón a mil por hora, así que doy una patada con todas mis fuerzas, aunque solo golpeo al aire. El Marcus que me sujeta el cuello me empuja pared arriba, de modo que las puntas de los pies me arrastran por el suelo. Mis extremidades se quedan flojas y sin fuerza, como las de un muñeco de trapo. No puedo moverme.

Este sitio, este sitio está lleno de él. «No es real», me doy cuenta.

«Es una simulación. Es como el paisaje del miedo».

Ahora hay más Marcus esperándome abajo, con las manos estiradas hacia mí, así que estoy contemplando un mar de cuchillas. Me agarra por las piernas, cortándomelas, y siento un sendero de fuego por el lateral del cuello cuando el Marcus que me ahoga aprieta con más ganas.

«Simulación», me recuerdo. Intento devolverles la vida a mis extremidades. Me imagino que tengo la sangre ardiendo, un fuego que me recorre el cuerpo. Doy una palmada en la pared en busca de un arma. Uno de los Marcus levanta la mano y coloca los dedos sobre mis ojos. Grito y me revuelvo mientras las cuchillas se me clavan en los párpados.

No encuentro un arma, sino el pomo de una puerta. Lo giro con fuerza y caigo en otro armario. Los Marcus me sueltan. En el armario hay una ventana del tamaño justo para salir por ella. Mientras me persiguen por la oscuridad, golpeo el cristal con el hombro y lo hago añicos. El aire fresco me llena los pulmones.

Me enderezo de golpe en el sillón, jadeando.

Me llevo las manos al cuello, a los brazos, a las piernas, en busca de heridas que no existen. Todavía siento los cortes y la sangre manar de mis venas, pero tengo la piel intacta.

Se me calma la respiración y, con ella, los pensamientos.

Amar está sentado frente al ordenador, enganchado a la simulación, y me mira fijamente.

—¿Qué? —respondo, sin aliento.

—Has estado cinco minutos dentro.

—¿Es mucho?

—No —responde, frunciendo el ceño—. No, no es mucho. De hecho, está muy bien.

Bajo los pies al suelo y me sostengo la cabeza entre las manos. Aunque puede que mi pánico no durara mucho durante la simulación, la imagen de mi padre retorcido intentando sacarme los ojos no deja de pasarme por la cabeza, lo que hace que vuelva a aumentarme el ritmo cardíaco una y otra vez.

—¿Todavía estoy bajo el efecto del suero? —pregunto, apretando los dientes—. ¿Me está provocando pánico?

—No, debería haber desaparecido en cuanto has salido de la simulación. ¿Por qué?

Sacudo las manos, que me cosquillean como si se me estuvieran quedando dormidas. Sacudo la cabeza. «No era real —me digo—. Olvídalo».

—A veces, la simulación genera un temor residual, según lo que hayas visto —dice Amar—. Te acompañaré al dormitorio.

—No —respondo, sacudiendo la cabeza—. Estoy bien.

Él me lanza una mirada helada.

—No era una pregunta —dice.

Se levanta y abre una puerta que hay detrás del sillón. Lo sigo por un pasillo corto y oscuro, y después por los pasillos de piedra que llevan al dormitorio de los trasladados. El aire es fresco por aquí, además de húmedo, por estar bajo tierra. Oigo el eco de nuestras pisadas y mi respiración, pero nada más.

Me parece ver algo, un movimiento a mi izquierda, y me aparto de él de un salto, pegándome a la pared. Amar me detiene y me pone las manos sobre los hombros para obligarme a mirarlo a la cara.

—Eh, cálmate, Cuatro.

Asiento con la cabeza, y noto que me arde la cara y una punzada de vergüenza en el estómago. Se supone que soy osado. Se supone que no me dan miedo unos Marcus monstruosos que me atacan en la oscuridad. Me apoyo en la pared de piedra y respiro profundamente.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dice Amar. Yo hago una mueca pensando que va a preguntarme por mi padre, pero no es así—. ¿Cómo has salido de ese pasillo?

—Abrí una puerta.

—¿La puerta estaba detrás de ti desde el principio? ¿Hay una en tu antigua casa?

Niego con la cabeza.

El rostro de Amar, que suele ser afable, está muy serio.

—Entonces ¿la creaste de la nada?

—Sí. Las simulaciones están en la mente, así que la mía creó una puerta para que pudiera salir. Lo único que debía hacer era concentrarme.

—Qué raro —dice.

—¿Qué? ¿Por qué?

—La mayoría de los iniciados no pueden conseguir que suceda algo imposible en estas simulaciones porque, a diferencia de lo que ocurre en el paisaje del miedo, no son conscientes de que están en una simulación. Y, por tanto, no salen de las simulaciones tan deprisa.

Noto el pulso en la garganta. No me había dado cuenta de que estas simulaciones eran distintas del paisaje del miedo. Creía que todos eran conscientes de que se trataba de una simulación mientras estaban dentro. Sin embargo, a juzgar por lo que dice Amar, se supone que esto es como la prueba de aptitud y, antes de la prueba, mi padre me había advertido sobre lo de ser consciente de la simulación, me había enseñado a ocultarlo. Todavía recuerdo su insistencia, la tensión en su voz y que me había agarrado por el brazo con una fuerza excesiva.

En aquel momento creía que no me hablaría así a no ser que estuviera preocupado por mí, por mi seguridad.

¿Estaba paranoico o todavía es peligroso ser consciente durante las simulaciones?

—Yo era como tú —explica Amar en voz baja—. Podía cambiar las simulaciones. Creía que era el único.

Quiero decirle que se lo guarde, que proteja sus secretos, pero a los osados no les importan los secretos como a los abnegados; en mi facción todo eran sonrisas forzadas e idénticas y casas ordenadas.

Amar me mira de forma extraña: ansioso, como si esperase algo de mí. Me rebullo, incómodo.

—Será mejor que no presumas de ello —dice—. A los osados les va la conformidad, como a todas las demás facciones. Simplemente, aquí no es tan obvio.

Asiento con la cabeza.

—Seguramente no será más que una casualidad —comento—. No pude hacerlo durante mi prueba de aptitud. Es probable que la siguiente salga mejor.

—Claro —responde, aunque poco convencido—. Bueno, la próxima vez intenta no hacer nada imposible, ¿vale? Enfréntate a tu miedo de forma lógica, de una forma que tenga sentido para ti, seas o no consciente de la simulación.

—Vale.

—Ya estás bien, ¿no? ¿Puedes volver a los dormitorios tú solo?

Me gustaría decirle que también podía haberlo hecho antes, que no necesitaba que me llevara hasta allí, pero me limito a asentir con la cabeza. Él me da una palmada en el hombro, cordial, y regresa a la sala de la simulación.

No puedo evitar pensar que mi padre no me habría advertido sobre lo de ser consciente durante las simulaciones si se tratase tan solo de las normas de las facciones. Me regañaba continuamente por avergonzarlo delante de los abnegados, pero nunca antes me había susurrado las advertencias al oído ni me había enseñado a evitar un paso en falso. Nunca me había mirado a los ojos, con los suyos muy abiertos hasta prometerle que haría lo que me pedía.

Me resulta raro saber que debía de intentar protegerme. Como si no fuera el monstruo que me imagino, el que veo en mis peores pesadillas.

En mi camino hacia los dormitorios oigo algo al final del pasillo por el que acabamos de pasar: algo parecido a unos pies silenciosos arrastrándose por el suelo en dirección opuesta.

Shauna corre hacia mí en el comedor, a la hora de la cena, y me da un buen puñetazo en el brazo. Esboza una sonrisa tan amplia que casi parece introducírsele en las mejillas. Se le ve un poco hinchada la parte de abajo del ojo derecho; se le pondrá morado.

—¡He ganado! —exclama—. Hice lo que me dijiste: le di en la mandíbula en los primeros sesenta segundos, y eso la descentró por completo.

Consiguió darme en el ojo porque bajé la guardia, pero después la machaqué. Le salía sangre por la nariz. Ha sido genial.

Sonrío. Me sorprende lo satisfactorio que es enseñar a alguien a hacer algo y después comprobar que ha funcionado.

—Bien hecho —le digo.

—No podría haberlo conseguido sin tu ayuda.

Su sonrisa cambia, se ablanda, es menos frívola y más sincera. Se pone de puntillas y me da un beso en la mejilla.

Me quedo mirándola cuando se aparta, y ella se ríe y me arrastra a la mesa a la que se sientan Zeke y algunos de los demás iniciados nacidos en la facción. Me doy cuenta de que mi problema no es ser un estirado, sino que desconozco lo que significan estos gestos de afecto en Osadía. Shauna es guapa y graciosa, y en Abnegación tendría que ir a su casa a cenar con su familia si estuviera interesado en ella. Después averiguaría en qué proyecto trabajaba como voluntaria y me metería en él. En Osadía no tengo ni idea de cómo proceder; ni siquiera sé si me gusta de ese modo.

Decido no permitir que eso me distraiga, al menos por ahora. Voy a por un plato de comida y me siento a comer mientras oigo a los demás hablar y reír juntos. Todos felicitan a Shauna por su victoria y señalan a la chica a la que ha vencido, que está sentada a una de las otras mesas con la cara todavía hinchada. Al final de la comida, cuando estoy pinchando un trozo de tarta de chocolate con el tenedor, un par de mujeres eruditas entran en la sala.

No es nada fácil silenciar a los osados, así que ni siquiera la repentina aparición de los eruditos lo consigue: todavía se oyen susurros por todas partes, como el ruido lejano de pies corriendo. Sin embargo, poco a poco, al ver que las eruditas se sientan con Max y no pasa nada, las conversaciones se reanudan. No participo en ellas. Sigo pinchando la tarta con los dientes del tenedor y observando.

Max se levanta y se acerca a Amar; los dos mantienen una conversación tensa entre las mesas y empiezan a caminar hacia donde estoy. Hacia mí.

Amar me llama. Dejo en la mesa la bandeja casi vacía.

—Nos han llamado a los dos para una evaluación —dice Amar. Su boca, siempre sonriente, ahora forma una línea recta, y su voz, normalmente animada, suena monótona.

—¿Evaluación? —pregunto.

Max me sonríe.

—Los resultados de tu simulación del miedo fueron un tanto anormales. Nuestras amigas eruditas, aquí presentes… —explica, volviendo la vista atrás hacia las mujeres eruditas. Sobresaltado, me doy cuenta de que una de ellas es Jeanine Matthews, representante de Erudición. Lleva un almidonado traje azul y unas gafas colgando de una cadena al cuello, un símbolo de la vanidad erudita llevado a tal extremo que resulta ilógico— actuarán de observadoras en otra simulación para asegurarse de que el resultado anormal no fuese un error del programa de simulación. Amar os llevará a todos a la sala de la simulación del miedo ahora mismo.

Noto los dedos de mi padre en torno a mi brazo, sus susurros advirtiéndome que no hiciera nada raro en la simulación de la prueba de aptitud. Siento un cosquilleo en las palmas de las manos, señal de que estoy a punto de ser presa del pánico. No puedo hablar, así que me limito a mirar a Max, después a Amar y asentir con la cabeza. No sé lo que significa permanecer consciente durante una simulación, pero sé que no puede ser nada bueno. Sé que Jeanine Matthews nunca vendría hasta aquí solo para observar mi simulación si no se tratase de algo realmente importante.

Entramos en la sala de la simulación sin hablar, mientras Jeanine y su ayudante (supongo) hablan en voz baja detrás de nosotros. Amar abre la puerta y nos deja entrar.

—Iré a por el equipo adicional para que puedan observar —dice Amar—. Ahora vuelvo.

Jeanine se pasea por la habitación con expresión pensativa. Recelo de ella, ya que a todos los abnegados nos enseñan a desconfiar de la vanidad erudita, de la codicia erudita. Sin embargo, mientras la observo, se me ocurre que lo que aprendí quizá no fuera correcto. La erudita que me enseñó a desmontar un ordenador cuando estaba de voluntario en el laboratorio informático del instituto no era codiciosa ni vanidosa; puede que Jeanine Matthews tampoco lo sea.

—En el sistema apareces como «Cuatro» —comenta Jeanine al cabo de unos segundos. Deja de pasearse y cruza las manos frente a ella—. Me resultó desconcertante. ¿Por qué aquí no te haces llamar Tobias?

Ya sabe quién soy. Bueno, claro que lo sabe, lo sabe todo, ¿no? Se me encogen las entrañas y se me caen al suelo. Sabe mi nombre, conoce a mi padre y, si ha visto una de mis simulaciones del miedo, también conoce algunos de mis secretos más oscuros. Sus ojos claros, casi transparentes, se clavan en los míos, y aparto la vista.

—Quería empezar de cero —explico.

—Eso lo entiendo. Sobre todo teniendo en cuenta por lo que has pasado.

Suena casi… amable. Su tono me enfurece, así que respondo con frialdad, mirándola directamente a la cara:

—Estoy bien.

—Claro que sí —dice, esbozando una leve sonrisa.

Amar entra en el cuarto con un carrito en el que lleva más cables, electrodos y componentes informáticos. Sé lo que se supone que debo hacer; me siento en el sillón reclinable y coloco los brazos en su sitio mientras los demás se enganchan a la simulación. Amar se me acerca con una aguja, y yo me quedo quieto mientras me pincha en el cuello.

Cierro los ojos, y el mundo vuelve a desaparecer.

Cuando los abro, estoy de pie en el tejado de un edificio de una altura increíble, justo al lado del borde. Debajo está la dura acera, las calles completamente vacías; no hay nadie que pueda ayudarme a bajar. El viento me zarandea desde todos los ángulos, y retrocedo y caigo de espaldas sobre el tejado de gravilla.

Ni siquiera me gusta estar aquí, viendo el ancho cielo vacío a mi alrededor, consciente de que soy el punto más alto de la ciudad. Recuerdo que Jeanine Matthews me está observando; me abalanzo contra la puerta del tejado para intentar abrirla mientras elaboro una estrategia. Normalmente me enfrentaría a mi miedo saltando de la cornisa del edificio, ya que sé que no es más que una simulación y que no moriré de verdad. Pero eso jamás lo haría alguien que estuviera metido en esta simulación; lo que haría sería encontrar un modo seguro de bajar.

Evalúo mis opciones. Puedo intentar abrir esta puerta, pero por aquí no hay herramientas que me ayuden a hacerlo, solo el tejado de gravilla, la puerta y el cielo. No puedo crear una herramienta para atravesar la puerta porque seguro que esa es la clase de manipulación que busca Jeanine. Retrocedo, le doy una buena patada a la puerta con el talón, pero no cede.

Tengo el corazón en la garganta cuando me acerco de nuevo a la cornisa. En vez de mirar abajo, a las minúsculas aceras del fondo, observo el edificio. Hay ventanas con alféizares, cientos de ellas. La forma más rápida de bajar, la más osada, es escalar la fachada del edificio.

Oculto la cara entre las manos. Sé que no es real, pero lo parece: el viento silbándome en los oídos, fuerte y frío; el rugoso hormigón bajo las manos; el ruido de mis zapatos sobre la gravilla. Paso una pierna por encima de la cornisa, temblando, y me vuelvo para ponerme de cara a la fachada mientras bajo, primero una pierna y después la otra, hasta quedar colgado por las puntas de los dedos.

El pánico me burbujea dentro, y grito entre dientes: «Dios mío». Odio las alturas, las odio. Parpadeo para ahuyentar las lágrimas y, en mi interior, las achaco al viento. Palpo de puntillas el saliente que tengo debajo, lo encuentro y hago lo mismo con una mano para encontrar la parte superior de la ventana; intento mantener el equilibrio mientras me pongo de puntillas sobre el alféizar de debajo.

Mi cuerpo se inclina hacia atrás, en el espacio vacío, y vuelvo a gritar apretando tanto los dientes que rechinan.

Tengo que repetir lo mismo una y otra… y otra vez.

Me inclino, me sujeto a la parte de arriba de la ventana con una mano y a la de abajo con la otra. Una vez que estoy bien sujeto, deslizo los pies por el lateral del edificio y los oigo arañar piedra cuando me descuelgo de nuevo.

Esta vez, cuando me dejo caer en el siguiente alféizar, no me sujeto lo bastante bien con las manos, pierdo pie y caigo hacia atrás. Intento evitarlo arañando el edificio de hormigón con las puntas de los dedos, pero es demasiado tarde; me desplomo, y otro grito surge de mi interior y se me escapa por la garganta. Podría crear una red debajo de mí; podría crear una cuerda en el aire para salvarme… No, no debería crear nada si no quiero que sepan lo que puedo hacer.

Me dejo caer. Me dejo morir.

Cuando me despierto, el dolor (creado por mi mente) me recorre todo el cuerpo, y grito con los ojos nublados por las lágrimas y el terror. Me incorporo de golpe, jadeando. Me tiembla todo; me da vergüenza actuar así con esta audiencia, pero sé que es bueno: eso les demostrará que no soy especial, sino otro osado imprudente que creyó ser capaz de escalar un edificio y falló.

—Interesante —comenta Jeanine, y apenas la oigo por culpa del ruido de mi respiración—. Nunca me canso de ver el interior de la mente de una persona. Los detalles son tan significativos…

Paso las piernas, todavía temblorosas, por el borde del sillón para plantar los pies en el suelo.

—Lo has hecho bien —comenta Amar—. Tu técnica de escalada es algo floja, pero saliste de la simulación deprisa, como la última vez.

Me sonríe. Debo de haber tenido éxito fingiendo ser normal, porque ya no parece preocupado.

Asiento con la cabeza.

—En fin, al parecer el resultado anormal de tu prueba fue un error de programación. Tendremos que investigar el programa de la simulación para dar con el fallo —dice Jeanine—. Bueno, Amar, ahora me gustaría ver una de tus simulaciones del miedo, si no te importa.

—¿La mía? ¿Por qué la mía?

La amable sonrisa de Jeanine no se altera.

—Nuestra información indica que no te alarmó el resultado anormal de Tobias; de hecho, parecías estar bastante familiarizado con él. Así que me gustaría ver si dicha familiaridad se debe a la experiencia.

—Vuestra información —repite Amar—. ¿De dónde sale esa información?

—Un iniciado nos comentó su preocupación por el bienestar de Tobias y el tuyo. Me gustaría respetar su anonimato. Tobias, ya puedes irte. Gracias por tu ayuda.

Miro a Amar. Él asiente con la cabeza. Me pongo en pie, todavía tambaleante, y salgo dejando la puerta entreabierta para quedarme y escuchar a escondidas. Sin embargo, en cuanto salgo al pasillo, la ayudante de Jeanine cierra la puerta y ya no oigo nada, ni siquiera pegando la oreja.

Un iniciado les comentó su preocupación…, y estoy seguro de conocer al iniciado en cuestión; nuestro único erudito trasladado: Eric.

Transcurrida una semana, parece que la visita de Jeanine Matthews no traerá ninguna consecuencia. Todos los iniciados, tanto nacidos en Osadía como fuera, pasan todos los días por sus simulaciones del miedo, y todos los días permito que mis miedos me consuman: alturas, claustrofobia, violencia, Marcus. A veces se mezclan: Marcus encima de edificios altos, violencia en espacios cerrados. Siempre me despierto medio delirante, temblando, avergonzado de que, a pesar de ser el iniciado con solo cuatro miedos, también sea el único que no logra deshacerse de ellos cuando terminan las simulaciones. Vuelven a mí cuando menos me lo espero, llenan mis sueños de pesadillas y mi vigilia de escalofríos y paranoia. Me rechinan los dientes, me sobresalto con cualquier ruidito, se me entumecen las manos sin previo aviso. Me preocupa volverme loco antes de terminar la iniciación.

—¿Estás bien? —me pregunta Zeke una mañana, en el desayuno—. Pareces… agotado.

—Estoy bien —respondo en un tono más brusco de lo que pretendía.

—Sí, está claro —dice, sonriendo—. No pasa nada por no estar bien, ¿sabes?

—Sí, ya.

Me obligo a terminar la comida, a pesar de que todo me sabe a polvo estos días. Aunque me sienta como si fuera a perder la cabeza, al menos estoy ganando peso, sobre todo músculo. Qué raro es ocupar tanto espacio por el mero hecho de existir cuando estaba tan acostumbrado a desaparecer fácilmente. Eso me hace sentir algo más fuerte, algo más estable.

Zeke y yo recogemos nuestras bandejas. Cuando estamos de camino al Pozo, el hermano pequeño de Zeke (se llama Uriah, si mal no recuerdo) se nos acerca corriendo. Ya es más alto que Zeke y lleva una venda detrás de la oreja para cubrir un tatuaje que se acaba de hacer. Normalmente parece siempre a punto de gastar una broma, pero ahora no; ahora tiene cara de pasmado.

—Amar —dice, algo jadeante—. Amar está… —Sacude la cabeza—. Amar está muerto.

Me río un poco. Soy vagamente consciente de que no es la reacción apropiada, pero no puedo evitarlo.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con que está muerto?

—Una osada encontró un cadáver en el suelo, al lado de la Espira, esta mañana temprano —explica Uriah—. Acaban de identificarlo y era Amar. Debe… debe de haber…

—¿Saltado? —pregunta Zeke.

—O se ha caído, nadie lo sabe.

Me dirijo a los senderos que suben por las paredes del Pozo. Siempre voy pegado a la pared cuando lo hago, por el miedo a las alturas, pero esta vez ni siquiera pienso en lo que hay abajo. Me abro paso entre los niños chillones y la gente que entra o sale de las tiendas. Subo por la escalera que cuelga del techo de cristal.

Hay una multitud reunida en el vestíbulo de la Espira. Me abro paso a codazos. Algunos me insultan o me devuelven los codazos, aunque no me doy cuenta del todo. Llego hasta el borde de la sala, hasta las paredes de cristal por encima de las calles que rodean el complejo de Osadía. Ahí fuera hay un área rodeada de cinta y una mancha roja en el pavimento.

Me quedo mirando la mancha un buen rato hasta que comprendo que es la sangre de Amar, la que derramó al golpearse contra el suelo.

Entonces me alejo.

No conocía a Amar lo suficiente como para que me duela, al menos como he aprendido a sentir dolor. Dolor fue lo que sentí cuando murió mi madre, un peso que hacía que me resultara imposible superar el día a día. Recuerdo que me paraba en medio de cualquier tarea sencilla y se me olvidaba continuarla, o que me despertaba en plena noche con lágrimas en el rostro.

No llevo igual la pérdida de Amar. De vez en cuando la lamento, cuando recuerdo que me dio mi nombre, que me protegió a pesar de que ni siquiera me conocía. Sin embargo, lo que más siento es rabia. Su muerte tuvo algo que ver con Jeanine Matthews y la evaluación de su simulación del miedo, lo sé. Y eso significa que lo que sucediera también es responsabilidad de Eric, ya que escuchó a escondidas nuestra conversación y se lo contó a la líder de su antigua facción.

Los eruditos mataron a Amar, aunque todos creen que saltó o que se cayó. Es lo que haría un osado.

Los osados celebrarán un funeral esta noche. Por la tarde ya están todos borrachos. Nos reunimos junto al abismo, y Zeke me pasa una copa de líquido oscuro que bebo sin pensar. Mientras la calma líquida me recorre el cuerpo, me balanceo un poco y le devuelvo la copa.

—Sí, parece justo —responde Zeke mientras observa la copa vacía—. Voy a por más.

Asiento con la cabeza y me dedico a escuchar el rugido del abismo. Al parecer, Jeanine Matthews aceptó que mis resultados anormales eran un problema del programa, pero ¿y si fingía? ¿Y si va a por mí igual que con Amar? Intento enterrar la idea en un lugar donde nunca la encuentre.

Unas manos oscuras y llenas de cicatrices me caen sobre el hombro, y veo que tengo a Max al lado.

—¿Estás bien, Cuatro?

—Sí —respondo, y es verdad.

Estoy bien porque sigo en pie y todavía no arrastro las palabras.

—Sé que Amar se interesaba mucho por ti. Creo que vio tu potencial —comenta Max, esbozando una leve sonrisa.

—En realidad, no lo conocía.

—Siempre estuvo algo tocado, era un poco inestable. No como el resto de los iniciados de su clase. Creo que perder a sus abuelos le afectó bastante. O quizás el problema fuera más profundo… No lo sé. Puede que esto sea lo mejor para él.

—¿Lo mejor es que esté muerto? —pregunto, mirándolo con el ceño fruncido.

—No he dicho eso exactamente —responde Max—, pero aquí, en Osadía, animamos a nuestros miembros a elegir su camino en la vida. Si esto es lo que él eligió…, pues mejor. —Vuelve a ponerme la mano en el hombro —. Según cómo lo hagas en el examen final de mañana, tú y yo deberíamos hablar de tu futuro en Osadía. Eres, de lejos, nuestro iniciado más prometedor, a pesar de tu origen.

Me quedo mirándolo. Ni siquiera entiendo lo que me dice, ni por qué lo dice aquí, en el funeral de Amar. ¿Está intentando reclutarme? ¿Para qué?

Zeke regresa con dos copas, y Max se pierde entre la multitud como si no hubiera pasado nada. Uno de los amigos de Amar se sube a una silla y grita algo sin sentido sobre que Amar ha sido lo bastante valiente como para explorar lo desconocido.

Todos alzan los vasos y repiten su nombre: Amar, Amar, Amar. Lo dicen tantas veces que pierde su sentido, envuelto en un ruido incesante, obsesivo y absorbente.

Después, todos bebemos. Así son los funerales osados: desterramos la pena al olvido del alcohol y la dejamos allí.

De acuerdo, me parece bien. Yo también puedo desterrarla.

Tori es la que dirige mi examen final, mi paisaje del miedo, en el que además estarán presentes los líderes de Osadía, incluido Max. Me toca más o menos hacia la mitad del grupo de iniciados y, por primera vez, no estoy nervioso. En el paisaje del miedo todos son conscientes de que se trata de una simulación, así que no tengo nada que ocultar. Me pincho en el cuello con la aguja y dejo que la realidad desaparezca.

Lo he hecho decenas de veces. Estoy en lo alto de un edificio alto y salto de la cornisa. Me encierran en una caja y me permito un breve momento de pánico antes de golpear la pared de la derecha con el hombro y romper la madera con el impacto, algo imposible. Recojo una pistola y disparo a una persona inocente (esta vez es un hombre sin rostro vestido de negro osado) en la cabeza sin tan siquiera pensarlo.

Esta vez, cuando me rodean los Marcus, se parecen más a él que antes. Su boca es una boca, aunque los ojos sigan siendo pozos vacíos. Y cuando echa atrás el brazo para pegarme, lleva un cinturón, no un alambre de espinos ni cualquier otra arma capaz de hacerme pedazos. Acepto unos cuantos golpes y me abalanzo sobre el Marcus más cercano para apretarle el cuello entre las manos. Le pego puñetazos a lo loco en la cara, y la violencia me aporta un breve momento de

satisfacción antes de despertarme agachado en el suelo de la sala del paisaje del miedo.

Las luces se encienden en la habitación contigua, así que veo a la gente de dentro. Hay dos filas de iniciados a la espera, Eric incluido; ya tiene tantos *piercings* en el labio que a veces fantaseo con arrancárselos uno a uno. Sentados frente a ellos están los tres líderes de Osadía, Max incluido, todos asintiendo con la cabeza y sonriendo. Tori me hace un gesto de aprobación con el pulgar.

Entré en el examen pensando que no me importaba nada, ni pasar, ni hacerlo bien, ni ser osado. Sin embargo, el gesto de Tori me llena de orgullo, así que esbozo una sonrisita al salir. Puede que Amar esté muerto, pero siempre quiso que me fuera bien. No puedo decir que lo haya hecho por él… En realidad no lo he hecho por nadie, ni siquiera por mí, pero, al menos, no lo he avergonzado.

Todos los iniciados que ya han terminado el examen final esperan los resultados en el dormitorio de los trasladados, tanto nosotros como los nacidos en Osadía. Zeke y Shauna lanzan un «¡hurra!» cuando entro, y me siento en el borde de la cama.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta Zeke.

—Bien, ninguna sorpresa. ¿Y vosotros?

—Fatal, pero salí con vida —responde, encogiéndose de hombros—. Pero Shauna tiene algunos nuevos.

—Me las apañé —responde ella exagerando su indiferencia.

Se ha puesto una almohada sobre las rodillas, una de las de Eric. A Eric no le va a gustar.

Entonces deja de actuar y sonríe.

—En realidad estuve estupenda.

—Ya, ya —dice Zeke.

Shauna le da con la almohada en toda la cara, y él se la quita.

—¿Qué quieres que te diga? Sí, estuviste estupenda. Sí, eres la mejor osada de todos los tiempos. ¿Contenta? —pregunta, y la golpea en el hombro con la almohada—. Lleva presumiendo sin parar desde que empezamos las simulaciones del miedo porque a ella se le dan mejor que a mí. Me tiene harto.

—Es venganza por lo mucho que presumiste durante el entrenamiento en combate —responde ella—. «¿Viste el pedazo de golpe que conseguí encajarle nada más empezar?». Blablablá.

Ella lo empuja, y él la agarra por las muñecas. Ella se zafa y le da un capirote en la oreja, y los dos se ríen mientras forcejean.

Puede que no entienda el afecto osado, pero, al parecer, sí sé reconocer el coqueteo cuando lo veo. Sonrío, satisfecho: al parecer eso resuelve el dilema de Shauna, aunque tampoco es que le diera demasiadas vueltas. Seguramente eso ya era una respuesta de por sí.

Nos quedamos aquí sentados otra hora mientras los demás terminan sus exámenes finales y vuelven uno a uno. El último en salir es Eric, que se queda en la puerta con aire petulante.

—Hora de ver los resultados —dice.

Los demás se levantan y pasan junto a él al salir del cuarto. Algunos parecen nerviosos; otros, engreídos, seguros de sí mismos. Espero hasta que se vayan todos para acercarme a la puerta, aunque no salgo, sino que me detengo, cruzo los brazos y me quedo mirando a Eric unos segundos.

—¿Tienes algo que decir? —pregunta.

—Sé que fuiste tú. Tú contaste a los eruditos lo de Amar. Lo sé.

—No sé de qué me hablas —responde, pero está claro que sí lo sabe.

—Por tu culpa está muerto —le digo. Me sorprende lo deprisa que me enfado. Me tiembla el cuerpo de rabia, noto calor en la cara.

—¿Es que te has dado un golpe en la cabeza durante el examen, estirado? —pregunta Eric, sonriendo—. No dices más que chorradas.

Le doy un buen empujón contra la puerta. Después lo sujeto con un brazo (por un momento, me sorprende la fuerza que he adquirido) y me acerco a su cara.

—Sé que fuiste tú —repito, buscando algo en sus ojos, cualquier cosa. No veo nada, solamente ojos negros de pez muerto, impenetrables—. Por tu culpa está muerto, y no te vas a librar sin más.

Lo suelto y me alejo por el pasillo hacia el comedor.

El comedor está a reventar de gente vestida con sus mejores galas osadas: todos los *piercings* exagerados con aros más llamativos y todos los tatuajes al aire, incluso cuando significa ir sin ropa. Intento mantener la vista fija en los rostros mientras me abro paso entre la

masa de cuerpos. Los aromas a tarta, carne, pan y especias impregnan el aire y se me hace la boca agua: se me había olvidado comer.

Cuando llego a mi mesa de siempre, robo un panecillo del plato de Zeke mientras no mira y me pongo en pie con los demás a la espera de los resultados. Espero que no nos hagan aguardar demasiado. Es como estar sosteniendo un cable pelado y con tensión: me tiemblan las manos y pierdo el control de mis pensamientos. Zeke y Shauna intentan hablar conmigo, pero ninguno de nosotros es capaz de gritar lo bastante alto como para hacerse oír por encima del ruido, así que nos resignamos a esperar sin decir nada.

Max se sube a una de las mesas y levanta las manos para pedir silencio. Casi lo consigue, aunque ni siquiera él es capaz de silenciar por completo a los osados, algunos de los cuales siguen hablando y bromeando como si nada. Aun así, logro escuchar su discurso.

—Hace unas semanas, un grupo de iniciados flacuchos y asustados vertió
su sangre sobre las brasas y dio el gran salto a Osadía —dice Max—. Si os soy sincero, pensaba que ninguno de ellos superaría su primer día. —Hace una pausa para que la gente se ría, y se ríe, aunque el chiste no era demasiado bueno—. Sin embargo, me place anunciar que este año ¡todos nuestros iniciados lograron la puntuación necesaria para convertirse en osados!

Todos lanzan vítores. A pesar de saber con certeza que no se quedarán fuera, Zeke y Shauna intercambian miradas nerviosas: el orden de la clasificación determinará el trabajo que podremos elegir en Osadía. Zeke le echa un brazo por encima de los hombros a Shauna y se los aprieta.

De repente, vuelvo a sentirme solo.

—No lo retrasaré más —sigue diciendo Max—. Sé que nuestros iniciados están de los nervios, así que ¡os presento a nuestros doce nuevos miembros osados!

Los nombres de los iniciados aparecen en una gran pantalla, detrás de él, una pantalla lo bastante grande como para que hasta la gente del fondo de la sala la vea. Busco automáticamente sus nombres en la lista:

6. Zeke

7. Ash

8. Shauna

Al instante desaparece la tensión que me atenazaba y sigo subiendo por la lista. Noto una breve punzada de pánico cuando no encuentro mi nombre, pero allí está, justo en lo alto.

1. Cuatro

2. Eric

Shauna grita, y Zeke y ella me aplastan en un desordenado abrazo; su peso está a punto de tirarme al suelo. Me río y levanto los brazos para devolverles el gesto.

En algún lugar del caos, dejé caer mi panecillo. Lo aplasto con el tacón y sonrío mientras la gente que me rodea, personas que ni siquiera conozco, me dan palmadas en los hombros, sonríen y repiten mi nombre. Mi nombre, que es simplemente Cuatro. Ahora todas las sospechas sobre mi origen y mi identidad quedan olvidadas porque soy uno de ellos, soy un osado.

Ya no soy Tobias Eaton, ya no, nunca más. Soy un osado.

Por la noche, mareado de emoción y tan lleno de comida que apenas puedo caminar, me escabullo de la celebración y subo por los caminos hasta lo alto del Pozo, al vestíbulo de la Espira. Salgo por las puertas y respiro profundamente el aire nocturno, que es fresco y vigorizante, no como el aire caliente y estancado del comedor.

Me acerco a las vías del tren, demasiado histérico para quedarme quieto. Se acerca un tren, la luz del vagón delantero parpadea al aproximarse. Pasa junto a mí con toda su potencia y energía, retumbándome en los oídos como un trueno. Me acerco a él y, por primera vez, saboreo la emoción del miedo en el estómago, de estar tan cerca de una cosa tan peligrosa.

Entonces veo algo oscuro y con forma humana de pie en uno de los últimos vagones: una figura alta, esbelta y femenina que se asoma al exterior, agarrada a uno de los asideros. Por un segundo, mientras el borrón del tren pasa por mi lado, veo su cabello rizado oscuro y su nariz aguileña.

Se parece a mi madre.

Y entonces desaparece, desaparece con el tren.

EL HIJO

El pequeño piso está vacío, con el suelo todavía surcado de marcas de escoba en las esquinas. No poseo nada para rellenar el espacio, salvo mi ropa abnegada, que está metida en el fondo de la bolsa que llevo al hombro. La lanzo sobre el colchón desnudo y miro en los cajones de debajo de la cama en busca de sábanas.

La lotería osada me trató bien porque yo quedé primero y porque, a diferencia de mis extrovertidos compañeros iniciados, quería vivir solo. Los demás, como Zeke y Shauna, crecieron rodeados de la comunidad osada y, para ellos, el silencio y la tranquilidad de vivir solos serían insoportables.

Hago rápidamente la cama estirando tan bien la sábana de arriba que casi tiene esquinas. Las sábanas están desgastadas en algunos puntos, ya sea por las polillas o por el uso, no estoy seguro. La manta, que es una colcha azul, huele a cedro y a polvo. Cuando abro la bolsa que contiene mis escasas pertenencias, sostengo frente a mí la camisa abnegada, la que desgarré para vendarme la herida de la mano. Parece pequeña, dudo que ahora entrase en ella si intentara probármela, cosa que no pienso hacer; me limito a doblarla y dejarla caer en el cajón.

Alguien llama a la puerta.

—¡Adelante! —grito, pensando que se trata de Zeke o de Shauna.

Sin embargo, el que entra en mi piso con las manos cruzadas frente a él es Max, un hombre alto de piel oscura y nudillos magullados. Examina una vez el cuarto y frunce los labios de asco al ver los pantalones grises que he dejado doblados sobre la cama. La reacción me sorprende un poco, ya que no hay mucha gente en esta ciudad dispuesta a unirse a Abnegación, pero tampoco hay demasiada que la odie. Al parecer, he encontrado a una de esas personas.

Me quedo donde estoy sin saber qué decir. Hay un líder de la facción en mi piso.

—Hola —saludo.

—Siento interrumpir. Me sorprende que no decidieras alojarte con tus antiguos compañeros de iniciación. Hiciste amigos, ¿no?

—Sí, pero esto me resulta más normal.

—Supongo que te llevará algún tiempo olvidar tu antigua facción.

Max pasa un dedo por la encimera de mi cocinita, mira el polvo que ha recogido y se limpia la mano en los pantalones. Me observa con aire crítico, una mirada que me dice que debo olvidarme de mi antigua facción cuanto antes. Si todavía fuera un iniciado, quizá me preocuparía esa mirada, pero ahora soy un miembro de Osadía y eso no me lo puede quitar, por muy «estirado» que le parezca.

¿No?

—Esta tarde elegirás trabajo —dice Max—. ¿Tienes algo en mente?

—Supongo que depende de lo que haya disponible —respondo—. Me gustaría hacer algo relacionado con la enseñanza. Como lo que hacía Amar, por ejemplo.

—Creo que el iniciado que ha quedado en primera posición puede apuntar más arriba que «instructor de iniciados», ¿no? —Max arquea las cejas y me doy cuenta de que una no se mueve tanto como la otra: la surca una cicatriz—. He venido porque ha surgido una oportunidad.

Saca una silla de la mesita que hay cerca de la encimera de la cocina, la gira y se sienta mirando al respaldo. Sus botas negras están cubiertas de lodo marrón claro y los cordones están llenos de nudos y deshilachados. Aunque quizá sea el osado de más edad entre los que conozco, bien podría estar hecho de acero.

—Si te soy sincero, uno de mis colegas líderes de Osadía está haciéndose demasiado viejo para el trabajo —explica Max. Me siento en el borde de la cama—. Los otros cuatro pensamos que sería buena idea inyectar sangre nueva en el liderazgo. Nuevas ideas para los nuevos miembros de Osadía y la iniciación, en concreto. De todos modos, esa tarea suele recaer en el líder más joven, así que encajaría bien. Estamos pensando en elegir a unos cuantos de las clases de iniciados más recientes para un programa de entrenamiento que nos permita averiguar si alguno de ellos es buen candidato. Tú eres la elección más obvia.

De repente, empiezo a agobiarme. ¿De verdad está insinuando que, con dieciséis años, estoy cualificado para ser líder de Osadía?

—El programa de entrenamiento durará al menos un año —sigue diciendo Max—. Será exigente y pondrá a prueba tu habilidad en muchos campos. Los dos sabemos que te irá bien en la parte del paisaje del miedo.

Asiento sin pensar. No debe de importarle mi exceso de confianza, ya que esboza una sonrisita.

—No hace falta que asistas a la reunión de selección de trabajos que se celebra dentro de un rato —dice Max—. El entrenamiento empezará pronto; mañana por la mañana, de hecho.

—Espere —respondo cuando una idea se abre paso entre el miasma de mi mente—. ¿No tengo elección?

—Claro que la tienes —responde, desconcertado—. Pero supuse que alguien como tú preferiría formarse como líder que pasarse el día de pie junto a una valla con un arma al hombro o enseñando técnicas de lucha a los iniciados. Pero si me equivoco…

No sé por qué vacilo, no quiero pasarme la vida protegiendo la valla ni patrullando la ciudad, ni siquiera dando vueltas por la sala de entrenamiento. Puede que se me dé bien el combate, pero eso no quiere decir que desee dedicarme a eso todo el día, todos los días. La oportunidad de cambiar algo en Osadía atrae al abnegado que llevo dentro, a esa parte de mí que sigue latente y, de vez en cuando, exige atención.

Supongo que, simplemente, no me gusta que no me den alternativa.

Sacudo la cabeza.

—No, no se equivoca —digo, aclarándome la garganta e intentando sonar más fuerte y decidido—. Quiero hacerlo, gracias.

—Excelente.

Max se levanta y se cruje los nudillos perezosamente, como si fuera una vieja costumbre. Me ofrece la mano y la acepto, aunque el gesto me sigue resultando poco familiar: los abnegados jamás se tocarían con tanta ligereza.

—Ven mañana a las ocho a la sala de reuniones que hay cerca de mi despacho. Está en la Espira. Décima planta.

Se marcha, y las suelas de sus botas dejan trocitos de tierra seca al salir. Los barro con la escoba que está apoyada en la pared, cerca de la puerta. No me doy cuenta hasta que estoy devolviendo la silla a su lugar bajo la mesa: si me convierto en líder de Osadía, en un representante de mi facción, tendré que enfrentarme cara a cara a mi padre de nuevo, y no una vez, sino constantemente, hasta que por fin se retire a la oscuridad abnegada.

Se me entumecen los dedos. Aunque me haya enfrentado a mis miedos muchas veces en simulaciones, eso no significa que esté listo para enfrentarme a ellos en la realidad.

—¡Tío, te lo has perdido! —exclama Zeke con los ojos como platos, preocupado—. ¡Al final solo quedaban los trabajos asquerosos, como fregar los baños! ¿Dónde estabas?

—No pasa nada —respondo mientras llevo mi bandeja a nuestra mesa, cerca de las puertas.

Shauna está aquí con su hermana pequeña, Lynn, y la amiga de Lynn, Marlene. Nada más verlas me entran ganas de dar media vuelta y marcharme: Marlene es demasiado alegre para mí, incluso en los días buenos. Pero Zeke me ha visto, así que ya es tarde. Detrás de nosotros, Uriah corre para alcanzarnos con el plato tan cargado de comida que es imposible que le quepa toda en el estómago.

—No me he perdido nada… Max ha venido a verme.

Mientras nos sentamos a la mesa, bajo una de las relucientes lámparas azules que cuelgan de la pared, les cuento la oferta de Max, procurando que no suene demasiado impresionante. Acabo de hacer amigos, no quiero que los celos se interpongan entre nosotros sin motivo. Cuando termino, Shauna apoya la cara en una mano y le dice a Zeke:

—Supongo que deberíamos habernos esforzado más en la iniciación, ¿eh?

—O haberlo asesinado antes de la prueba final.

—O las dos cosas —añade Shauna, sonriendo—. Felicidades, Cuatro. Te lo mereces.

Noto que todos los ojos están fijos en mí, como potentes haces de luz, y me apresuro a cambiar de tema.

—¿Dónde habéis acabado, chicos?

—Sala de control —responde Zeke—. Mi madre trabajaba allí y me enseñó casi todo lo que necesito saber.

—Yo estoy en la cosa esa del liderazgo de la patrulla o como se llame —dice Shauna—. No es el trabajo más emocionante del mundo, pero al menos estaré en el exterior.

—Sí, ya veremos lo que dices en pleno invierno cuando tengas que caminar arrastrando los pies por veinte centímetros de nieve y hielo —replica Lynn con amargura. Después le lanza una puñalada con el tenedor a la montaña de puré de patatas—. Más me vale hacerlo bien en la iniciación; no quiero acabar en la valla.

—¿No hemos hablado ya del tema? —pregunta Uriah—. No hables de la palabra que empieza por «i» hasta al menos dos semanas antes de que empiece. Me dan ganas de vomitar.

Le echo un vistazo a la pila de comida de su bandeja.

—Pero no te dan ganas cuando te pones hasta las cejas de comida, ¿no?

Pone los ojos en blanco y se inclina sobre su bandeja para seguir comiendo. Yo juego con mi comida: llevo desganado desde esta mañana, me preocupa demasiado lo de mañana como para soportar un estómago lleno.

Zeke ve a alguien al otro lado del comedor.

—Ahora mismo vuelvo.

Shauna lo observa cruzar la sala para saludar a un grupo de jóvenes osados. No parecen mucho mayores que él, aunque no los reconozco de la iniciación, así que deben de llevarnos uno o dos años. Zeke le dice algo al grupo (compuesto en su mayoría por chicas), y el grupo rompe a reír; después le da un puñetazo a una de las chicas en las costillas, y ella chilla de risa. Shauna, que está a mi lado, lo mira con rabia y falla al llevarse el tenedor a la boca, de modo que se mancha toda la mejilla de salsa de pollo. Lynn resopla de risa sobre su comida y Marlene le da una patada (audible) bajo la mesa.

—Bueno —dice Marlene en voz alta—, ¿sabes quién más está en el programa de liderazgo, Cuatro?

—Ahora que lo pienso, tampoco he visto hoy a Eric —responde Shauna —. Esperaba que hubiese tropezado y acabado en el fondo del abismo, pero…

Me meto comida en la boca e intento no pensar en ello. La luz azul hace que mis manos también parezcan azules, como las de un cadáver. No he hablado con Eric desde que lo acusé de ser indirectamente responsable de la muerte de Amar: alguien había informado a Jeanine Matthews, líder erudita, de que nuestro instructor era consciente durante las simulaciones y, como antiguo erudito, Eric es el sospechoso más probable. Tampoco he decidido todavía lo que haré la próxima vez que hable con él. Darle una paliza no demostrará que es un traidor a su facción. Tendré que encontrar el modo de relacionar con los eruditos sus actividades más recientes y llevar la información a uno de los líderes osados; seguramente a Max, ya que es al que conozco mejor.

Zeke regresa a la mesa y se mete en su asiento.

—Cuatro, ¿qué haces mañana por la noche?

—No lo sé, ¿nada?

—Ya no. Te vienes a una cita conmigo.

—¿Qué? —pregunto, ahogándome con las patatas.

—Estooo, odio ser yo quien te lo diga, hermano mayor —dice Uriah—, pero se supone que a una cita se va solo, no con un amigo.

—Es una cita doble, obviamente —responde Zeke—. Le he pedido para salir a Maria, y ella ha dicho algo sobre buscar una pareja para su amiga Nicole, así que le he comentado que tú estarías interesado.

—¿Quién es Nicole? —pregunta Lynn, estirando el cuello para observar al grupo de chicas.

—La pelirroja —responde Zeke—. En fin, a las ocho. Te vienes y ya está, ni siquiera te lo pregunto.

—Es que no… —empiezo a protestar, pero entonces le echo un vistazo a la pelirroja del otro lado de la sala.

Tiene la piel clara y los ojos pintados de negro, y lleva una camiseta ajustada que le marca la curva de la cintura y… otras cosas que mi voz interior abnegada me pide que pase por alto. Pero no lo hago.

Nunca he tenido una cita por culpa de los estrictos rituales de cortejo de mi anterior facción, que incluían acudir juntos a actos en servicio a la comunidad y, con suerte, solo con suerte, cenar con la familia de la otra persona y ayudarla a lavar los platos después. Entonces ni siquiera me planteaba si deseaba salir con nadie; era imposible.

—Zeke, es que nunca…

Uriah frunce el ceño y me pincha el brazo con un dedo, fuerte. Lo aparto de un manotazo.

—¿Qué?

—Ah, nada —responde Uriah alegremente—. Es que parecías más estirado que de costumbre, así que estaba comprobando tu tensión…

—Sí, ya —dice Marlene entre risas.

Zeke y yo nos miramos. Nunca hemos hablado explícitamente de no contarle a nadie cuál era mi facción de origen, pero, por lo que sé, no lo ha mencionado. Uriah lo sabe, pero, a pesar de ser un bocazas, parece comprender cuándo debe guardarse información. Sin embargo, no sé por qué Marlene no lo ha averiguado; a lo mejor no es demasiado observadora.

—No es para tanto, Cuatro —insiste Zeke antes de tragarse el último bocado—. Vienes, hablas con ella como si fuera un ser humano normal (cosa que es) y puede que quizás, horror, te permita cogerla de la mano…

Shauna se levanta de golpe haciendo chirriar su silla al arrastrarla por el suelo de piedra. Se mete el pelo detrás de la oreja y, con la cabeza gacha, se va a devolver la bandeja. Lynn le lanza una mirada asesina a Zeke (aunque no difiere mucho de su expresión habitual) y sigue a su hermana por el comedor.

—Vale, no tienes que darle la mano a nadie —dice Zeke, como si no hubiera pasado nada—. Tú ven, ¿vale? Te deberé una.

Miro a Nicole. Está sentada a una mesa que hay cerca de la devolución de bandejas y se ríe de nuevo del chiste de alguien. A lo mejor Zeke está en lo cierto: a lo mejor no es para tanto, puede que sea otro modo de desaprender mi pasado abnegado y aprender a aceptar mi futuro osado. Además…, es guapa.

—Vale, iré. Pero si haces algún chiste sobre lo de cogerse de la mano, te rompo la nariz.

Por la noche, cuando regreso al piso, todavía huele a polvo y a moho. Enciendo una de las lámparas, y un rayo de luz se refleja en la encimera. Lo acaricio, y un trocito de cristal se me clava en la punta del dedo y me hace sangrar. Lo cojo con cuidado y lo llevo a la bolsa de la basura, que he puesto esta mañana. Sin embargo, en el fondo de la bolsa ahora hay una pila de fragmentos pertenecientes a un vaso de cristal.

Todavía no he usado ninguno.

Un escalofrío me recorre la espalda mientras examino el resto del piso en busca de algo fuera de lugar. Las sábanas no están arrugadas, los cajones no están abiertos, parece que no se ha movido ninguna silla. Pero si hubiera roto un vaso esta mañana, me habría dado cuenta.

Entonces ¿quién ha estado en mi piso?

No sé por qué, pero lo primero que toco por la mañana al meterme en el baño es el cortapelos que compré ayer con mis créditos osados. Después, mientras sigo intentando dispersar las nubes del sueño, lo pongo en marcha y me lo llevo a la cabeza como siempre he hecho desde pequeño. Me aparto la oreja para protegerla de las cuchillas; sé cómo girarme y moverme para verme la nuca lo mejor posible. El ritual me calma los nervios, me centra y me estabiliza. Me sacudo el pelo cortado de los hombros y del cuello, lo barro y lo tiro a la basura.

Es una mañana abnegada: una ducha rápida, un desayuno sencillo y una casa limpia. Salvo que estoy vestido de negro osado, con botas, pantalones, camiseta y chaqueta. Evito mirarme en el espejo de camino al exterior, y aprieto los dientes porque sé lo profundas que son las raíces estiradas y lo difícil que será extirparlas de mi cabeza, con lo enredadas que están en todo lo demás. Abandoné aquel lugar por miedo y desafío, y eso hará que me cueste más adaptarme de lo que los demás suponen, más que si hubiese elegido Osadía por las razones correctas.

Camino a toda prisa hacia el Pozo y salgo por un arco que está a mitad de pared. Me mantengo lejos del borde del camino, a pesar de que los niños osados a veces corren por él entre gritos de risa y yo debería ser más valiente que ellos. No sé si la valentía se adquiere con la edad, como la sabiduría, aunque quizás aquí, en Osadía, la valentía sea la forma más elevada de sabiduría, el reconocimiento de que la vida puede y debe vivirse sin miedo.

Es la primera vez que medito sobre la vida osada, así que me aferro a la idea mientras asciendo por los caminos que rodean el Pozo. Llego a la escalera que cuelga del techo de cristal y mantengo la vista alzada, lejos del espacio que se abre a mis pies, así que no sufro un ataque de pánico. Sin embargo, cuando llego arriba me late con fuerza el corazón, incluso lo noto en la garganta. Max me dijo que su despacho estaba en la décima planta, de modo que subo al ascensor con un grupo de osados que van a trabajar. No todos se conocen, como los abnegados, aquí no es tan importante memorizar nombres, rostros, necesidades y deseos, así que quizá se limiten a sus amigos y familias para formar comunidades productivas, pero independientes dentro de su facción. Como la que estoy formando yo.

Cuando llego a la décima planta, no sé bien hacia dónde ir, pero entonces localizo una cabeza oscura doblando una esquina. Eric. Lo sigo, en parte porque probablemente sabe adónde va y en parte porque quiero saber qué hace, aunque no vaya al mismo sitio que yo. Sin embargo, al doblar la esquina, veo a Max de pie en una sala de reuniones con paredes de cristal, rodeado de jóvenes osados. Puede que el mayor tenga veinte y el menor no sea mucho mayor que yo. Max me ve a través del cristal y me hace un gesto para que entre. Eric se sienta cerca de él. «Qué pelota», pienso, aunque me siento al otro extremo de la mesa, entre una chica con un aro en la nariz y un chico con el pelo de un verde tan brillante que no consigo mirarlo directamente. En comparación, mi aspecto es muy sencillo; puede que me tatuara llamas osadas en el costado durante la iniciación, pero no están a la vista.

—Me parece que ya estamos todos, así que empecemos.

Max cierra la puerta de la sala de reuniones y se pone en pie ante nosotros. Está fuera de lugar en un entorno tan normal, como si hubiese venido para romper todos los cristales y sembrar el caos, en vez de para dirigir la reunión.

—Estáis aquí porque habéis demostrado potencial, sí, pero también entusiasmo por nuestra facción y nuestro futuro.

No sabía que yo hubiera hecho eso.

—Nuestra ciudad está cambiando más deprisa que nunca y, para seguirle el ritmo, nosotros también tendremos que cambiar. Debemos ser más fuertes, más valientes y mejores que ahora. Y entre vosotros están las personas que pueden lograrlo, pero tendremos que averiguar quiénes son. Hemos preparado una mezcla de formación y pruebas de habilidad que durará varios meses y os enseñará lo que debéis saber si superáis el programa, al tiempo que nos mostrará lo deprisa que aprendéis.

Eso suena sospechosamente parecido a lo que valoraría un erudito, no un osado; qué raro.

—Lo primero que haréis será rellenar este formulario informativo — dice, y casi me río.

Es ridículo ver a un guerrero osado duro y curtido con una pila de «formularios informativos», pero, claro, algunas cosas deben ser normales para resultar eficientes. Pasa la pila de hojas por la mesa, junto con un puñado de bolígrafos.

—Esto solo servirá para saber más sobre vosotros y darnos un punto de partida para medir vuestro progreso. Así que os conviene ser sinceros y no intentar parecer mejores de lo que sois.

Me quedo mirando la hoja, inquieto. Escribo mi nombre (que es la primera pregunta) y mi edad (la segunda). La tercera pide mi facción de origen, y la cuarta, mi número de miedos. La quinta consiste en explicar cuáles son esos miedos.

No sé bien cómo describirlos. Los dos primeros son fáciles: miedo a las alturas y claustrofobia. Pero ¿y el siguiente? ¿Y qué se supone que debo escribir sobre mi padre? ¿Que tengo miedo de Marcus Eaton? Al final garabateo: «Perder el control» para el tercer miedo y «amenazas físicas en espacios cerrados» para el cuarto, aunque sé que ni se acerca a la verdad.

Sin embargo, las siguientes preguntas son extrañas, desconcertantes. Son afirmaciones redactadas engañosamente y tengo que decir si estoy de acuerdo o no. «No pasa nada por robar si es para ayudar a otra persona». Bueno, esa es fácil: de acuerdo. «Algunas personas se merecen más las recompensas que otras». Puede. Depende de la recompensa. «El poder solo debe entregarse a los que se lo ganan». «Las circunstancias difíciles forjan a personas más fuertes». «No se sabe lo fuerte que es una persona hasta que no se la pone a prueba». Levanto la mirada para echar un vistazo a los demás. Algunos parecen

desconcertados, pero nadie se siente como yo: trastornado, casi asustado de elegir una respuesta para cada afirmación.

No sé qué hacer, así que marco «De acuerdo» en todas y entrego la hoja con las de los demás.

Zeke y su cita, Maria, están apretados contra una pared en un pasillo cercano al Pozo. Veo sus siluetas desde aquí. Parece que están tan pegados el uno al otro como hace cinco minutos, que fue cuando se largaron a esa esquina sin dejar de reírse como idiotas. Cruzo los brazos y vuelvo la vista hacia Nicole.

—Bueno —digo.

—Bueno —repite ella, poniéndose de puntillas y después volviendo a apoyarse sobre los talones—. Esto es un poco incómodo, ¿no?

—Sí —respondo, aliviado—. Es verdad.

—¿Desde cuándo eres amigo de Zeke? —pregunta—. No te he visto mucho por aquí.

—Desde hace unas semanas —respondo—. Nos conocimos en la iniciación.

—Ah, ¿eres un trasladado?

—Bueno… —No quiero reconocer que me trasladé de Abnegación, en parte porque, siempre que lo reconozco, la gente empieza a pensar que soy un estirado, y en parte porque no me gusta dejar caer pistas sobre mis progenitores si puedo evitarlo. Decido mentir—. No, es que… antes era más reservado, supongo.

—Ah —dice, entrecerrando un poco los ojos—. Pues se te debía de dar muy bien.

—Es una de mis especialidades. ¿Desde cuándo eres amiga de Maria?

—Desde que éramos pequeñas. Siempre ha sido de las que tropiezan y acaban dándose de bruces con una cita —responde Nicole—. A otras no se nos da tan bien.

—Sí, Zeke tuvo que insistirme un poco para lo de hoy.

—Ah, ¿sí? —dice Nicole, arqueando una ceja—. ¿Al menos te enseñó con quién te las veías? —añade, señalándose.

—Bueno, sí. No estaba seguro de si eras mi tipo, pero pensé que a lo mejor…

—No soy tu tipo —repite, fría.

Intento arreglarlo.

—Quiero decir que no creo que eso sea importante. La personalidad es mucho más importante que…

—¿Que mi aspecto poco satisfactorio? —pregunta, arqueando ambas cejas.

—Yo no he dicho eso. Esto… se me da fatal.

—Sí, está claro.

Agarra el bolsito negro que tenía apoyado en los pies y se lo mete bajo el brazo.

—Dile a Maria que he tenido que irme temprano.

Se aleja de la barandilla y desaparece por uno de los caminos cercanos al Pozo. Suspiro y miro de nuevo a Zeke y Maria. Por los pocos movimientos que soy capaz de detectar, concluyo que no han frenado. Doy golpecitos en la barandilla. Nuestra cita doble se ha convertido en una incómoda cita triangular, así que supongo que no pasa nada si me largo.

Veo a Shauna salir del comedor y la saludo con la mano.

—¿No era esta noche tu gran cita con Ezekiel?

—Ezekiel —repito, haciendo una mueca—. Se me había olvidado que ese era su nombre completo. Sí, mi cita acaba de dejarme tirado.

—Muy bueno —dice entre risas—. ¿Cuánto has durado? ¿Diez minutos?

—Cinco —respondo, y acabo riéndome yo también—. Al parecer, soy insensible.

—No —dice fingiendo sorpresa—, ¿tú? ¡Con lo sentimental y dulce que eres!

—Muy graciosa. ¿Dónde está Lynn?

—Ha empezado a discutir con Hector, nuestro hermano pequeño. Y llevo escuchándolos como toda la vida, así que me he largado. Se me había ocurrido pasarme por la sala de entrenamiento para hacer un poco de ejercicio, ¿te vienes?

—Sí, vamos.

Nos dirigimos a la sala, pero entonces caigo en la cuenta de que tenemos que pasar por el mismo pasillo que ocupan Zeke y Maria en estos momentos. Intento detener a Shauna con una mano, pero llego demasiado tarde: ve sus dos cuerpos apretados y abre mucho los ojos. Se para un segundo y oigo ruidos húmedos que desearía no haber oído. Entonces, Shauna vuelve a avanzar por el pasillo, caminando tan deprisa que tengo que correr para alcanzarla.

—Shauna…

—Sala de entrenamiento —responde.

En cuanto llegamos empieza a pegarle al saco de boxeo, y jamás la había visto darle tan fuerte.

—Aunque parezca raro, es importante que los osados de alto nivel comprendan cómo funcionan unos cuantos programas —explica Max—. El programa de vigilancia de la sala de control es el más obvio: un líder osado tendrá que supervisar de vez en cuando lo que ocurre en la facción. Después están los programas de las simulaciones, que debéis comprender para evaluar a los iniciados. Además tenemos el actual programa de seguimiento que facilita el correcto funcionamiento del comercio de nuestra facción, entre otros. Algunos de estos programas son bastante sofisticados, lo que significa que tendréis que adquirir habilidades informáticas fácilmente, si es que no las habéis adquirido ya. Eso es lo que haremos hoy.

Le hace un gesto a la mujer que está junto a su hombro izquierdo. La reconozco del juego de Atrevimiento. Es joven, con mechones morados en el pelo corto y más *piercings* de los que soy capaz de contar.

—Lauren, aquí presente, os enseñará lo más básico, y después os haremos un examen —dice Max—. Lauren es una de nuestras instructoras de iniciados, pero en su tiempo libre trabaja como técnica informática en la sede de Osadía. Es algo erudito por su parte, pero lo dejaremos pasar porque nos conviene.

Max le guiña un ojo, y ella sonríe.

—Adelante —dice Max—, volveré dentro de una hora.

Max se marcha, y Lauren da una palmada.

—De acuerdo, hoy vamos a hablar de cómo funciona la programación. Los que ya tengáis experiencia podéis desconectar a vuestro antojo. El resto, será mejor que os concentréis porque no voy a repetir nada. Aprender esto es como aprender un idioma: no basta con memorizar las palabras, también hay que comprender las normas y por qué funcionan como funcionan.

Hace unos años me presenté voluntario para los laboratorios informáticos del edificio de Niveles Superiores ya que tenía que cumplir las horas de voluntariado a las que obligaba mi facción (y quería salir de casa), y aprendí a desmontar un ordenador y volver a montarlo. Sin embargo, nunca aprendí nada de esto. La hora siguiente transcurre envuelta en una niebla de términos técnicos a los que apenas puedo seguir el hilo. Intento tomar notas en un trozo de papel que he encontrado en el suelo, pero Lauren avanza tan deprisa que a mis manos les cuesta seguir el ritmo de mis oídos, así que abandono el intento al cabo de unos minutos y me limito a prestar atención. Nos enseña ejemplos de lo que explica en una pantalla en la parte delantera del aula, y cuesta no distraerse por la vista de las ventanas que tiene detrás: desde este ángulo, la Espira muestra la silueta de los edificios de la ciudad, los dientes del Centro atravesando el cielo, el pantano asomándose entre los relucientes edificios.

No soy el único que parece abrumado: los demás candidatos se inclinan los unos sobre los otros para susurrar frenéticamente preguntando definiciones que se han perdido. Sin embargo, Eric está sentado cómodamente en su silla y se dedica a dibujarse el dorso de la mano. Reconozco esa sonrisa de suficiencia. Claro que ya conoce todo esto: debe de haberlo aprendido en Erudición, puede que de pequeño; si no, no parecería tan satisfecho.

Antes de darme cuenta del paso del tiempo, Lauren pulsa un botón en la pantalla para que esta vuelva a meterse en el techo.

—En el escritorio de vuestros ordenadores encontraréis un archivo llamado «Examen de programación». Abridlo. Os llevará a un examen cronometrado. Repasaréis una serie de programitas y marcaréis los errores que creáis que causan su mal funcionamiento. Puede que sean cosas grandes, como el orden de un código, o cosas muy pequeñas, como una palabra o marca fuera de su sitio. No tenéis que arreglarlos ahora, pero debéis de ser capaces de localizarlos. Habrá un error por programa. Adelante.

Todos empiezan a pulsar las pantallas como locos. Eric se me acerca y dice:

—En vuestra casa estirada no habría ni un ordenador, ¿no, Cuatro?

—No.

—Bueno, verás, así es como se abre un archivo —me explica dando un golpecito exagerado en el archivo de su pantalla—. ¿Ves? Es como papel, pero en realidad no es más que una imagen en una pantalla… Sabes lo que es una pantalla, ¿no?

—Cierra la boca —le digo, y abro la prueba.

Me quedo mirando el primer programa. «Es como aprender un idioma —me digo—. Todo debe empezar en el orden correcto y terminar en orden inverso. Solo tienes que asegurarte de que todo esté en su sitio».

No empiezo por el principio del código para ir bajando, sino que busco el núcleo central del código dentro de toda la envoltura. Allí me doy cuenta de que la línea de código termina en el lugar equivocado. Marco el sitio y pulso el botón de la flecha que me permitirá continuar el examen si acierto. La pantalla cambia y me muestra otro programa.

Arqueo las cejas: debo de haber absorbido más de lo que creía.

Empiezo el siguiente del mismo modo, avanzando desde el centro del código hacia el exterior, comparando la parte superior del programa con la inferior, prestando atención a las comillas, puntos y barras invertidas. Curiosamente, buscar errores de código resulta tranquilizador, una forma de asegurarse de que el mundo sigue el orden que debe tener y, mientras así sea, todo funcionará correctamente.

Se me olvida la gente que me rodea, incluso el paisaje y lo que significará terminar este examen. Me concentro en lo que tengo delante, en el enredo de palabras de mi pantalla. Veo que Eric termina el primero, mucho antes de que los demás estemos listos para acabar el examen, pero intento que eso no me preocupe. Ni siquiera cuando decide sentarse a mi lado y mirar por encima de mi hombro mientras trabajo.

Por fin toco el botón de la flecha y aparece una nueva imagen: «EXAMEN FINALIZADO».

—Buen trabajo —me felicita Lauren cuando se acerca para comprobar mi pantalla—. Eres el tercero en acabar.

Me vuelvo hacia Eric.

—Espera —digo—, ¿no ibas a explicarme lo que era una pantalla? Está claro que no tengo ni idea de informática, así que necesito tu ayuda desesperadamente.

Me lanza una mirada asesina, y sonrío.

Cuando regreso, la puerta de mi piso está abierta. Solo un par de centímetros, pero sé que la cerré al salir. La abro con la punta del pie y entro con el corazón en la boca, esperando encontrarme con un intruso que rebusca entre mis cosas, aunque no sé bien quién. Puede que uno de los lacayos de Jeanine a la caza de pruebas que demuestren que soy distinto, como lo era Amar. O puede que Eric, intentando encontrar algo para tenderme una trampa. Pero el piso está vacío e intacto.

Intacto, salvo por el trozo de papel de encima de la mesa. Me acerco a él despacio, como si fuera a estallar en llamas o a esfumarse. Hay un mensaje escrito con una letra pequeña e inclinada:

El día que más odiabas

a la hora en que ella murió

en el lugar en que te subiste por primera vez.

Al principio, las palabras me parecen un sinsentido y las tomo por una broma, algo que me han dejado en casa para ponerme nervioso; y funciona, porque me tiemblan las rodillas. Me dejo caer en una de las desvencijadas sillas sin apartar la vista del papel. Lo leo una y otra vez, y el mensaje empieza a tomar forma en mi cabeza.

«En el lugar en que te subiste por primera vez». Eso debe de ser el andén al que subí después de unirme a Osadía.

«A la hora en que ella murió». Ese «ella» solo puede referirse a una persona: mi madre. Mi madre murió en plena noche, de modo que, cuando desperté, su cadáver ya no estaba; mi padre y sus amigos abnegados lo hicieron desaparecer. Según me dijo, calcularon que había muerto sobre las dos de la madrugada.

«El día que más odiabas». Esta es la más difícil… ¿Se refiere a un día del año, a un cumpleaños o a una fiesta? No se me ocurre ninguna respuesta y no entiendo por qué iba alguien a dejar una nota con tanta antelación. Debe de referirse a un día de la semana, pero ¿qué día de la semana odiaba más? Eso es fácil: el día de las reuniones del consejo, porque mi padre estaba fuera hasta tarde y regresaba a casa de mal humor. Los miércoles.

Miércoles, a las dos de la madrugada, en el andén cerca del Centro. Esta noche. Y solo hay una persona en el mundo que sepa toda esa información: Marcus.

Tengo el trozo de papel apretado dentro del puño, pero no lo siento. Desde que pensé en su nombre por primera vez me cosquillean las manos y se me han quedado prácticamente dormidas.

Dejo abierta de par en par la puerta del piso y salgo sin atarme los cordones de los zapatos. Recorro las paredes del Pozo sin fijarme en la altura y corro escaleras arriba hacia la Espira sin tan siquiera sentir la tentación de mirar abajo. Hace unos días, Zeke mencionó de pasada la ubicación de la sala de control. Solo espero que él siga allí, porque necesito su ayuda para acceder a las grabaciones del pasillo de mi piso. Sé dónde está la cámara: oculta en una esquina en la que creen que nadie reparará en ella. Bueno, pues yo lo hice.

Mi madre solía fijarse en esas cosas también. Cuando paseábamos por el sector abnegado los dos solos, ella señalaba las cámaras ocultas en burbujas de cristal oscuro o pegadas a los bordes de los edificios. Nunca comentaba nada al respecto ni parecía preocupada por ellas, pero siempre sabía dónde estaban y, cuando pasaba junto a ellas, procuraba mirarlas directamente, como si dijera: «Yo también os veo». Así que crecí buscando, examinando y observando los detalles de lo que me rodeaba.

Subo en el ascensor hasta la cuarta planta. Después sigo los carteles que llevan a la sala de control. Está al final de un pasillo corto, tras doblar una esquina, con la puerta abierta. Me saluda una pared de pantallas; hay gente sentada frente a ella, ante escritorios, y hay otros escritorios que recorren las paredes de la sala, cada uno con su propia pantalla. La grabación rota cada cinco segundos y muestra distintas zonas de la ciudad: los campos de Cordialidad, las calles que rodean el Centro, el complejo de Osadía, incluso el Mercado del Martirio con su gran vestíbulo. Le echo un vistazo al sector abnegado a través de una de las pantallas, después salgo de mi estupor y busco a Zeke. Está sentado a un escritorio de la pared de la derecha, escribiendo algo en un cuadro de diálogo que ocupa la mitad izquierda de la pantalla mientras aparece una grabación del Pozo en la parte derecha. En la sala todos llevan auriculares; supongo que escuchan lo que sea que estén observando.

—Zeke —lo llamo en voz baja.

Algunos me miran como si me regañaran por colarme, pero nadie dice nada.

—¡Hola! Me alegro de que hayas venido, estoy muerto de abu… ¿Qué te pasa?

Su mirada pasa de mi cara a mi puño, todavía cerrado en torno al papel. No sé cómo explicarlo, así que no lo intento.

—Necesito ver la grabación del pasillo de mi piso. De las últimas cuatro horas, más o menos. ¿Me ayudas?

—¿Por qué? —pregunta Zeke—. ¿Qué ha pasado?

—Alguien ha entrado en mi casa. Quiero saber quién ha sido.

Él mira a su alrededor para comprobar que no nos observa nadie. Ni nos escucha.

—Mira, no puedo hacerlo, ni siquiera nosotros tenemos permiso para ver grabaciones específicas, a no ser que nos encontremos con algo raro. Todo va por turnos…

—Me debes un favor, ¿te acuerdas? No te lo pediría si no fuera importante.

—Sí, lo sé.

Zeke mira de nuevo a su alrededor, cierra el cuadro de diálogo que tenía abierto y abre otro. Observo el código que introduce para extraer la grabación deseada y me sorprende descubrir que entiendo una parte gracias a la clase de hoy. Aparece una imagen en pantalla en la que se ven los pasillos de Osadía cercanos al comedor. Da un toquecito en la pantalla y otra imagen la sustituye, esta vez del interior del comedor; la siguiente es del estudio de tatuajes, después del hospital.

Sigue avanzando por el complejo de Osadía mientras veo pasar las imágenes que muestran instantes de la vida normal de los osados, gente jugando con sus tatuajes mientras hace cola para conseguir ropa nueva, otros practicando puñetazos en la sala de entrenamiento. Veo a Max en su despacho un segundo, sentado en una de las sillas, con una mujer enfrente. Una mujer rubia con el pelo recogido en un moño. Pongo una mano en el hombro de Zeke.

—Espera —le digo, y el papel que llevo en la mano parece un poco menos urgente—. Retrocede.

Lo hace, y confirmo lo que sospechaba: Jeanine Matthews está en el despacho de Max con una carpeta en el regazo. Lleva la ropa planchada a la perfección y se sienta muy recta. Le quito los auriculares a Zeke, que frunce el ceño, aunque no me detiene.

Las voces de Max y Jeanine se oyen bajas, pero se oyen.

—Lo he reducido a seis —dice Max—. Diría que está bastante bien para ser… ¿Qué? ¿El segundo día?

—Esto es poco eficiente —responde Jeanine—. Ya tenemos un candidato, me aseguré de ello. Ese era el plan desde el principio.

—Nunca me preguntaste mi opinión sobre el plan, y esta es mi facción —dice Max, tenso—. No me gusta ese chico, y no quiero pasarme el resto de mis días trabajando con una persona que no me gusta. Así que tendrás que permitirme, al menos, encontrar a otro que cumpla todos los criterios…

—Vale —lo interrumpe ella, levantándose con la carpeta pegada al estómago—. Pero cuando no lo consigas, espero que lo reconozcas. No tengo paciencia con el orgullo osado.

—Sí, porque los eruditos sois la viva imagen de la humildad.

—Eh —me dice Zeke entre dientes—. Mi supervisor está mirando. Devuélveme los auriculares.

Me los quita de la cabeza y, al sacarlos, me tira de las orejas, dejándomelas doloridas.

—Si no sales de aquí me quedaré sin trabajo —insiste Zeke.

Parece serio y preocupado. No pongo objeciones, aunque ni siquiera he averiguado lo que quería saber; ha sido culpa mía, por distraerme. Salgo sin hacer ruido de la sala de control. El cerebro me va a mil por hora; una parte de mí sigue aterrada con la idea de que mi padre estuviera en mi piso, de que quiera reunirse conmigo a solas en una calle abandonada en plena noche; la otra parte de mí sigue desconcertada por lo que acaba de oír. «Ya tenemos un candidato, me aseguré de ello». Deben de haber estado hablando del candidato para el liderazgo de Osadía.

Pero ¿por qué le preocupa a Jeanine Matthews quién sea elegido como próximo líder de los osados?

Regreso a mi piso sin darme cuenta, me siento en el borde de la cama y me quedo mirando la pared de enfrente. «¿Por qué quiere Marcus reunirse conmigo? ¿Por qué están tan metidos los eruditos en la política osada? ¿Es que Marcus quiere matarme sin testigos? ¿O quiere advertirme sobre algo o amenazarme…? ¿De qué candidato hablaban?».

Me aprieto la frente con las manos para intentar calmarme, aunque los nervios son como un hormigueo en la nuca. Ahora mismo no puedo hacer nada sobre lo de Max y Jeanine. Lo que tengo que decidir es si voy a la reunión de esta noche.

«El día que más odiabas». Pensaba que Marcus no se fijaba en mí, que no se fijaba en las cosas que me gustaban o que odiaba. Solo parecía considerarme un inconveniente, una molestia. Sin embargo, ¿acaso no descubrí hace unas semanas que sabía que las simulaciones no funcionarían conmigo y que intentó ayudarme a evitar el peligro? A pesar de todas las cosas horribles que me ha hecho y me ha dicho, sigue siendo mi padre. Por eso me invita a esta reunión, e intenta demostrármelo diciéndome que me conoce, que sabe lo que odio, lo que me gusta, lo que temo.

No sé por qué la idea me llena de esperanza, a pesar del tiempo que llevo odiándolo. Pero puede que, del mismo modo que en el fondo él es mi padre, también yo sea su hijo.

El pavimento todavía desprende el calor del sol cuando salgo del complejo de Osadía, a la una y media de la madrugada. Lo noto en la punta de los dedos. Las nubes cubren la luna, así que las calles están más oscuras de lo normal, aunque no me da miedo la oscuridad, ni las

calles. Ya no. Eso es lo que aprendes después de darle una paliza a un puñado de iniciados de Osadía.

Respiro el olor a asfalto caliente y empiezo a correr con tranquilidad, pendiente del ruido de mis zapatillas sobre el suelo. Las calles que rodean el sector osado de la ciudad están vacías; mi facción vive apiñada, como una jauría de perros dormidos. Me doy cuenta de que por eso Max parecía tan preocupado al verme vivir solo: si de verdad soy osado, ¿no querría que mi vida se solapara todo lo posible con la de ellos? ¿No debería procurar integrarme en mi facción hasta que ambos seamos inseparables?

Lo medito mientras corro. A lo mejor está en lo cierto. A lo mejor no me estoy integrando bien; a lo mejor no estoy presionándome lo suficiente. Corro a un ritmo constante y entorno los ojos para mirar los carteles al pasar, para saber por dónde voy. Me doy cuenta de cuándo llego al anillo de edificios que ocupan los abandonados porque veo sus sombras moverse detrás de las ventanas oscurecidas y bloqueadas con tablas. Me pongo a correr bajo las vías del tren, donde el enrejado de madera se extiende hacia el horizonte, alejándose de la calle.

El Centro crece de tamaño a medida que me acerco. Me late con fuerza el corazón, aunque no creo que sea de la carrera. Me detengo abruptamente cuando llego al andén y me quedo al pie de la escalera para intentar recuperar el aliento mientras recuerdo cuándo subí estos escalones por primera vez, el mar de osados ruidosos que se movía a mi alrededor y me empujaba adelante. Me resultó sencillo dejarme llevar por su impulso. Ahora tengo que confiar en mis propias fuerzas. Empiezo a subir. Las pisadas arrancan ecos del metal y, cuando llego arriba, miro la hora.

Las dos en punto.

Pero el andén está vacío.

Me paseo por él para asegurarme de que no haya figuras oscuras ocultas en oscuras esquinas. Un tren retumba a lo lejos, y me detengo para mirar la luz de su morro. No sabía que circularan trenes a estas horas; se supone que la ciudad debe apagar todas las luces a medianoche para ahorrar energía. Me pregunto si Marcus le habrá pedido a los abandonados un favor especial. Pero ¿por qué iba a viajar en tren? El Marcus Eaton que conozco nunca se habría atrevido a relacionarse tan directamente con Osadía. Habría preferido caminar descalzo por la calle.

La luz del tren parpadea una sola vez antes de pasar corriendo junto al andén. Traquetea y golpea, frena, pero no se detiene, y veo a una persona saltar del penúltimo vagón, una figura esbelta y ágil. No es Marcus. Es una mujer.

Aprieto el papel cada vez más fuerte hasta que me duelen los nudillos.

La mujer camina hacia mí dando grandes zancadas y, cuando está a pocos metros, la veo. Pelo largo y rizado. Prominente nariz aguileña. Pantalones negros osados, camisa gris abnegada, botas marrones cordiales. Tiene el rostro arrugado, cansado, delgado. Pero la reconozco, jamás podré olvidar su cara, la cara de mi madre, Evelyn Eaton.

—Tobias —dice sin aliento y con los ojos como platos, como si estuviera tan sorprendida de verme como yo de verla a ella, aunque eso sea imposible.

Ella sabía que yo seguía vivo, mientras que yo recuerdo el aspecto de la urna con sus cenizas sobre la repisa de la chimenea, las huellas de mi padre sobre ella.

Recuerdo el día que desperté y me encontré con un grupo de serios abnegados en la cocina de mi padre, y cómo todos levantaron la vista cuando entré y Marcus me explicó, con una compasión que yo sabía que no sentía, que mi madre había fallecido durante la noche por las complicaciones de un parto prematuro y un aborto.

«¿Estaba embarazada?», recuerdo haber preguntado.

«Claro que sí, hijo. —Se volvió hacia los demás—. Es por la conmoción, por supuesto. Es algo que cabía esperar en una situación como esta».

Recuerdo haberme sentado en el salón frente a un plato lleno de comida con un grupo de abnegados murmurando a mi alrededor. Mi casa estaba a reventar, con todo el barrio dentro, y nadie decía nada que me importase.

—Sé que esto debe de resultarte… inquietante —me dice.

Apenas reconozco su voz; es más grave, más fuerte y más dura que en mis recuerdos, y por eso sé que los años la han cambiado. Siento demasiadas cosas a la vez para lograr gestionarlas, las siento con demasiada intensidad para hacerlo, y, de repente, no siento nada.

—Se supone que estás muerta —digo sin más.

Es una estupidez. Es una estupidez decirle algo así a tu madre cuando regresa de entre los muertos, pero estoy en una situación estúpida.

—Lo sé —responde, y creo ver lágrimas en sus ojos, aunque está demasiado oscuro para saberlo con certeza—. No estoy muerta.

—Obviamente. —La voz que me sale de entre los labios es sarcástica y relajada—. ¿Estabas embarazada, al menos?

—¿Embarazada? ¿Es lo que te contaron, que había muerto en el parto o algo así? —Sacude la cabeza—. No, no estaba embarazada. Llevaba varios meses planificando mi huida… Necesitaba desaparecer. Creía que Marcus te lo contaría cuando fueras lo bastante mayor.

Dejo escapar una carcajada que parece un ladrido.

—Creíste que Marcus Eaton reconocería que su mujer lo había abandonado. Que lo reconocería ante mí.

—Eres su hijo —responde Evelyn, frunciendo el ceño—. Te quiere.

Entonces, toda la tensión de la última hora, de las últimas semanas, de los últimos años, se desborda, es demasiada para contenerla, y me río de verdad, aunque es una risa rara, mecánica. Me asusta hasta a mí.

—Tienes derecho a estar enfadado porque te mintieran —me dice—. Yo también lo estaría. Pero, Tobias, tenía que marcharme, sé que entiendes el porqué…

Intenta tocarme, pero le sujeto la muñeca y la aparto.

—No me toques.

—Vale, vale —dice, levantando las palmas de las manos mientras retrocede—. Pero lo entiendes, tienes que entenderlo.

—Lo que entiendo es que me dejaste solo en una casa con un sádico maníaco.

Es como si algo dentro de ella se derrumbase. Se le caen las manos a los lados como dos pesos muertos. Se le hunden los hombros. Hasta su rostro se distiende cuando se da cuenta de lo que quiero decir. Cruzo los brazos y echo los hombros atrás para intentar parecer lo más grande, fuerte y duro posible. Ahora, en negro osado, es más fácil que con el gris de Abnegación, y puede que quizá por eso eligiera Osadía de refugio. No por rencor, no para herir a Marcus, sino porque sabía que esta vida me enseñaría a ser más fuerte.

—No… —empieza a decir.

—Deja de hacerme perder el tiempo. ¿Para qué has venido? —pregunto, y lanzo la nota arrugada al suelo, entre nosotros, mientras arqueo las cejas—. Hace siete años que moriste y nunca me habías hecho esta revelación tan teatral, así que ¿ha cambiado algo?

Al principio no responde. Después se recompone visiblemente y dice:

—A nosotros, los abandonados, nos gusta estar pendientes de lo que pasa. Como lo que pasa en la Ceremonia de la Elección. Esta vez,

nuestro infiltrado me contó que elegiste Osadía. Habría ido en persona, pero no quería arriesgarme a tropezarme con él. Me he convertido… en una especie de líder de los sin facción, y es importante que no me exponga.

Noto un sabor amargo en la boca.

—Vaya, vaya, pero qué padres más importantes tengo. Soy un chico con suerte.

—Esto no es propio de ti. ¿No hay ni siquiera una pequeña parte de ti que se alegre de volver a verme?

—¿Que si me alegro de verte? Apenas te recuerdo, Evelyn. He vivido casi tanto tiempo sin ti como contigo.

Se le contrae el rostro. Le he hecho daño. Me alegro.

—Cuando elegiste Osadía —sigue diciendo, despacio— supe que había llegado el momento de ponerme en contacto contigo. Mi plan siempre ha sido buscarte después de que eligieras y estuvieras solo para poder invitarte a unirte a nosotros.

—Unirme a vosotros. ¿Quedarme sin facción? ¿Por qué iba a hacer eso?

—Nuestra ciudad está cambiando, Tobias. —Es lo mismo que dijo Max ayer—. Los abandonados se unen, al igual que los osados con los eruditos. Dentro de poco, todos tendremos que elegir un bando, y yo sé en cuál preferirías estar. Creo que con nosotros puedes marcar la diferencia.

—Tú sabes en cuál preferiría estar. En serio. No soy un traidor a mi facción. Elegí Osadía, y a ella pertenezco.

—No eres uno de esos idiotas sin cerebro adictos al peligro —me suelta —. Igual que no eras un encorsetado robot estirado. Puedes ser algo más, más que cualquier facción.

—No tienes ni idea de lo que soy, ni de lo que puedo llegar a ser. Conseguí el primer puesto en mi clase de iniciación. Quieren que me convierta en líder osado.

—No seas inocente —responde, mirándome con los ojos entornados—. No quieren un nuevo líder, sino una marioneta que manipular. Por eso frecuenta Jeanine Matthews la sede de Osadía, por eso no deja de infiltrar secuaces en tu facción para informar sobre su comportamiento. ¿No te has dado cuenta que parece saber cosas que no tiene derecho a saber? ¿Que no dejan de cambiar el entrenamiento osado y de experimentar con él? Como si a los osados se les pudiera ocurrir algo así sin ayuda.

Amar nos contó que los paisajes del miedo no solían ser lo primero de la iniciación osada, que era algo nuevo que estaban probando. Un experimento. Pero ella tiene razón: los osados no experimentan. Si de verdad les preocupara el pragmatismo y la eficiencia, no se molestarían en enseñarnos a lanzar cuchillos.

Y también está la muerte de Amar. ¿No fui yo el que acusó a Eric de ser un informante? ¿No sospecho desde hace semanas que sigue en contacto con los eruditos?

—Aunque estés en lo cierto —le digo, ya perdida toda mi energía maligna. Me acerco a ella—. Aunque estés en lo cierto sobre Osadía, no me uniría a ti. —Intento que no me tiemble la voz y añado—: No quiero volver a verte.

—No te creo —responde en voz baja.

—Me da igual lo que creas.

Paso junto a ella para dirigirme a la escalera por la que subí al andén.

—Si cambias de idea, cualquier mensaje que pases a un abandonado llegará hasta mí —me grita.

No vuelvo la vista atrás. Corro escaleras abajo y sigo haciéndolo por la calle para alejarme del andén. Ni siquiera sé si voy en la dirección correcta, solo que deseo estar lo más lejos de ella que pueda.

No duermo.

Doy vueltas por mi piso, frenético. Saco los restos de mi vida abnegada de los cajones y los tiro a la basura: la camisa desgarrada, los pantalones, los zapatos, los calcetines y hasta el reloj. En algún momento del alba lanzo el cortapelos contra la pared de la ducha, y se rompe en varios pedazos.

Una hora después del alba, me acerco al estudio de tatuaje. Tori ya está allí… Bueno, puede que «estar» sea una palabra demasiado fuerte, ya que tiene los ojos hinchados de dormir y la mirada perdida, y acaba de empezar a tomarse un café.

—¿Pasa algo? —me pregunta—. En realidad no estoy aquí, se supone que voy a correr con ese maníaco de Bud.

—Esperaba que hicieras una excepción.

—Por aquí no viene mucha gente con peticiones urgentes de tatuajes.

—Siempre hay una primera vez para todo.

—Vale. —Se sienta, un poco más alerta—. ¿Tienes algo en mente?

—Vi un dibujo en tu piso hace unas semanas. Era uno de todos los símbolos de las facciones juntos. ¿Todavía lo tienes?

—Se supone que no debías verlo —comenta, poniéndose rígida.

Sé por qué no debería haberlo visto, por qué no quiere hacer público ese dibujo: implica acercarse a las demás facciones, en vez de afirmar la supremacía osada, como se supone que deben hacer sus tatuajes. Incluso a los miembros más recalcitrantes de Osadía les preocupa parecer lo bastante osados, y no sé por qué, no sé qué clase de amenazas acechan a los acusados de «traidores a su facción», pero para eso estoy aquí.

—Esa es la idea, en realidad —le explico—. Quiero ese tatuaje.

Lo pensé de camino a casa, mientras repasaba las palabras de mi madre una y otra vez. «Puedes ser algo más, más que cualquier facción». Ella creía que, para ser más que cualquier facción, tendría que abandonar este lugar y la gente que me ha aceptado con los brazos abiertos; que tendría que perdonarla y dejarme llevar por sus creencias y su forma de vida. Sin embargo, no quiero marcharme, y no quiero hacer nada que no quiera. Puedo ser más que cualquier facción aquí, en Osadía; quizá ya lo sea, y ha llegado el momento de demostrarlo.

Tori mira a su alrededor, a la cámara de la esquina, la que localicé al entrar. Ella también es de las que se fija en las cámaras.

—No era más que un dibujo estúpido —dice en voz alta—. Ven, estás descompuesto. Hablaremos de ello y encontraremos algo mejor para ti.

Me hace señas para que entre en la parte de atrás del estudio; atravesamos el almacén y volvemos a su piso. Recorremos la destartalada cocina y entramos en el salón; encima de la mesa de centro hay una pila de dibujos.

Hojea las páginas hasta dar con un dibujo como el que yo decía: las manos abnegadas sostienen las llamas osadas, las raíces del árbol de Cordialidad crecen bajo un ojo erudito, que a su vez se mantiene en equilibrio bajo la balanza veraz. Todos los símbolos de las facciones, uno encima de otro. Ella lo sostiene en alto, y asiento con la cabeza.

—No puedo dibujártelo en un sitio que se vea —me explica—. Eso te convertiría en un blanco con patas, en un sospechoso de traidor a la facción.

—Lo quiero en la espalda. Cubriéndome la columna.

Las heridas de mi último día con mi padre ya están curadas, pero quiero recordar dónde estaban; quiero recordar toda la vida de dónde escapé.

—Está claro que no haces las cosas a medias —responde, suspirando—. Tardaré bastante tiempo, varias sesiones. Tendremos que hacerlo aquí, después del trabajo, porque no pienso permitir que esas cámaras lo capten, aunque casi nunca se molesten en mirar aquí.

—Vale.

—¿Sabes? Es probable que el tipo de persona capaz de tatuarse esto sea también el tipo de persona que debería guardarlo en secreto —comenta, mirándome por el rabillo del ojo—. Si no quiere que alguien empiece a pensar que es un divergente.

—¿Divergente?

—Es la palabra que usamos con las personas que son conscientes durante las simulaciones, que se niegan a ser clasificadas. Una palabra que no debe pronunciarse a la ligera, porque esas personas a menudo mueren en circunstancias misteriosas.

Tiene los codos apoyados en las rodillas, como si nada, mientras esboza en un papel de transferencia el tatuaje que le he pedido. Nos miramos a los ojos, y me doy cuenta: Amar. Amar era consciente durante las simulaciones y ahora está muerto.

Amar era divergente.

Y yo también.

—Gracias por la lección de vocabulario.

—De nada —responde, volviendo a su dibujo—. Me da la impresión de que disfrutas sufriendo.

—¿Y?

—Nada, que es una cualidad muy osada para alguien que sacó un resultado de Abnegación. —Esboza una especie de sonrisita—. Vamos a empezar. Le dejaré una nota a Bud; que corra él solito por una vez.

Quizá Tori tenga razón. Quizá disfrute «sufriendo»; quizá tenga una vena masoquista que emplea el dolor para superar el dolor. Lo cierto es que la leve sensación de ardor que me acompaña en mi siguiente día de entrenamiento de líderes me facilita poder concentrarme en lo que estoy a punto de hacer, en vez de en la voz fría y grave de mi madre, y en la forma en que la alejé cuando intentó consolarme.

En los años posteriores a su muerte soñaba que ella regresaba a la vida en plena noche y me acariciaba el pelo mientras decía algo reconfortante, aunque sin sentido, como «No pasa nada» o «Las cosas mejorarán». Después me prohibí soñar porque era más doloroso añorar algo y no conseguirlo nunca que enfrentarme a lo que tenía delante. Ni siquiera ahora deseo imaginar cómo sería reconciliarme con ella, cómo sería tener madre. Ya soy demasiado mayor para escuchar tonterías reconfortantes; demasiado mayor para creer que las cosas mejorarán.

Examino la parte superior del vendaje que me asoma por la clavícula para asegurarme de que esté bien pegado. Esta mañana, Tori delineó los primeros dos símbolos, Osadía y Abnegación, que serán más grandes que los otros, ya que son la facción que elegí y la facción para la que en realidad estoy cualificado, respectivamente. Al menos, creo que estoy cualificado para Abnegación, aunque cuesta saberlo con certeza. Ella me dijo que los mantuviera tapados. La llama osada es el único símbolo que se me ve con la camiseta puesta, y no necesito quitarme la camiseta en público a menudo, así que dudo que tenga problemas.

Los demás están ya en la sala de reuniones, y Max les habla. Siento un hastío imprudente cuando entro por la puerta y tomo asiento. Evelyn se equivocaba con respecto a unas cuantas cosas, pero no sobre los osados: Jeanine y Max no quieren un líder, sino una marioneta, y por eso seleccionan a los más jóvenes, porque los jóvenes son más maleables. No dejaré que Jeanine Matthews me moldee. No seré una marioneta, ni suya ni de mi madre, ni de mi padre; no pertenezco más que a mí mismo.

—Muy amable por tu parte unirte a nosotros —dice Max—. ¿Acaso esta reunión ha interrumpido tu sueño?

Los demás sueltan risitas nerviosas, y Max continúa.

—Como decía, hoy me gustaría escuchar vuestras ideas sobre cómo mejorar Osadía, la visión que tenéis para los próximos años. Me reuniré con vosotros en grupos por edad, primero los mayores. El resto, pensad en algo que decir.

Nos deja y se va con los tres candidatos de más edad. Eric está sentado frente a mí, y me doy cuenta de que tiene más metal en la cara que la última vez: ahora también hay aros en sus cejas. Pronto parecerá más un alfiletero que un ser humano. Quizá sea esa la idea: estrategia. Ahora nadie lo confundiría con un erudito.

—¿Me engañan mis ojos o de verdad has llegado tarde porque te estabas haciendo un tatuaje? —pregunta, señalando la esquina de la venda que me asoma por encima del hombro.

—Perdí la noción del tiempo. Últimamente se te ha pegado mucho metal a la cara. A lo mejor deberías mirártelo.

—Muy gracioso. No sabía si alguien con tu historial podría tener sentido del humor. Diría que tu padre no es de los que permiten esas cosas.

Noto una puñalada de miedo. Está peligrosamente cerca de decir mi nombre en este cuarto lleno de gente, y quiere que lo sepa, quiere que recuerde que sabe quién soy y que puede utilizarlo contra mí cuando le plazca.

No puedo fingir que no me importa. Las dinámicas de poder han cambiado, y no puedo devolverlas a su sitio.

—Creo que ya sé quién te dijo eso —respondo.

Jeanine Matthews conoce tanto mi nombre como mi seudónimo; debe de haberlo informado de ambas cosas.

—Ya estaba bastante seguro —dice en voz baja—, pero una fuente de confianza confirmó mis sospechas, sí. No eres tan bueno guardando secretos como tú crees, Cuatro.

Lo amenazaría, le diría que, si revela mi nombre a los osados, yo revelaré que todavía está en contacto con los eruditos. Pero no tengo pruebas y, de todos modos, a los osados les gusta menos Abnegación que Erudición. Me echo atrás en la silla y espero.

Los demás salen a medida que los llaman, y no tardamos en quedarnos los dos solos. Max baja por el pasillo y nos llama desde la puerta con un gesto, sin decir nada. Lo seguimos a su despacho; lo reconozco por la grabación de ayer de su reunión con Jeanine Matthews. Utilizo el recuerdo de esa conversación para prepararme para lo que viene.

—Bueno —dice Max, cruzando las manos sobre el escritorio, y de nuevo me fijo en lo raro que es verlo en un entorno tan limpio y formal.

Max pertenece a una sala de entrenamiento, tendría que estar golpeando un saco de boxeo o al lado del Pozo, asomado a la barandilla. No sentado a una mesa baja de madera rodeado de papeles.

Contemplo el sector osado de la ciudad a través de las ventanas de la Espira. A unos metros veo el borde del agujero al que salté cuando elegí Osadía, y el tejado en el que estuve antes de eso. «Elegí Osadía —le dije a mi madre ayer—, y a ella pertenezco».

¿De verdad?

—Eric, vamos a empezar contigo —dice Max—. ¿Alguna idea sobre cómo mejorar Osadía, sobre cómo avanzar?

—Sí —responde Eric, enderezándose—. Creo que tenemos que hacer algunos cambios y creo que habría que empezar por la iniciación.

—¿Qué cambios tienes en mente?

—Osadía siempre ha fomentado el espíritu competitivo. La competición nos hace mejores; saca lo mejor de nosotros, nuestra parte más fuerte. Creo que la iniciación debería fomentar esa competición más que ahora, de modo que salgan de ella los mejores iniciados. En estos momentos, los iniciados solo compiten contra el sistema, por conseguir una puntuación concreta para avanzar. Creo que deberían competir entre ellos para conseguir su puesto en Osadía.

No puedo evitarlo: me vuelvo y me quedo mirándolo. ¿Un número de plazas limitado? ¿En una facción? ¿Después de solo dos semanas de entrenamiento en la iniciación?

—¿Y si no consiguen plaza?

—Se quedan sin facción —responde Eric, y me trago una carcajada despectiva. Él sigue hablando—. Si creemos de verdad que Osadía es la mejor facción a la que te puedes unir, que sus objetivos son más importantes que los de las demás facciones, entonces convertirse en uno de nosotros debería ser un honor y un privilegio, no un derecho.

—¿Estás de coña? —pregunto, incapaz de seguir conteniéndome—. La gente elige una facción porque valora lo que valora esa facción, no porque ya dominen lo que esa facción enseñe. Estarías echando de Osadía a gente por no ser lo bastante fuerte para saltar a un tren o ganar una pelea. Darías ventaja a los grandes, fuertes e imprudentes, en vez de a los pequeños, listos y valientes… No mejorarías Osadía en absoluto.

—Seguro que los pequeños y listos estarían mejor en Erudición o convertidos en estiraditos de gris —responde Eric con una sonrisa irónica—. Y creo que subestimas a nuestros miembros potenciales, Cuatro. Este sistema tan solo favorecería a los más decididos.

Miro a Max. Espero comprobar que no le impresiona el plan de Eric, pero no es así: está inclinado hacia delante, concentrado en la cara agujereada de Eric como si esto le hubiera inspirado.

—Es un debate interesante —dice Max—. Cuatro, ¿cómo crees posible mejorar Osadía sin hacerla más competitiva?

Niego con la cabeza y miro de nuevo por la ventana. «No eres uno de esos idiotas sin cerebro adictos al peligro», me dijo mi madre. Pero esa es la gente que Eric quiere en Osadía: idiotas sin cerebro adictos al peligro. Si Eric es uno de los lacayos de Jeanine Matthews, ¿por qué lo animaría Jeanine a proponer un plan así?

Ah, porque es más fácil controlar y manipular a los idiotas sin cerebro adictos al peligro. Obviamente.

—Mejoraría Osadía fomentando la verdadera valentía, en vez de la estupidez y la brutalidad. Eliminaría el lanzamiento de cuchillos. Prepararía a la gente tanto física como mentalmente para defender a los débiles de los fuertes. Es a lo que anima nuestro manifiesto: actos cotidianos de valentía. Creo que deberíamos regresar a eso.

—¿Y después nos damos todos las manos y cantamos juntos? —Eric pone los ojos en blanco—. Quieres convertir Osadía en Cordialidad.

—No, quiero asegurarme de que seguimos pensando por nosotros mismos, de que pensamos en algo más que en el siguiente chute de adrenalina. O, simplemente, de que pensamos. Así no podrán dominarnos ni… controlarnos desde fuera.

—Suena un poco erudito —comenta Eric.

—La habilidad de pensar no es exclusiva de Erudición —le suelto—. La habilidad de pensar en situaciones estresantes es para lo que se supone que sirven las simulaciones del miedo.

—Vale, vale —interrumpe Max, alzando las manos. Se ve inquieto—. Cuatro, siento decirlo, pero pareces un poco paranoico. ¿Quién iba a dominarnos o intentar controlarnos? Las facciones coexisten en paz desde antes de que tú nacieras, no hay ningún motivo para que eso cambie.

Abro la boca para decirle que se equivoca, que en cuanto permitió que Jeanine Matthews se involucrara en los asuntos de nuestra facción, en cuanto permitió que infiltrara a sus trasladados leales a Erudición en nuestro programa de iniciados, en cuanto empezó a consultar con ella a quién elegir como próximo líder de Osadía, comprometió el equilibrio de poder que nos ha permitido coexistir en paz tanto tiempo. Entonces me percato de que contarle esas cosas sería acusarlo de traición y desvelar todo lo que sé.

Max me mira, decepcionado. Sé que le caigo bien, más que Eric, al menos. Pero mi madre estaba en lo cierto ayer: Max no quiere a alguien como yo, alguien que piense por sí mismo, que desarrolle sus propios planes. Quiere a alguien como Eric, que lo ayudará a establecer los nuevos objetivos de Osadía, que se dejará manipular simplemente porque sigue bajo las órdenes de Jeanine Matthews, alguien con quien Max está estrechamente vinculado.

Ayer, mi madre me ofreció dos opciones: ser marioneta de Osadía o quedarme sin facción. Sin embargo, existe una tercera: ninguna de las dos. No unirme a ningún bando, pasar desapercibido y ser libre. Eso es lo que quiero de verdad: deshacerme una a una de todas las personas que desean moldearme y aprender a moldearme solo.

—A decir verdad, señor, no creo que este sea mi sitio —explico con calma—. La primera vez que me preguntó, le dije que me gustaría ser

instructor, y creo que cada vez estoy más convencido de que eso es lo mío.

—Eric, ¿nos perdonas un momento, por favor? —pregunta Max.

Eric, que apenas logra reprimir su júbilo, asiente con la cabeza y se va. No lo veo marcharse, pero apostaría todos mis créditos osados a que va dando saltitos de alegría por el pasillo.

Max se levanta y se sienta a mi lado, en la silla que Eric acaba de dejar vacía.

—Espero que no lo digas porque te he acusado de paranoico. Estaba preocupado por ti. Temía que te estuviera afectando la presión, que te impidiera pensar con claridad. Todavía creo que eres un candidato con posibilidades para convertirte en líder. Encajas en el perfil, has sobresalido en todo lo que te hemos enseñado… y, además, sinceramente, eres más agradable que algunos de los candidatos más prometedores. Y eso es importante cuando trabajas estrechamente con alguien.

—Gracias, pero tiene razón: la presión me está afectando. Y, si fuera líder, la presión sería mucho peor.

—Bueno —responde Max, asintiendo con tristeza dos veces—. Si quieres ser instructor de iniciados, lo organizaré. Pero es un trabajo de temporada, ¿dónde te gustaría trabajar el resto del año?

—Estaba pensando en la sala de control. He descubierto que me gusta trabajar con ordenadores. Creo que no disfrutaría tanto patrullando.

—Vale, dalo por hecho. Gracias por ser sincero conmigo.

Me levanto, y lo único que siento es alivio. Él parece preocupado, compasivo. No sospecha de mis motivos ni de mi paranoia.

—Si alguna vez cambias de idea —dice—, no dudes en acudir a mí. Alguien como tú siempre nos vendrá bien.

—Gracias —respondo.

Y aunque sé que es el traidor a su facción más grande que haya conocido y seguramente responsable, al menos en parte, de la muerte de Amar, no puedo evitar sentirme agradecido por dejarme marchar sin problemas.

Eric me espera a la vuelta de la esquina. Cuando intento pasar junto a él, me agarra por el brazo.

—Cuidado, Eaton —murmura—. Si se te escapa algo sobre mi relación con los eruditos, prepárate para las consecuencias.

—Prepárate tú para las consecuencias si alguna vez vuelves a llamarme por ese nombre.

—Dentro de poco seré uno de tus líderes —responde Eric, sonriendo con suficiencia—. Créeme, voy a tenerte muy, muy vigilado, tanto a ti como a tu forma de aplicar mis nuevos métodos de entrenamiento.

—No le caes bien, ¿lo sabías? —le digo—. A Max, me refiero. Preferiría a cualquiera menos a ti. Te va a atar con rienda corta, así que buena suerte con la correa.

Me zafo de su mano y me dirijo a los ascensores.

—Tío, sí que has tenido un mal día —comenta Shauna.

—Sí.

Estamos los dos sentados junto al abismo, con los pies colgando del borde. Apoyo la cabeza en las barras de la baranda metálica que evita que nos despeñemos y noto las salpicaduras del agua en los tobillos cuando una de las olas grandes da contra una pared.

Le he contado mi salida de la formación para líderes y la amenaza de Eric, aunque no lo de mi madre. ¿Cómo le cuentas a alguien que tu madre ha regresado de entre los muertos?

En mi vida siempre ha habido alguien que intentaba controlarme. Marcus era el tirano de nuestra casa, así que no podía hacerse nada sin su consentimiento. Después, Max quiso reclutarme para ser su comparsa. Incluso mi madre tenía un plan para mí: que me uniera a ella cuando llegara a cierta edad para trabajar contra el sistema de facciones contra el que ella tiene una *vendetta* por la razón que sea. Y justo cuando creía haber escapado de todo control posible, Eric aparece para recordarme que, si se convierte en líder osado, me estará vigilando.

Me doy cuenta de que solo me quedan los pequeños momentos de rebelión, como cuando era abnegado y coleccionaba objetos que encontraba en la calle. El tatuaje que Tori me está dibujando en la espalda, el que me declara divergente, es uno de esos momentos. Tendré que seguir buscando esos momentos, esos breves instantes de libertad en un mundo que la niega.

—¿Dónde está Zeke?

—No lo sé —responde—. Últimamente prefiero no verlo demasiado.

La miro con el rabillo del ojo.

—Podrías decirle de una vez que te gusta, ¿sabes? De verdad que creo que no tiene ni idea.

—Eso es obvio —responde, resoplando—. Pero ¿y si esto es lo que quiere? ¿Ir revoloteando de chica en chica durante un tiempo? No quiero ser una de esas chicas en las que se posa.

—Dudo que lo fueras, la verdad, pero me parece justo.

Guardamos silencio unos segundos, los dos mirando las aguas revueltas de abajo.

—Serás un buen instructor —me dice—. Me enseñaste muy bien.

—Gracias.

—Ahí estáis —dice Zeke detrás de nosotros. Sujeta por el cuello una gran botella llena de un líquido marrón—. Vamos, he encontrado una cosa.

Shauna y yo nos miramos y nos encogemos de hombros antes de seguirlo hasta las puertas del otro lado del Pozo, las que atravesamos por primera vez después de saltar a la red. Sin embargo, en vez de conducirnos hacia la red, nos lleva a otras puertas (la cerradura está tapada con cinta adhesiva) y por un pasillo oscuro como boca de lobo y una escalera.

—Deberíamos estar al caer… ¡Ay!

—Perdona, no sabía que te ibas a parar —se disculpa Shauna.

—Esperad, ya casi lo tengo…

Abre una puerta por la que entra una luz tenue, así que vemos dónde estamos: al otro lado del abismo, varios metros por encima del agua. Por encima de nosotros, el Pozo parece extenderse sin fin, y la gente que se concentra cerca de la barandilla es pequeña y oscura, imposible distinguirla a esta distancia.

Me río: Zeke acaba de proporcionarnos otro pequeño momento de rebelión, probablemente sin pretenderlo.

—¿Cómo has encontrado este lugar? —pregunta Shauna, claramente asombrada, al saltar sobre una de las rocas más bajas.

Ahora que estoy aquí, veo un camino que nos conduciría arriba y por la pared, si quisiéramos ir andando al otro lado del abismo.

—Esa chica, Maria —explica Zeke—. Su madre trabaja en el mantenimiento del abismo. No sabía que tal cosa existiera, pero parece que sí.

—¿Sigues viéndola? —pregunta Shauna intentando que parezca que no le importa.

—Qué va. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más ganas me entraban de ser solo amigos. No es buena señal, ¿verdad?

—No —coincide Shauna, que parece más contenta que antes.

Bajo con precaución a la roca en la que está Shauna. Zeke se sienta a su lado, abre la botella y la pasa.

—He oído que te has quedado fuera de la competición —comenta Zeke al pasármela—. Pensé que te apetecería un trago.

—Sí —respondo, y bebo.

—Considera este acto de borrachera pública un gran… —Hace un gesto obsceno hacia el techo de cristal que cubre el Pozo—. Ya sabes, para Max y Eric.

«Y Evelyn», pienso, mientras tomo otro trago.

—Trabajaré en la sala de control cuando no esté entrenando iniciados —le digo.

—Fantástico. Estará bien tener un amigo allí dentro. Ahora mismo no me habla nadie.

—Como me pasaba en mi antigua facción —respondo entre risas—. Imagínate una hora de comer entera en la que ni siquiera te miran.

—Ay —dice Zeke—. Bueno, entonces te alegrarás de estar aquí.

Le quito de nuevo la botella y bebo otro trago de alcohol ardiente antes de limpiarme la boca con el dorso de la mano.

—Sí, me alegro.

Si las facciones se están deteriorando, como asegura mi madre, este no es mal lugar para observarlas caer. Al menos aquí tengo amigos que me harán compañía mientras suceda.

Acaba de oscurecer y me he subido la capucha para que me oculte la cara mientras corro por el área abandonada de la ciudad, justo en la frontera que comparte con el sector abnegado. He tenido que ir hasta el colegio para orientarme, pero ahora recuerdo dónde estoy, por dónde

corrí aquel día que irrumpí en un almacén abandonado en busca de una brasa moribunda.

Llego a la puerta por la que salí y llamo con el nudillo del dedo índice. Oigo voces detrás, y de una de las ventanas abiertas sale olor a comida y también parte del humo del fuego, que flota por el callejón. Pisadas; alguien se acerca a ver quién llama.

Esta vez, el hombre lleva una camisa roja de Cordialidad y unos pantalones negros de Osadía. Sigue con la toalla metida en el bolsillo trasero, igual que la última vez que hablé con él. Abre la puerta lo justo para mirarme, ni un centímetro más.

—Vaya, mira quién ha cambiado de facción —comenta, echando un vistazo a mi ropa osada—. ¿A qué debo el honor de tu visita? ¿Echabas de menos el placer de mi compañía?

—Sabías
que mi madre estaba viva cuando nos encontramos —respondo—. Por eso me reconociste, porque has estado con ella. Por eso sabías lo de que la inercia la había llevado a Abnegación.

—Sí. Pensé que no era asunto mío decirte que seguía viva. ¿Estás aquí en busca de una disculpa o algo parecido?

—No, estoy aquí para entregar un mensaje. ¿Se lo darás?

—Sí, claro. La veré dentro de un par de días.

Me meto la mano en el bolsillo y saco un papel doblado. Se lo entrego.

—Adelante, léelo, me da igual —le digo—. Y gracias.

—De nada. ¿Quieres entrar? Empiezas a parecerte más a nosotros que a ellos, Eaton.

Niego con la cabeza.

Deshago el camino, de vuelta por el callejón, y, antes de doblar la esquina, lo veo abrir la nota y leerla.

Evelyn,

Algún día. Todavía no.

4

PD: Me alegro de que no estés muerta.

EL TRAIDOR

Otro año, otro Día de Visita.

Hace dos años, cuando era iniciado, fingía que mi Día de Visita no existía, me escondía en la sala de entrenamiento con un saco de boxeo. Me pasaba tanto tiempo allí dentro que el olor a polvo y sudor se me quedaba varios días metido en las fosas nasales. El año pasado, el primer año que entrené iniciados, hice lo mismo, aunque Zeke y Shauna me invitaron a pasar el día con sus respectivas familias.

Este año tengo cosas más importantes que hacer que pegarle a un saco de boxeo y lamentarme por mi familia disfuncional. Voy a la sala de control.

Atravieso el Pozo esquivando reuniones llorosas y chillidos de risa. Las familias siempre pueden reunirse el Día de Visita, aunque sean de facciones distintas, pero, con el tiempo, suelen dejar de venir. Al fin y al cabo, «la facción antes que la sangre». La mayoría de las ropas mezcladas que veo pertenecen a familias de trasladados: la hermana erudita de Will va vestida de azul claro; los padres veraces de Peter van de blanco y negro. Por un momento los observo y me pregunto si ellos lo habrán convertido en la persona que es. Aunque supongo que esto no es fácil de explicar a la gente.

Se supone que tengo una misión, pero me detengo al lado del abismo y me asomo a la barandilla. Trocitos de papel flotan en el agua. Ahora que sé dónde están tallados los escalones en la piedra de la pared opuesta, los veo a la primera, al igual que la entrada oculta que lleva hasta ellos. Esbozo una leve sonrisa y pienso en las noches que he pasado en esas rocas con Zeke o Shauna, a veces hablando y a veces simplemente escuchando el movimiento del agua.

Oigo pisadas que se acercan y vuelvo la vista atrás. Tris se me acerca, caminando bajo el brazo vestido de gris de una mujer abnegada: Natalie Prior. Me pongo rígido y, de repente, deseo desesperadamente escapar. ¿Y si Natalie Prior sabe quién soy, de dónde vine? ¿Y si se le escapa aquí, rodeados de gente?

No es posible que me identifique, ya no me parezco al chico que ella conocía, que era desgarbado y encorvado, e iba enterrado en tela.

Cuando se acerca lo suficiente, me ofrece una mano.

—Hola, me llamo Natalie. Soy la madre de Beatrice.

Beatrice. Qué nombre más inapropiado para ella.

Le doy la mano a Natalie. Nunca me han gustado los apretones de manos osados, son demasiado impredecibles: nunca sabes lo mucho que debes apretar ni durante cuánto tiempo.

—Cuatro —respondo—. Encantado de conocerte.

—Cuatro —dice Natalie, y sonríe—. ¿Es un apodo?

—Sí —respondo, y cambio de tema—. A tu hija le va bien. Yo superviso su entrenamiento.

—Me alegra oírlo. Sé unas cuantas cosas sobre la iniciación osada, así que estaba preocupada por ella.

Miro a Tris. Tiene las mejillas sonrosadas y parece contenta, como si ver a su madre le sentara bien. Me doy cuenta de verdad de lo mucho que ha cambiado desde la primera vez que la vi, cuando bajó tambaleándose hasta la plataforma de madera con aquel aspecto tan frágil, como si no se hubiera roto contra la red de milagro. Con las sombras de los moratones en la cara y una postura más equilibrada, lista para todo, ya no parece frágil.

—No deberías preocuparte —le aseguro a Natalie.

Tris aparta la vista. Creo que sigue enfadada por haberle cortado la oreja con el cuchillo. Supongo que no puedo culparla.

—No sé por qué, pero me resultas familiar, Cuatro —comenta Natalie.

Lo tomaría como un comentario sin importancia, pero me mira de un modo curioso, intimidándome.

—No debería —respondo con toda la frialdad posible—. No tengo costumbre de relacionarme con abnegados.

Ella no reacciona como esperaba, con sorpresa, miedo o rabia. Se limita a reírse.

—Poca gente lo hace estos días. No me lo tomo como algo personal.

Si me reconoce, no parece desear hacerlo saber, así que intento relajarme.

—Bueno, os dejo solas —me despido.

En mi pantalla, las grabaciones de seguridad pasan del vestíbulo de la Espira al agujero rodeado de cuatro edificios, la entrada de los iniciados a Osadía. Alrededor del agujero se reúne una multitud que entra y sale trepando de él, supongo que para comprobar la red.

—¿No te va el Día de Visita? —pregunta mi supervisor, Gus, que se ha puesto detrás de mí a tomarse su café.

No es demasiado viejo, aunque se le ve una calva en la coronilla. Tiene el resto del pelo corto, incluso más que yo. Lleva en las orejas unos discos anchos que le alargan los lóbulos.

—Creía que no volvería a verte hasta que terminara la iniciación.

—Se me ocurrió hacer algo productivo.

En mi pantalla, todos salen del agujero y se apartan, de espaldas a uno de los edificios. Una figura oscura se acerca al borde del tejado que hay sobre el agujero, corre unos pasos y salta. El estómago se me cae a los pies, como si cayera yo, y la figura desaparece bajo el pavimento. Nunca me acostumbraré a ver eso.

—Parece que se lo pasan bien —comenta Gus, bebiendo su café otra vez —. Bueno, siempre eres bienvenido a tu trabajo aunque no te toque, pero no hay nada malo en divertirse de vez en cuando, Cuatro.

—Eso dicen —mascullo mientras se aleja.

Echo un vistazo a mi alrededor. La sala de control está casi vacía; el Día de Visita hay poca gente que tenga que trabajar, normalmente solo lo hacen los mayores. Gus está encorvado sobre su pantalla, flanqueado por otras dos personas que examinan las grabaciones con los auriculares medio quitados. Y, por último, estoy yo.

Escribo un comando para recuperar la grabación que guardé la semana pasada. En ella se ve a Max en su despacho, sentado a su ordenador. Pulsa las teclas con el índice y tarda varios segundos en pasar de una a otra. No hay muchos osados que sepan mecanografía, y menos todavía Max, que, según me cuentan, dedicaba casi todo su tiempo de osado a patrullar el sector de los sin facción con un arma al hombro. Seguramente nunca pensó que tendría que utilizar un ordenador. Me acerco a la pantalla para asegurarme de que los números que apunté antes son los correctos. Si lo son, tengo la contraseña de la cuenta de Max escrita en el trozo de papel que llevo en el bolsillo.

Desde que me di cuenta de que Max trabajaba codo con codo con Jeanine Matthews y empecé a sospechar que tenían algo que ver con la muerte de Amar, he estado buscando el modo de investigarlo a fondo. Cuando lo vi escribir su contraseña el otro día, encontré ese modo.

084628. Sí, el número parece correcto. Vuelvo a la grabación de seguridad en directo y recorro las cámaras hasta dar con las que muestran el despacho de Max y el pasillo de fuera. Después escribo el comando para sacar de la rotación el despacho de Max, de modo que Gus y los demás no lo vean; solo aparecerá en mi pantalla. Las

grabaciones de toda la ciudad siempre se dividen entre las personas que estén en la sala de control para que no estemos todos mirando lo mismo. Se supone que solo debemos sacar cámaras de la rotación general por unos segundos si necesitamos ver algo más de cerca, pero, con suerte, no tardaré demasiado. Me escabullo de la sala y voy hacia los ascensores.

Este nivel de la Espira está casi vacío; todos se han ido. Así me resultará más sencillo hacer lo que tengo que hacer. Subo al ascensor hasta la décima planta y me dirijo al despacho de Max como si tuviera todo el derecho a hacerlo. He descubierto que cuando te cuelas en un sitio es mejor que parezca que no te estás colando. Mientras camino, le doy golpecitos a la memoria USB que llevo en el bolsillo. Doblo la esquina que da al despacho de Max.

Abro la puerta con la punta del zapato; antes, después de asegurarme de que se había ido al Pozo para iniciar los preparativos del Día de Visita, me colé aquí y puse cinta sobre la cerradura. Cierro con precaución la puerta al entrar y, sin encender la luz, me agacho junto a su escritorio. No quiero mover la silla para sentarme; no quiero que vea nada fuera de su sitio cuando regrese a este cuarto.

La pantalla me pide una contraseña. Tengo la boca seca. Saco el papel del bolsillo y lo aprieto contra la mesa mientras lo escribo: 084628.

La pantalla cambia; no puedo creerme que funcione.

«Deprisa». Si Gus descubre que me he ido, que estoy aquí, no sé qué le diré, qué excusa razonable podría inventarme. Introduzco la memoria y transfiero el programa que metí antes. Le pedí a Lauren, una de las osadas del personal técnico y mi compañera instructora de iniciados, que me proporcionara un programa que convirtiera un ordenador en espejo de otro, con la excusa de que quería gastarle una broma a Zeke en el trabajo. Me ayudó encantada: otra cosa que he descubierto es que los osados siempre están dispuestos a gastar una broma y casi nunca se esperan una mentira.

Tras pulsar unas cuantas teclas, el programa queda instalado y oculto en algún rincón del ordenador de Max al que seguro que nunca se molesta en entrar. Vuelvo a guardarme la memoria en el bolsillo junto con el trozo de papel con la contraseña y salgo del despacho sin dejar mis huellas en el cristal de la puerta.

«Qué fácil», pienso mientras camino de vuelta a los ascensores. Según mi reloj, solo he tardado cinco minutos. Si alguien pregunta, puedo decir que estaba en el cuarto de baño.

Pero cuando regreso a la sala de control, Gus está frente a mi ordenador, mirando la pantalla.

Me quedo paralizado: ¿cuánto tiempo lleva ahí? ¿Me habrá visto entrar en el despacho de Max?

—Cuatro —dice Gus con un tono de voz serio—. ¿Por qué has aislado esta cámara? Se supone que no hay que sacar cámaras de la rotación, ya lo sabes.

—Es que…

«¡Miente! ¡Miente ya!».

—Es que me pareció ver algo —termino de decir tontamente—. Podemos aislar cámaras si vemos algo fuera de lo común.

Gus se me acerca.

—Bueno, entonces ¿por qué te acabo de ver en pantalla saliendo de este mismo pasillo?

Señala el pasillo de mi pantalla. Se me contrae la garganta.

—Me pareció ver algo y subí para investigar. Lo siento, solo quería dar una vuelta.

Se me queda mirando mientras se muerde el interior de la mejilla. No me muevo. No aparto la vista.

—Si alguna vez ves algo fuera de lo común, sigues el protocolo. Informas a tu supervisor, que es… Venga, ¿quién es?

—Tú —respondo, suspirando un poco.

No me gusta que me tomen por tonto.

—Correcto. Veo que eres capaz de entenderlo. En serio, Cuatro, después de un año trabajando aquí no deberían producirse tantas irregularidades en tu trabajo. Tenemos normas muy claras, y solo hay que seguirlas. Es tu última advertencia, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondo.

Me han regañado varias veces por sacar cámaras de la rotación para espiar las reuniones de Jeanine Matthews con Max o de Max con Eric. No he sacado nada útil y casi siempre me pillan.

—Bien —responde, animándose un poco—. Buena suerte con los iniciados. ¿Este año vuelven a tocarte los trasladados?

—Sí, Lauren se queda con los de Osadía.

—Ah, qué pena. Esperaba que conocieras a mi hermana pequeña. Si yo fuera tú haría algo para relajarme. Aquí estamos cubiertos, solo tienes que soltar esa cámara antes de irte.

Regresa a su ordenador, y relajo la mandíbula. Ni siquiera era consciente de que la estuviese apretando. Con la cara palpitando, apago el ordenador y salgo de la sala de control. No puedo creerme que me haya librado de esta.

Ahora, con el programa de control remoto instalado en el ordenador de Max, puedo examinar todos sus archivos desde la relativa privacidad de la sala de control. Puedo averiguar qué traman exactamente Jeanine Matthews y él.

Por la noche sueño que recorro los pasillos de la Espira y que estoy solo, pero que los pasillos no terminan y que la vista desde las ventanas no cambia: vías elevadas que se introducen en altos edificios y el sol enterrado entre las nubes. Me siento como si llevara caminando varias horas y, cuando me despierto, sobresaltado, es como si no hubiera dormido nada.

Entonces oigo que alguien llama a la puerta y una voz que grita:

—¡Abre!

Esto parece más una pesadilla que el sueño aburrido del que acabo de escapar: seguro que son soldados osados que vienen a detenerme porque han descubierto que soy divergente, que espío a Max o que me mantengo en contacto desde hace un año con mi madre abandonada. Todas esas cosas que me etiquetan como «traidor a mi facción».

Soldados osados que vienen a matarme… Pero, al llegar a la puerta, me doy cuenta de que, si fueran a hacerlo, no harían tanto ruido en el pasillo. Además, es la voz de Zeke.

—Zeke —digo al abrir la puerta—. ¿Qué te pasa? ¿Sabes la hora que es?

Un reguero de sudor le cubre la frente, y está sin aliento. Debe de haber venido corriendo.

—Estaba en el turno de noche de la sala de control —explica—. Ha pasado algo en el dormitorio de los trasladados.

Por algún motivo, lo primero que pienso es en ella, en sus grandes ojos mirándome desde los rincones de mi memoria.

—¿Qué? ¿A quién?

—Hablamos de camino —responde Zeke.

Me calzo los zapatos, me pongo la chaqueta y lo sigo por el pasillo.

—Al chico erudito, el rubio —dice.

Reprimo un suspiro de alivio: no es ella, a ella no le ha pasado nada.

—¿Will?

—No, el otro.

—Edward.

—Sí, Edward. Lo han atacado. Apuñalado.

—¿Está muerto?

—No. Le dieron en el ojo.

Me detengo.

—¿En el ojo?

Zeke asiente.

—¿A quién se lo has contado?

—Al supervisor del turno de noche. Él fue a contárselo a Eric, y Eric dijo que él se haría cargo de todo.

—Claro que sí.

Giro a la derecha, alejándome del dormitorio de los trasladados.

—¿Adónde vas? —me pregunta Zeke.

—¿Edward está en la enfermería? —pregunto, caminando de espaldas mientras hablo.

Zeke asiente.

—Entonces voy a ver a Max.

El complejo de Osadía no es tan grande, así que sé dónde vive la gente. El piso de Max está al fondo de los pasillos subterráneos del complejo, cerca de una puerta trasera que da a las vías del tren. Voy hacia allí siguiendo las lámparas azules de emergencia que se alimentan de nuestro generador solar.

Llamo a la puerta de metal con el puño y despierto a Max igual que Zeke me ha despertado a mí. Abre la puerta de un tirón unos segundos después, descalzo y con ojos de loco.

—¿Qué ha pasado?

—Han apuñalado en el ojo a uno de mis iniciados —respondo.

—¿Y vienes aquí? ¿No ha informado nadie a Eric?

—Sí, por eso quiero hablar con usted. ¿Puedo pasar?

No espero a que me responda, sino que lo aparto y entro en su salón. Enciende la luz y deja al descubierto la vivienda más desordenada que he visto en mi vida: tazas y platos sucios desperdigados por la mesa de centro, todos los cojines del sofá descolocados y el suelo gris de polvo.

—Quiero que la iniciación vuelva a ser lo que era antes de que Eric la hiciera más competitiva —explico—, y lo quiero a él fuera de mi sala de entrenamiento.

—No pensarás que es culpa de Eric lo que le ha pasado a ese iniciado —dice Max, cruzando los brazos—. Ni que tienes derecho a exigir nada.

—Sí, es culpa suya, ¡claro que es culpa suya! —exclamo, más fuerte de lo que pretendía—. Si no estuvieran peleándose por diez plazas, ¡no estarían tan desesperados como para atacarse los unos a los otros! ¡Los tiene tan presionados que estaba claro que estallarían tarde o temprano!

Max guarda silencio. Parece enfadado, pero todavía no me ha dicho que es ridículo, algo es algo.

—¿No crees que el responsable es el iniciado que ha atacado a su compañero? —pregunta Max—. ¿No crees que la culpa es suya, y no de Eric?

—Claro que él o ella, quien sea, es el culpable, pero esto no habría pasado nunca si Eric…

—No puedes afirmarlo con certeza.

—Puedo afirmarlo con la certeza de una persona razonable.

—¿Yo no soy razonable? —pregunta en voz baja, peligrosa, y, de repente, recuerdo que Max no es solo el líder al que, por algún motivo, le caigo bien, sino que también es el líder que trabaja con Jeanine Matthews, la que eligió a Eric, la que seguramente tiene algo que ver con la muerte de Amar.

—No quería decir eso —digo, intentando calmarme.

—Deberías procurar comunicar con más precisión lo que quieres decir —responde Max, que se me acerca—. Si no, puede que alguien empiece a pensar que estás insultando a tus superiores.

No replico. Él se acerca más.

—O cuestionando los valores de tu facción —añade, y sus ojos inyectados en sangre pasan a mi hombro, donde las llamas osadas de mi tatuaje sobresalen por encima del cuello de mi camiseta.

Desde que me tatué en la columna los símbolos de las cinco facciones, los llevo ocultos, pero, no sé por qué, ahora mismo me aterra que Max sepa que los llevo. Que sepa lo que significan, que es que no soy un perfecto miembro de Osadía, sino alguien que cree que hay que valorar más de una virtud; que soy divergente.

—Tuviste tu oportunidad de convertirte en líder de Osadía —dice Max—. Quizás habrías evitado este incidente si no te hubieras rajado como un cobarde. Pero lo hiciste. Así que ahora tienes que enfrentarte a las consecuencias.

Se le nota la edad en la cara. Tiene arrugas que no tenía el año pasado, ni el anterior, y la piel ha adquirido una tonalidad marrón grisáceo, como si estuviera cubierta de ceniza.

—Eric está tan metido en la iniciación porque tú te negaste a cumplir órdenes el año pasado…

El año pasado, en la sala de entrenamiento, detuve todas las peleas antes de que las heridas fueran demasiado graves, lo que contradecía la orden de Eric de que solo debían parar cuando uno de los dos luchadores fuese incapaz de continuar. Por culpa de eso estuve a punto de perder mi puesto de instructor; lo habría hecho si Max no hubiese intervenido.

—… Y quise darte otra oportunidad para hacerlo bien, más vigilado —dice Max—. No lo estás consiguiendo. Has ido demasiado lejos.

Se me ha enfriado el sudor acumulado en el camino hasta aquí. Max retrocede y abre de nuevo la puerta.

—Sal de mi piso y encárgate de tus iniciados —me dice—. Que no vuelva a ver que te pasas de la raya.

—Sí, señor —respondo en voz baja, y me marcho.

Voy a ver a Edward a la enfermería a primera hora de la mañana, cuando sale el sol y sus rayos atraviesan el techo de cristal del Pozo.

Tiene la cabeza envuelta en vendajes y ni se mueve ni habla. No le digo nada, me limito a sentarme a la cabecera de su cama mientras observo el paso de los minutos en el reloj de pared.

He sido un idiota. Me creía invencible, que Max nunca dejaría de quererme como líder, que, en cierto modo, confiaba en mí. Debería haber sido más listo: lo único que quería Max de verdad era una marioneta, como dijo mi madre.

No puedo ser una marioneta, pero no estoy seguro de qué otra opción me queda.

El escenario que se inventa Tris Prior es espeluznante y casi hermoso, con un cielo amarillo verdoso y varios kilómetros a la redonda de hierba amarilla.

Observar la simulación del miedo de otro es raro. Íntimo. No me parece bien obligar a otras personas a ser vulnerables, ni siquiera a las que no me gustan. Todos los seres humanos tienen derecho a guardar sus secretos. Observar los miedos de mis iniciados, uno tras otro, es como si me lijaran la piel hasta dejarme en carne viva.

En la simulación de Tris, la hierba amarilla está completamente inmóvil. Si el aire no estuviese estancado, diría que esto es un sueño, no una pesadilla; pero el aire en calma solo significa una cosa para mí: que se acerca una tormenta.

Una sombra se mueve sobre la hierba, y un gran pájaro negro aterriza sobre su hombro y le clava las garras en la camiseta. Noto un cosquilleo en la punta de los dedos al recordar el momento en que le toqué el hombro al entrar en la sala de la simulación, en que le aparté el pelo del cuello para ponerle la inyección. Estúpido. Descuidado.

Ella golpea al pájaro negro con fuerza y después todo sucede a la vez. Se oye un trueno; el cielo se oscurece, no con nubes de tormenta, sino con pájaros, una bandada de un tamaño imposible que se mueve al unísono como partes de una misma mente.

Su grito es el peor sonido del mundo, desesperado; necesita ayuda desesperadamente y yo estoy desesperado por ayudarla, a pesar de que sé que no es real, lo sé. Los cuervos no dejan de llegar, implacables, la rodean, la entierran viva en plumas oscuras. Ella grita pidiendo ayuda, y no puedo ayudarla, no quiero ver esto, no quiero verlo ni un segundo más.

Entonces, Tris empieza a moverse, se mueve hasta quedar tumbada en la hierba, rindiéndose, relajándose. Si ahora siente dolor, no lo demuestra; se limita a cerrar los ojos y entregarse, y no sé por qué, pero eso es mucho peor que sus gritos pidiendo ayuda.

Entonces se acaba.

Se echa hacia delante en la silla de metal mientras se da manotazos para espantar los pájaros, que ya no están. Después se hace un ovillo y oculta el rostro.

Me acerco para tocarle el hombro y consolarla, pero ella me golpea el brazo con fuerza.

—¡No me toques!

—Se acabó —le digo, haciendo una mueca, ya que me pega más fuerte de lo que cree.

Hago caso omiso del dolor y le acaricio el pelo porque soy estúpido, inapropiado y estúpido…

—Tris.

Ella se mece adelante y atrás para calmarse.

—Tris, te voy a llevar al dormitorio, ¿vale?

—¡No! No quiero que me vean… así…

Es lo que ha creado el nuevo sistema de Eric: un ser humano valiente acaba de vencer uno de sus peores miedos en menos de cinco minutos, una hazaña que a la mayoría de la gente le lleva al menos el doble de tiempo, pero le aterra salir al pasillo y que lo tomen por vulnerable o débil. Tris es osada, sin más ni más, pero esta facción, en realidad, ya no lo es.

—Venga, cálmate —contesto, más irritado de lo que pretendía—. Te sacaré por la puerta de atrás.

—No necesito…

Veo que le tiemblan las manos incluso al agitarlas para rechazar mi oferta.

—Tonterías —respondo.

La cojo del brazo y la ayudo a ponerse en pie. Se restriega los ojos de camino a la puerta trasera. Amar me llevó una vez por esta puerta e intentó acompañarme al dormitorio a pesar de que yo no quería, igual que ella seguramente no quiere que yo lo haga. ¿Cómo es posible vivir dos veces la misma historia desde dos puntos de vista distintos?

Tris se zafa de mi brazo y se vuelve hacia mí.

—¿Por qué me habéis hecho esto? ¿Qué sentido tiene, eh? ¡Cuando elegí Osadía no me imaginaba que me presentaba voluntaria a varias semanas de tortura!

Si fuera otra persona, cualquier otro iniciado, ya le habría gritado veinte veces por insubordinada. Me habría sentido amenazado por sus constantes ataques a mi personalidad y habría intentado aplastar su rebelión con crueldad, como hice con Christina el primer día de la iniciación. Pero Tris se ganó mi respeto cuando saltó la primera a la red; cuando me retó en su primera comida; cuando no se dejó desanimar por mis desagradables respuestas a sus preguntas; cuando defendió a Al y me miró a los ojos mientras yo le lanzaba cuchillos. No es mi subordinada, no puede serlo.

—¿Creías que superar la cobardía sería fácil? —le pregunto.

—¡Esto no es superar la cobardía! La cobardía es cómo decides ser en la vida real, ¡y en la vida real no me va a matar a picotazos una bandada de cuervos, Cuatro!

Empieza a llorar, aunque yo estoy demasiado pasmado con lo que acaba de decir para que sus lágrimas me hagan sentir incómodo. No está aprendiendo las lecciones que Eric quiere que aprenda, sino otras distintas, más sabias.

—Quiero irme a casa —se lamenta.

Sé dónde están las cámaras de este pasillo. Espero que ninguna de ellas haya captado lo que acaba de decir.

—Aprender a pensar en una situación aterradora es una lección que todos, incluida tu familia de estirados, necesitan aprender —le digo.

Dudo de muchas cosas de la iniciación osada, pero las simulaciones del miedo no son una de ellas; se trata de la forma más directa de que una persona se enfrente a sus miedos y los conquiste, mucho más directa que arrojar cuchillos o luchar.

—Si no puedes aprenderla, tendrás que salir de aquí, porque no te queremos.

Soy duro con ella porque sé que puede soportarlo… y porque soy así.

—Lo intento, pero he fracasado. Estoy fracasando.

Me dan ganas de reír.

—¿Cuánto tiempo crees que has estado en esa habitación, Tris?

—No lo sé, ¿media hora?

—Tres minutos —respondo—. Has salido tres veces antes que los demás iniciados. No sé qué serás, pero está claro que no eres una fracasada.

«Quizá seas divergente», pienso. Sin embargo, no ha hecho nada para cambiar la simulación, así que puede que no lo sea. Puede que simplemente sea valiente. Le sonrío.

—Mañana se te dará mejor, ya lo verás.

—¿Mañana?

Está más tranquila. Le toco la espalda, justo debajo de los hombros.

—¿Qué fue tu primera alucinación? —me pregunta.

—No fue un «qué», sino un «quién».

Mientras lo digo, pienso que debería haberle hablado del primer obstáculo de mi paisaje del miedo, el temor a las alturas, aunque no sea exactamente lo que me pregunta. Cuando estoy con otras personas suelo controlar mis palabras, pero con ella no puedo. Digo vaguedades porque es lo único que puedo hacer para no soltar cualquier cosa, porque la sensación de su cuerpo a través de la camiseta me nubla la mente.

—No tiene importancia —añado.

—¿Y has superado ya ese miedo?

—Todavía no. —Estamos en la puerta del dormitorio. Nunca había recorrido este camino tan deprisa. Meto las manos en los bolsillos para no volver a cometer una estupidez con ellas—. Puede que nunca lo consiga.

—Entonces ¿no desaparecen?

—A veces, sí. Y, a veces, aparecen nuevos miedos para sustituirlos. Pero el objetivo no es no tenerle miedo a nada, eso es imposible. El objetivo es aprender a controlar el miedo y a liberarse de él.

Ella asiente con la cabeza. No sé a qué ha venido a Osadía, pero apostaría a que lo ha hecho por la libertad. Abnegación habría ahogado su chispa hasta extinguirla. Osadía, a pesar de todos sus defectos, ha alimentado la chispa y la ha convertido en una llama.

—De todos modos, tus miedos rara vez son lo que parecen ser en la simulación.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ¿de verdad te dan miedo los cuervos? —pregunto, sonriendo—. Cuando ves uno, ¿sales corriendo pegando gritos?

—No, supongo que no.

Ella se me acerca. Me sentía más seguro teniéndola lejos. Se acerca aún más, y se me queda la boca seca al pensar en tocarla. Casi nunca pienso así en la gente, en las chicas.

—Entonces ¿qué es lo que me da miedo en realidad? —me pregunta.

—No lo sé. Solo puedes saberlo tú.

—No sabía que convertirme en osada sería tan difícil.

Me alegro de tener algo más en lo que pensar, otra cosa que no sea lo fácilmente que encajaría mi mano en el arco de su espalda.

—No siempre ha sido así, según me cuentan. Ser osado, me refiero.

—¿Qué ha cambiado?

—El liderazgo. La persona que controla el entrenamiento establece el estándar de comportamiento de la facción. Hace seis años, Max y los demás líderes cambiaron los métodos de entrenamiento para hacerlos más competitivos y brutales.

Hace seis años, la parte del entrenamiento dedicada al combate era breve y no incluía peleas a puño descubierto. Los iniciados llevaban protección. Se enfatizaba la necesidad de ser fuerte y capaz, y se fomentaba la camaradería entre los iniciados. Incluso cuando yo era iniciado, las cosas estaban mejor que ahora: plazas ilimitadas para que los iniciados se convirtieran en miembros y peleas que se detenían cuando uno se rendía.

—Se suponía que era para comprobar la fortaleza de los iniciados. Y eso cambió las prioridades de Osadía en su conjunto. Seguro que ya te imaginas quién es el nuevo protegido del líder.

Por supuesto, se lo imagina de inmediato.

—Entonces, si fuiste el primero de tu clase de iniciados, ¿en qué puesto quedó Eric?

—El segundo.

—Así que era la segunda opción para el liderazgo. Tú eras su primera opción.

Muy perspicaz. No sé si yo era la primera, pero sin duda era mejor opción que Eric.

—¿Por qué lo dices?

—Por la forma en que Eric actuó la primera noche, en la cena. Estaba celoso a pesar de que tiene lo que quiere.

Nunca había pensado eso de Eric: ¿celoso? ¿De qué? No le he quitado nada, nunca he supuesto una verdadera amenaza para él. Él es el que fue detrás de Amar, el que fue detrás de mí. Aunque quizá Tris tenga razón: quizá no me di cuenta de lo frustrado que se sentía por quedar segundo detrás de un trasladado de Abnegación después de trabajar tanto; o porque Max me prefiriera a mí como líder, a pesar de que a Eric lo habían colocado aquí específicamente para ocupar ese puesto.

Ella se seca la cara.

—¿Se nota que he estado llorando?

La pregunta casi me hace gracia. Sus lágrimas se desvanecieron tan deprisa como surgieron, y ahora vuelve a tener un rostro hermoso, unos ojos secos y un pelo suave. Como si no hubiera sucedido nada, como si no acabara de vivir tres minutos de puro terror. Es más fuerte de lo que yo era.

—Hmmm —mascullo, y me acerco para examinarla de broma.

Pero no es una broma y estoy muy cerca, compartimos el aliento.

—No, Tris. Pareces… —Pruebo con una expresión osada— tan dura como una roca.

Ella esboza una sonrisita. Yo también.

—Hola —me saluda Zeke, medio dormido, con la cabeza apoyada en un puño—. ¿Me relevas? Voy a tener que pegarme los ojos con cinta adhesiva para mantenerlos abiertos.

—Lo siento, solo necesito utilizar un ordenador. Sabes que solamente son las nueve, ¿verdad?

—Me canso cuando me muero de aburrimiento —responde, bostezando—. Pero ya queda poco para que termine el turno.

Me encanta la sala de control de noche. Solo hay tres personas supervisando las grabaciones, así que la habitación está en silencio, salvo por el zumbido de los ordenadores. A través de las ventanas solo veo una astilla de luna; lo demás está a oscuras. Cuesta encontrar un

momento de paz en el complejo de Osadía, y en este sitio es donde más a menudo lo encuentro.

Zeke regresa a su pantalla. Me siento frente a un ordenador a unos cuantos asientos de él y muevo la pantalla para que no se vea desde la sala. Después me conecto y utilizo el nombre de cuenta falso que creé hace meses para que nadie pudiera seguirme el rastro.

Una vez conectado, abro el programa que me permite usar en modo remoto el ordenador de Max. Tarda unos segundos en iniciarse, pero, cuando lo hace, es como estar sentado en su despacho, utilizando la misma máquina que utiliza él.

Trabajo deprisa, sistemáticamente. Max etiqueta sus carpetas con números, así que no sé qué tienen hasta que las abro. La mayoría son inocuas, listas de miembros de Osadía u horarios de acontecimientos. Las abro y las cierro en cuestión de segundos.

Me sumerjo en los archivos, carpeta a carpeta, hasta que encuentro algo raro: una lista de suministros que no son ni comida, ni telas, ni nada de lo que esperaría de la vida osada cotidiana. La lista es de armas. Jeringas. Y algo llamado suero D2.

Solo se me ocurre una cosa para la que los osados necesitarían tantas armas: un ataque. Pero ¿contra quién?

Con el pulso latiéndome en la cabeza, vuelvo a echar un vistazo a la sala de control. Zeke se entretiene con un juego de ordenador que escribió él mismo. La segunda operadora está prácticamente tirada en la silla, con los ojos medio cerrados. El tercero agita perezosamente con una pajita su vaso de agua mientras mira por las ventanas. Nadie me presta atención.

Abro más archivos. Al cabo de unos cuantos intentos infructuosos, encuentro un mapa. Está marcado con letras y números, básicamente, así que al principio no sé qué me muestra.

Entonces abro un mapa de la ciudad en la base de datos osada para compararlos y me echo atrás en la silla al darme cuenta de qué calles del mapa son las que preocupan a Max.

El sector abnegado.

El ataque será contra Abnegación.

Debería haberme resultado obvio, claro. ¿A quién si no se molestarían en atacar Max y Jeanine? Su *vendetta* es contra Abnegación, siempre ha sido contra Abnegación. Debería haberme dado cuenta cuando los eruditos publicaron aquella historia sobre mi padre, el marido y padre monstruoso. Lo único cierto que han escrito, por lo que sé.

Zeke me da con el pie en la pierna.

—Se acabó el turno. ¿A dormir?

—No, necesito un trago.

Se anima. No es muy habitual que decida abandonar mi existencia estéril e insociable para pasar una noche de desenfreno osado.

—Soy tu hombre —responde.

Cierro el programa, mi cuenta, todo. Intento dejar también atrás la información sobre el ataque a los abnegados hasta poder averiguar qué hacer con ella. Sin embargo, me persigue durante todo el camino hacia el ascensor, a través del vestíbulo y por los caminos que llevan al fondo del Pozo.

Salgo de la simulación con un nudo en la boca del estómago. Me desengancho de los cables y me levanto. Ella todavía se está recuperando de la sensación de estar a punto de ahogarse, le tiemblan las manos y respira hondo. La observo un momento sin saber bien cómo decir lo que tengo que decir.

—¿Qué? —me pregunta.

—¿Cómo has hecho eso?

—¿El qué?

—Romper el cristal.

—No lo sé.

Asiento con la cabeza y le ofrezco una mano. Ella se levanta sin problemas, aunque evita mirarme a los ojos. Compruebo las esquinas de la sala en busca de cámaras. Hay una justo donde creía, frente a nosotros. Cojo a Tris por el codo y la saco de la habitación para llevarla a un lugar donde sé que no nos observarán: un punto ciego entre dos cámaras de vigilancia.

—¿Qué? —pregunta, irritada.

—Eres divergente.

Hoy no he sido demasiado amable con ella. Anoche la vi con sus amigos junto al abismo y cometí un error de juicio (o de sobriedad) que me hizo acercarme demasiado, decirle que estaba guapa. Me preocupa haber ido demasiado lejos. Ahora estoy aún más preocupado, aunque por otros motivos.

Ha roto el cristal. Es divergente. Está en peligro.

Se me queda mirando.

Después se apoya en la pared y adopta una pose de indiferencia casi convincente.

—¿Qué es divergente?

—No te hagas la tonta. Lo sospeché la última vez, pero esta vez resulta obvio. Has manipulado la simulación, eres divergente. Aunque borraré la grabación, si no quieres acabar muerta en el fondo del abismo, ¡tienes que encontrar la manera de ocultarlo durante las simulaciones! Ahora, si me disculpas…

Regreso a la sala de la simulación y cierro la puerta. Es fácil borrar la grabación: unas cuantas teclas y hecho, registro limpio. Compruebo dos veces su archivo para asegurarme de que solo queden los datos de su primera simulación. Tendré que inventarme una excusa para explicar qué pasó con los datos de la segunda. Una buena mentira, una que Eric y Max se crean de verdad.

Saco mi navaja a toda prisa y la meto entre los paneles que cubren la placa base del ordenador para sacarlos. Después salgo al pasillo, voy a la fuente y me lleno la boca de agua.

Cuando regreso, escupo un poco de agua en el hueco entre los paneles. Después guardo la navaja y espero.

Aproximadamente un minuto más tarde, la pantalla se queda en negro. La sede de Osadía es una cueva con goteras. El agua causa problemas continuamente.

Estaba desesperado.

Envié un mensaje a través del mismo abandonado al que le entregué el mensaje la última vez que quise ponerme en contacto con mi madre. Acordé encontrarme con ella en el último vagón del tren de las diez y cuarto que sale de la sede de Osadía. Supongo que sabrá cómo encontrarme.

Me siento con la espalda apoyada en la pared y un brazo sobre las rodillas, y veo la ciudad pasar. Los trenes nocturnos no van tan deprisa entre paradas como los diurnos. Así resulta más sencillo contemplar el cambio de los edificios a medida que el tren se acerca al centro de la ciudad; se hacen más altos, aunque más estrechos, con pilares de cristal junto a estructuras de piedra más antiguas. Como una ciudad colocada encima de otra.

Alguien corre junto al tren cuando llegamos al norte de la ciudad. Me levanto y me agarro a una de las barandas que rodean la pared. Evelyn entra tambaleándose en el vagón vestida con botas cordiales, vestido erudito y chaqueta osada. Lleva el pelo peinado hacia atrás, lo que hace que su rostro, ya de por sí severo, lo sea aún más.

—Hola —me saluda.

—Hola.

—Cada vez que te veo estás más grande. Supongo que no tiene sentido preocuparme por si comes bien.

—Podría decirte lo mismo, pero por motivos distintos.

Sé que no está comiendo bien. No tiene facción, y los abnegados ya no proporcionan tanta ayuda como antes por culpa de la presión de los eruditos.

Recojo la mochila que tengo detrás, llena de latas de la despensa osada.

—No es más que sopa insípida y verduras, pero es mejor que nada —explico mientras se la ofrezco.

—¿Quién te ha dicho que necesito ayuda? —pregunta Evelyn con precaución—. Me va bien, ¿sabes?

—Sí, no es para ti, sino para tus esqueléticos amigos. Yo en tu lugar no rechazaría comida.

—No lo hago —responde, aceptando la mochila—. Es que no estoy acostumbrada a que le importe a alguien. Es un poco desconcertante.

—Conozco la sensación —digo con frialdad—. ¿Cuánto has tardado en interesarte por mi vida? ¿Siete años?

Evelyn suspira.

—Si me has pedido que venga para volver a la misma discusión, me temo que no tengo mucho tiempo.

—No, no te he pedido que vinieras por eso.

En realidad no quería ponerme en contacto con ella, pero sabía que no podía contar a los osados lo que había averiguado sobre el ataque a Abnegación (no sé hasta qué punto son leales a la facción y sus políticas), y tenía que contárselo a alguien. La última vez que hablé con Evelyn, parecía saber cosas sobre la ciudad que yo desconocía. Supuse que quizás ella supiera cómo ayudarme antes de que sea demasiado tarde.

Es un riesgo, pero no sé bien a quién más acudir.

—He estado vigilando a Max —explico—. Dijiste que los eruditos estaban trabajando con los osados y tenías razón: planean algo juntos. Max, Jeanine y quién sabe quién más.

Le cuento lo que vi en el ordenador de Max, la lista de suministros y los mapas. Le cuento lo que observé sobre la actitud de los eruditos hacia Abnegación, los informes, que están envenenando las mentes osadas contra nuestra antigua facción.

Cuando termino, Evelyn no parece sorprendida, ni siquiera preocupada. De hecho, no sé cómo interpretar su expresión. Se queda callada unos segundos y dice:

—¿Alguna pista de cuándo podría suceder?

—No.

—¿Y de números? ¿Qué cantidad de efectivos pretenden usar los osados y los eruditos? ¿De dónde la sacarán?

—No lo sé —respondo, frustrado—. Y la verdad es que no me importa. Da igual el número de reclutas con el que cuenten, masacrarán a los abnegados en cuestión de segundos. Los abnegados no están entrenados para defenderse…, ni lo harían si supieran cómo hacerlo.

—Sabía que estaba cociéndose algo —dice Evelyn, frunciendo el ceño—. Los eruditos dejan las luces encendidas en su sede toda la noche, lo que significa que ya no les da miedo meterse en líos con los líderes del consejo. Lo que… dice mucho sobre sus crecientes discrepancias.

—Vale. ¿Cómo se lo advertimos?

—¿A quiénes?

—¡A los abnegados! —exclamo, alterado—. ¿Cómo advertimos a los abnegados que los van a matar? ¿Cómo advertimos a los osados que sus líderes conspiran contra el consejo? ¿Cómo…?

Me detengo. Evelyn permanece quieta, con las manos caídas a los lados, y el rostro relajado e impasible. «Nuestra ciudad está cambiando, Tobias». Eso me dijo cuando volvimos a vernos por primera vez. «Dentro de poco, todos tendremos que elegir un bando, y yo sé en cuál preferirías estar».

—Tú ya lo sabías —digo, despacio, intentando procesar la verdad—. Sabías que planeaban algo así, lo sabes desde hace tiempo. Lo estabas esperando. Contabas con ello.

—No siento afecto por mi antigua facción. No quiero que ni ellos ni ninguna otra facción siga controlando esta ciudad y a su gente. Si alguien quiere acabar con mis enemigos por mí, pienso permitirlo.

—No me lo puedo creer —replico—. No todos son como Marcus, Evelyn. Están indefensos.

—Crees que son personas inocentes, Tobias, pero no los conoces. Yo sí, yo he visto cómo son en realidad —dice con voz grave y ronca—. ¿Cómo crees que tu padre consiguió mentirte sobre mí durante todos esos años? ¿Crees que los demás líderes de Abnegación no lo ayudaron, que no perpetuaron la mentira? Sabían que yo no estaba embarazada, que nadie había llamado a un médico y que no había cadáver, pero, a pesar de todo, te contaron que yo estaba muerta, ¿no?

No se me había ocurrido antes. No había cadáver. No había cadáver, y sin embargo todos los hombres y mujeres sentados en la casa de mi padre en aquella terrible mañana y en el funeral de la noche siguiente fingieron por mí y por el resto de la comunidad abnegada diciendo, incluso en su silencio: «Nadie nos abandonará nunca, ¿quién querría hacerlo?».

No debería sorprenderme tanto descubrir que una facción está llena de mentirosos, pero supongo que una parte de mí todavía conserva la inocencia de un niño.

Eso se acabó.

—Piénsalo —sigue diciendo Evelyn—. ¿Es esa la gente a la que quieres ayudar? ¿La clase de gente capaz de decirle a un niño que su madre ha muerto solo para quedar bien? ¿O preferirías arrebatarles el poder?

Creía que lo sabía. Los inocentes abnegados con sus continuos actos de servicio y sus deferentes saludos de cabeza; había que salvarlos.

Pero a esos mentirosos que me obligaron a sufrir, que me abandonaron con el hombre que me hacía daño… ¿Habría que salvarlos a ellos?

No soy capaz de mirarla, no soy capaz de responder. Espero a que el tren pase por un andén y salto sin mirar atrás.

—No te lo tomes a mal, pero tienes una pinta horrible.

Shauna se deja caer en la silla que tengo al lado y pone la bandeja en la mesa. Es como si la conversación de ayer con mi madre fuese un ruido repentino y ensordecedor que amortiguara cualquier otro sonido. Siempre he sabido que mi padre era cruel. Sin embargo, creía que los demás abnegados eran inocentes; en el fondo, siempre me he considerado débil por abandonarlos, como si fuera un traidor a mis propios valores.

Ahora parece que, decida lo que decida, traicionaré a alguien. Si advierto a los abnegados sobre los planes de ataque que descubrí en el ordenador de Max, traicionaré a Osadía. Si no lo hago, traiciono a mi antigua facción de un modo mucho peor que la vez anterior. No tengo más alternativa que decidirme, y la idea de hacerlo me revuelve el estómago.

He sobrevivido a este día de la única forma que conozco: levantándome y yendo a trabajar. Colgué la clasificación, que dio lugar a una disputa, puesto que deseaba dar más peso a la mejora, mientras que Eric defendía la regularidad. Fui a comer. Sigo los pasos del día a día casi como un robot.

—¿Te vas a comer eso? —me pregunta Shauna señalando mi plato lleno de comida.

—Puede —respondo encogiéndome de hombros.

Me doy cuenta de que está a punto de preguntarme qué me pasa, así que cambio de tema.

—¿Cómo le va a Lynn?

—Seguro que tú lo sabes mejor que yo. Después de ver sus miedos y todo eso.

Corto un pedazo de mi trozo de carne y lo mastico.

—¿Cómo es eso? —pregunta con precaución, arqueando una ceja—. Lo de ver los miedos de todos, me refiero.

—No puedo hablarte de sus miedos, ya lo sabes.

—¿Esa regla es tuya o de Osadía?

—¿Importa?

—Es que a veces es como si ya no la conociera —responde, suspirando.

Terminamos la comida sin hablar. Es lo que más me gusta de Shauna: no siente la necesidad de rellenar los silencios. Cuando acabamos, salimos juntos del comedor y Zeke nos llama desde el otro lado del Pozo.

—¡Hola! —grita mientras le da vueltas en el dedo a un rollo de cinta adhesiva—. ¿Queréis ir a pegarle a algo?

—Sí —respondemos Shauna y yo al unísono.

Nos dirigimos a la sala de entrenamiento, y Shauna informa a Zeke por el camino sobre su semana en la valla…

—Hace dos días, el idiota con el que estaba de patrulla empezó a perder los nervios y a jurar que había visto algo ahí fuera… Al final resultó que era una bolsa de plástico.

Zeke le ha pasado un brazo sobre los hombros. Me acaricio los nudillos e intento no entrometerme.

Cuando nos acercamos a la sala, me parece oír voces dentro. Frunzo el ceño y abro la puerta con el pie. En la sala están Lynn, Uriah, Marlene y… Tris. El choque de ambos mundos me deja desconcertado.

—Me había parecido escuchar a alguien —saludo.

Uriah dispara a un blanco con una de las pistolas de balas de plástico que los osados usan para divertirse. Estoy seguro de que no tiene una, así que debe de ser de Zeke. Y Marlene mastica algo. Me sonríe y me saluda con una mano cuando entro.

—Resulta que es el idiota de mi hermano —dice Zeke—. Se supone que no podéis estar aquí fuera de las horas de clase. Tened cuidado, a ver si Cuatro se lo va a contar a Eric para que os arranque el cuero cabelludo.

Uriah se guarda la pistola en la cintura del pantalón, contra la parte baja de la espalda, sin echarle el seguro. Es probable que se le dispare dentro de los pantalones y acabe con un verdugón en el culo. No se lo menciono.

Abro la puerta para echarlos. Al pasar junto a mí, Lynn dice:

—No se lo contarás a Eric, ¿verdad?

—No, claro.

Cuando Tris pasa por mi lado, extiendo una mano que encaja automáticamente en el espacio entre sus omóplatos. Ni siquiera sé si lo he hecho aposta o no. Y no me importa.

Los demás se alejan por el pasillo, olvidado nuestro plan original de pasar un tiempo en la sala de entrenamiento una vez que Uriah y Zeke empiezan a pelearse en broma, y Shauna y Marlene se ponen a compartir lo que queda de una magdalena.

—Espera un momento —le digo a Tris.

Se vuelve hacia mí con un gesto de preocupación, así que intento sonreír, aunque no me apetezca demasiado.

Me percaté de la tensión en la sala de entrenamiento cuando colgué la clasificación esta tarde; cuando sumaba los puntos, no pensé en que quizá debería quitarle algunos a ella para protegerla. Habría sido un insulto a sus habilidades bajarla de puesto en la lista, aunque quizás ella habría preferido ese insulto a soportar el abismo que sigue abriéndose entre ella y sus compañeros trasladados.

A pesar de estar pálida y agotada, y de tener cortecitos alrededor de cada una de las uñas y una mirada vacilante, sé que no es así. Esta chica no querría guarecerse en la seguridad del centro del grupo. Jamás.

—Este es tu sitio, espero que lo sepas —le digo—. Tu sitio está con nosotros. Todo terminará pronto, así que aguanta, ¿vale?

De repente me arde la nuca y me la rasco con una mano, incapaz de mirarla a los ojos, aunque los siento sobre mí a medida que se alarga el silencio.

Después entrelaza sus dedos con los míos, y me quedo mirándola, sorprendido. Le aprieto un poco la mano y, a través de mi confusión y agotamiento, se abre paso la idea de que la he tocado media docena de veces (todas ellas por culpa de un error de juicio), pero esta es la primera vez que ella me corresponde.

Entonces se da media vuelta y sale corriendo para alcanzar a sus amigos. Y me quedo en el pasillo, solo, sonriendo como un idiota.

Me paso casi una hora intentando dormir, dando vueltas entre las sábanas en busca de una postura cómoda. Sin embargo, es como si alguien me hubiese cambiado el colchón por una bolsa de rocas. O quizá sea que tengo demasiadas cosas en la cabeza.

Al final me rindo, me pongo los zapatos y la chaqueta, y me acerco a la Espira, como hago siempre que no puedo dormir. Se me ocurre ejecutar de nuevo el programa del paisaje del miedo, pero no tuve la precaución de reponer mi suministro de suero de la simulación esta tarde y sería un lío hacerlo ahora. Así que voy a la sala de control, donde Gus me recibe con un gruñido y los otros dos miembros de guardia ni siquiera se percatan de mi llegada.

No intento volver a examinar los archivos de Max; creo que ya sé todo lo que debo saber: que se avecina algo malo y que no tengo ni idea de si intentaré evitarlo o no.

Tengo que contárselo a alguien, necesito que alguien comparta esto conmigo, que me diga lo que debo hacer. Pero no confío en nadie para esto. Hasta mis amigos nacieron y crecieron en Osadía, ¿y si confían en sus líderes incondicionalmente? No lo sé.

Por algún motivo, el rostro de Tris me viene a la cabeza, franco, pero serio, dándome la mano en el pasillo.

Repaso las grabaciones de las calles de la ciudad y regreso al complejo de Osadía. Casi todos los pasillos están tan oscuros que no vería nada ni estando allí. Por los auriculares me llega el susurro del agua en el abismo y el silbido del viento por los callejones. Suspiro y apoyo la cabeza en la mano mientras observo pasar las imágenes, una tras otra, y dejo que me sosieguen hasta dejarme casi dormido.

—Vete a la cama, Cuatro —me dice Gus desde el otro lado de la sala.

Me despierto de golpe y asiento con la cabeza. Si en realidad no estoy mirando las grabaciones, no es buena idea estar en la sala de control. Salgo de mi cuenta y vuelvo por el pasillo hacia el ascensor, parpadeando para despejarme.

Mientras cruzo el vestíbulo oigo un grito que surge de abajo, del Pozo. No es un afable grito osado, ni el de alguien que está asustado, pero disfrutándolo, sino el tono concreto y distintivo del terror.

Las piedras salen disparadas detrás de mí al bajar corriendo al fondo del Pozo con la respiración acelerada pero regular.

Tres personas altas vestidas de negro están cerca de la barandilla, reunidas alrededor de un cuarto objetivo más pequeño. Aunque no veo gran cosa, sé reconocer una pelea. O lo que sería una pelea si no fueran tres contra uno.

Uno de los agresores se vuelve, me ve y sale corriendo en dirección contraria. Cuando me acerco, veo a uno de los otros agresores sosteniendo en alto al objetivo por encima del abismo, así que grito:

—¡Eh!

Veo su cabello rubio y ya soy incapaz de ver mucho más. Choco contra uno de los agresores (Drew, lo sé por el color de su pelo, de un rojo anaranjado) y lo estrello contra la barrera del abismo. Le doy un puñetazo, dos, tres en la cara, y él se derrumba en el suelo, donde me pongo a darle patadas sin poder pensar, sin poder pensar en absoluto.

—Cuatro.

Tris habla en voz baja e irregular, y eso es lo único que puede llegar hasta mí. Está colgada de la barandilla, suspendida sobre el abismo como un cebo en un anzuelo. El otro, el último agresor, ha desaparecido.

Corro hasta ella, la agarro por los hombros y la subo por encima de la barandilla. Después la abrazo. Ella aprieta la cara contra mi hombro y entierra los dedos en mi camiseta.

Drew está en el suelo, desmayado. Lo oigo gruñir cuando me la llevo…, no a la enfermería, donde los otros agresores podrían buscarla, sino a mi piso, que está en un pasillo solitario y apartado. Abro la puerta de un empujón y tumbo a Tris en la cama. Le recorro la nariz y los pómulos con los dedos por si hay algo roto, le busco el pulso y me inclino sobre ella para comprobar su respiración. Todo parece normal y fuerte. Ni siquiera el chichón de la nuca, que está hinchado y magullado, parece serio. No ha sufrido heridas graves, aunque podría haber acabado mal.

Me tiemblan las manos cuando me aparto. No está malherida, pero puede que Drew sí. Ni siquiera sé cuántas veces le he golpeado antes de que Tris dijera mi nombre y me despertara. El resto de mi cuerpo empieza también a temblar, así que me aseguro de que tenga una almohada para apoyar la cabeza y salgo del piso para regresar a la barandilla del Pozo. De camino intento repasar mentalmente los últimos minutos, trato de recordar dónde, cuándo y con cuánta fuerza he golpeado, pero todo está borroso, perdido en un ataque de rabia.

«Me pregunto si es lo que le pasaba a él», pienso mientras recuerdo la mirada salvaje y frenética de Marcus cada vez que se enfadaba.

Cuando llego a la barandilla, Drew sigue ahí, retorcido en una extraña postura. Me echo su brazo al hombro y lo llevo a la enfermería medio a rastras, medio a cuestas.

Cuando llego a mi piso, lo primero que hago es entrar en el baño para limpiarme la sangre de las manos. Tengo unos cuantos nudillos desgarrados, magullados al golpear la cara de Drew. Si Drew estaba allí, el otro agresor debía de ser Peter, pero ¿y el tercero? No era Molly; la figura era demasiado alta y grande. De hecho, solo hay un iniciado de ese tamaño.

Al.

Me miro en el espejo como si esperase encontrarme con pedacitos de Marcus devolviéndome la mirada. Tengo un corte en la comisura de los labios; ¿es que Drew consiguió devolverme algún puñetazo? Da igual. Mi laguna de memoria da igual. Lo que importa es que Tris sigue respirando.

Meto las manos bajo el agua fresca hasta que sale transparente, me las seco en la toalla y voy al congelador a por una bolsa de hielo. Cuando se la llevo, descubro que está despierta.

—Tus manos —dice, y es ridículo decir algo así, tan estúpido, preocuparse por mis manos cuando ella ha estado colgada del abismo por el cuello.

—No son asunto tuyo —respondo, irritado.

Me inclino sobre ella y le pongo la bolsa de hielo bajo la cabeza, donde antes palpé el chichón. Ella levanta una mano y me toca con cuidado la boca con la punta de los dedos.

Nunca imaginé que podría sentir algo así al tocarme otra persona, como una descarga de energía. Sus dedos son suaves y curiosos.

—Tris, estoy bien.

—¿Por qué estabas allí?

—Volvía de la sala de control y oí un grito.

—¿Qué les has hecho?

—Dejé a Drew en la enfermería hace media hora. Peter y Al salieron corriendo. Drew aseguraba que solo querían asustarte. Por lo menos, creo que eso era lo que intentaba decir.

—¿Está mal?

—Vivirá, aunque no sé en qué condiciones —escupo.

No debería permitir que viera esta parte de mí, esta parte salvaje que se deleita con el dolor de Drew. Ni siquiera debería tener una parte así.

Ella levanta una mano y me aprieta el brazo.

—Bien —dice.

La miro. Ella también tiene ese lado. Lo vi cuando le dio la paliza a Molly, como si pensara seguir estuviera su oponente consciente o no. A lo mejor ella y yo somos iguales.

Se le contrae el rostro y empieza a llorar. Casi siempre, cuando alguien llora delante de mí, me siento oprimido, como si necesitara escapar para seguir respirando. No me siento así con ella. Con ella no me preocupa que espere demasiado de mí ni que necesite algo de mí. Me dejo caer en el suelo para estar a su altura y la contemplo atentamente un momento. Después le toco la mejilla procurando no rozar ninguno de sus crecientes moratones. Le paso el pulgar por el pómulo. Tiene la piel caliente.

No sé cuál es la palabra adecuada para describir su aspecto, pero incluso ahora, con parte del rostro hinchado y manchado, tiene algo impresionante, algo que no había visto nunca antes.

En este momento soy capaz de aceptar la inevitabilidad de lo que siento, aunque no con alegría. Necesito hablar con alguien. Necesito confiar en alguien. Y, por algún motivo, sé, estoy convencido, de que es ella.

Tendré que empezar por decirle mi nombre.

Me acerco a Eric en la cola del desayuno y me coloco detrás de él mientras utiliza una cuchara de mango largo para echarse huevos revueltos en el plato.

—Si te dijera que unos iniciados atacaron a uno de sus compañeros anoche, ¿te importaría?

Eric echa los huevos a un lado del plato y levanta un hombro.

—Podría importarme que su instructor no parezca capaz de controlar a sus iniciados —responde mientras cojo un cuenco con cereales para mí. Ve mis nudillos magullados—. Podría importarme que ese hipotético ataque sea el segundo que ocurre bajo la supervisión de ese instructor…, mientras que los nacidos en Osadía no parecen tener el mismo problema.

—La tensión entre los trasladados siempre es más alta porque no se conocen entre sí, ni conocen la facción, ni proceden del mismo entorno —respondo—. Y tú eres su líder, ¿no deberías ser el responsable de mantenerlos «bajo control»?

Eric usa unas pinzas para colocar una tostada al lado de los huevos. Después se acerca a mi oído y susurra:

—Pisas terreno resbaladizo, Tobias. Discutes conmigo delante de los demás, «pierdes» resultados de simulaciones, está claro que prefieres a los iniciados que van peor en la clasificación… Incluso Max está de acuerdo. Si se produjera un ataque, creo que no estaría contento contigo y quizá no objete nada cuando le proponga apartarte de tu puesto.

—Entonces te quedarías sin un instructor una semana antes del final de la iniciación.

—Puedo encargarme yo.

—Ya me imagino cómo sería con tu supervisión —respondo, entrecerrando los ojos—. Ni siquiera necesitaríamos echar a nadie: acabarían todos muertos o a la fuga.

—Como no tengas cuidado, no tendrás que imaginarte nada —replica mientras llega al final de la cola y se vuelve hacia mí—. Los entornos competitivos producen tensión, Cuatro. Es normal que se libere de algún modo. —Esboza una sonrisita que le estira la piel entre los *piercings* —. Sin duda, un ataque nos demostraría quiénes son los fuertes y quiénes los débiles en una situación real, ¿no crees? No habría que confiar en los resultados de las pruebas. Tomaríamos una decisión más informada

sobre las personas que encajan aquí y las que no. Pero solo… si se produjera un ataque, por supuesto.

Las implicaciones quedan claras: como superviviente del ataque, Tris sería considerada más débil que los demás iniciados y acabaría eliminada. Eric no correría en ayuda de la víctima, sino que pediría su expulsión de Osadía, como hizo antes de que Edward se fuese por voluntad propia. No quiero que Tris se vea obligada a unirse a los abandonados.

—Claro —digo, como si nada—. Bueno, menos mal que no han atacado a nadie últimamente.

Vierto leche sobre los cereales y me acerco a mi mesa. Eric no hará nada con Peter, Drew y Al, y yo no puedo hacer nada sin pasarme de la raya y sufrir las consecuencias. Aunque puede que… puede que no tenga que hacerlo yo solo. Dejo mi bandeja entre Zeke y Shauna, y digo:

—Necesito que me ayudéis con una cosa.

Después de explicar el paisaje del miedo y permitir que los iniciados se vayan a comer, meto a Peter en la sala de observación de al lado de la sala de la simulación vacía. Hay filas de sillas listas para que los iniciados se sienten a esperar su última prueba. Y también están Zeke y Shauna.

—Tenemos que charlar —le digo.

Zeke se abalanza sobre Peter y lo estrella contra el muro de hormigón con una fuerza alarmante. Peter se golpea la cabeza y hace una mueca.

—Hola —dice Zeke, y Shauna se les acerca mientras hace girar un cuchillo en la palma de su mano.

—¿Qué es esto? —pregunta Peter.

No parece asustado, ni siquiera cuando Shauna agarra el cuchillo por el mango y le apoya la punta de la hoja en la mejilla creando un hoyuelo.

—¿Intentáis asustarme? —añade, burlón.

—No —respondo—. Intentamos dejarte clara una cosa: no eres el único con amigos dispuestos a hacer daño.

—Se supone que los instructores de iniciados no deberían amenazarlos, ¿no? —pregunta Peter, que me mira con esa expresión suya con los ojos muy abiertos, la que podría confundir por inocencia de no conocerlo mejor—. Tendré que preguntárselo a Eric, para asegurarme.

—Yo no te he amenazado. Ni siquiera te estoy tocando. Y, según las grabaciones de este cuarto almacenadas en los ordenadores de la sala de control, ni siquiera estamos aquí.

Zeke sonríe como si no pudiera contenerse. Eso fue idea suya.

—Yo soy la que te amenaza —dice Shauna, casi gruñendo—. Un estallido violento más y te enseñaré una lección sobre la justicia.

Sostiene la punta del cuchillo sobre el ojo de Peter y la baja despacio, apretándole el párpado. Peter se queda paralizado, apenas se mueve para respirar.

—Ojo por ojo. Moratón por moratón.

—Puede que a Eric no le importe que vayas a por tus compañeros —dice Zeke—, pero a nosotros, sí, y hay muchos osados como nosotros. Gente que cree que no deberías ponerles las manos encima a tus colegas de facción. Gente que hace caso a los cotilleos y los propaga como un incendio. No tardaremos demasiado en explicarles que eres un gusano, ni ellos tardarán en hacerte la vida muy, muy difícil. Verás, en Osadía, la reputación tiende a conservarse.

—Empezaremos con tus posibles empleadores —sigue Shauna—. Zeke puede encargarse de los supervisores de la sala de control; yo, de los líderes de la valla. Tori conoce a todo el mundo en el Pozo. Cuatro, tú eres amigo de Tori, ¿verdad?

—Sí —respondo; me acerco más a Peter y ladeo la cabeza—. Puede que tú seas capaz de provocar dolor, iniciado…, pero nosotros podemos hacerte desdichado de por vida.

Shauna aparta el cuchillo del ojo de Peter.

—Piénsatelo.

Zeke le suelta la camiseta y se la estira sin dejar de sonreír. No sé por qué, pero la combinación de la ferocidad de Shauna con la alegría de Zeke es lo bastante extraña como para resultar amenazante. Zeke se despide de Peter con la mano, y los tres nos alejamos juntos.

—De todos modos, quieres que hablemos con la gente, ¿no? —me pregunta Zeke.

—Oh, sí —respondo—. Sin duda. Y no solo de Peter, también de Drew y Al.

—Si sobrevive a la iniciación, a lo mejor lo hago tropezar por accidente y cae de cabeza al abismo —comenta Zeke, esperanzado, haciendo un gesto de caída libre con la mano.

A la mañana siguiente hay una multitud reunida junto al abismo, todos en silencio e inmóviles, aunque el olor del desayuno nos llama desde el comedor. No tengo que preguntar por qué están ahí.

Esto sucede casi todos los años, según me cuentan. Una muerte. Como la de Amar: repentina, terrible y lamentable. Sacan un cadáver del abismo como si fuera un pez en un anzuelo. Normalmente es alguien joven: un accidente por culpa de una acrobacia atrevida que sale mal o puede que aposta, una mente herida por la oscuridad, la presión y el dolor de Osadía.

No sé cómo sentirme por esas muertes. Culpable, quizá, por no haber visto ese dolor. Triste porque algunas personas no encuentren otra forma de escapar.

Alguien pronuncia el nombre de la persona fallecida más adelante, y ambas emociones me golpean con fuerza.

Al. Al. Al.

Mi iniciado, mi responsabilidad, y he fallado porque estaba tan obsesionado con atrapar a Max y a Jeanine, o con culpar de todo a Eric, o con mi indecisión sobre advertir o no a los abnegados… No, ninguna de esas cosas ha pesado tanto como esta: que me he distanciado de ellos para protegerme, cuando debería haberlos sacado de los rincones oscuros de Osadía para enseñarles los luminosos: reírse con amigos sobre las rocas del abismo, tatuajes a medianoche después de un juego de Atrevimiento, un mar de abrazos después de anunciar las clasificaciones… Esas son las luces que debería haberle enseñado; aunque no lo ayudaran, debería haberlo intentado.

Sé una cosa: después de terminar la iniciación de este año, Eric no tendrá que esforzarse tanto por echarme de mi puesto. Ya me he ido.

Al. Al. Al.

¿Por qué todos los muertos se convierten en héroes en Osadía? ¿Por qué necesitamos que lo sean? A lo mejor son los únicos héroes que encontramos en una facción de líderes corruptos, compañeros competitivos e instructores cínicos. Los muertos pueden ser nuestros héroes porque después no nos decepcionarán; solo mejoran con el tiempo, a medida que nos olvidamos de ellos.

Al era inseguro y sensible, después se volvió celoso y violento, y luego desapareció. Han existido hombres más blandos que Al, y hombres más duros que Al han muerto, y ninguna de las dos cosas tiene explicación alguna.

Pero Tris la quiere, la ansía, se lo veo en la cara, como una especie de hambre. O de rabia. O de ambas cosas. Imagino que no debe de ser fácil

que te caiga bien alguien, después odiarlo y después perderlo antes de resolver todos esos sentimientos. La sigo cuando se aleja de los cánticos de los osados porque soy lo bastante arrogante como para creer que puedo ayudarla a sentirse mejor.

Sí, claro. O quizá la sigo porque estoy cansado de apartarme de todo el mundo y ya no estoy tan seguro de que sea lo mejor para mí.

—Tris.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta con un tono de voz amargo—. ¿No deberías estar presentando tus respetos?

—¿Y tú? —pregunto, acercándome.

—No puedo presentar mis respetos cuando no los tengo.

Por un momento me sorprende que logre ser tan fría… Tris no siempre es simpática, pero rara vez se comporta con desdén.

—No quería decir eso —añade unos segundos después.

—Ah.

—Esto es ridículo —dice, y se sonroja—. Se tira por un precipicio ¿y Eric dice que es un valiente? ¿Eric, el que intentó que lanzaras cuchillos a la cabeza de Al? —Se le contrae el rostro—. ¡No era valiente! ¡Estaba deprimido, era un cobarde y casi me mata! ¿Esas son las cosas que se respetan aquí?

—¿Y qué quieres que hagan? —pregunto con toda la amabilidad que puedo…, que no es mucha—. ¿Que lo condenen? Al ya está muerto, no puede oírlo y es demasiado tarde.

—Esto no es por Al, ¡es por todos los que están mirando! Por todos los que ahora creen que tirarse al abismo es una opción viable. Quiero decir, ¿por qué no hacerlo si después todos dicen que eres un héroe? ¿Por qué no hacerlo si así todo el mundo recordará tu nombre? —Pero claro que es por Al, y ella lo sabe—. Es que… —Intenta explicarse, veo su lucha interna—. No puedo… ¡Esto nunca habría pasado en Abnegación! ¡Nada de esto! Nunca. Este sitio absorbió a Albert y lo destruyó, y no me importa que decirlo me convierta en una estirada. No me importa. ¡No me importa!

Mi paranoia está tan asentada que miro automáticamente hacia la cámara empotrada en la pared sobre la fuente, oculta bajo una lámpara azul. La gente de la sala de control puede vernos y, con un poco de mala suerte, también elegirán este preciso momento para escucharnos. Es como si lo viera: Eric acusando a Tris de traidora a su facción, el cadáver de Tris sobre el pavimento, cerca de las vías del tren…

—Ten cuidado, Tris.

—¿No tienes nada más que decir? —pregunta, frunciendo el ceño—. ¿Que tenga cuidado? ¿Ya está?

Entiendo que mi respuesta no era exactamente lo que ella esperaba, pero para alguien que acaba de despotricar contra la imprudencia osada, está actuando como una de ellos.

—Eres tan insoportable como los de Verdad, ¿lo sabías? —le digo.

Los veraces son unos bocazas que no piensan en las consecuencias. La aparto de la fuente; estoy cerca de su cara y veo sus ojos muertos flotando en el agua del río subterráneo. No lo soporto, no cuando acaban de atacarla y quién sabe lo que le habría ocurrido de no haberla oído gritar.

—No voy a repetirlo, así que escucha con atención —le digo, poniéndole las manos sobre los hombros—. Están observando. Te están observando a ti, en concreto.

Recuerdo los ojos de Eric sobre ella después del lanzamiento de cuchillos. Sus preguntas sobre los datos borrados de la simulación de Tris. Le aseguré que había sido por el agua. A él le pareció interesante que ocurriera justo cinco minutos después de que acabara la simulación de Tris. Interesante.

—Suéltame —me ordena.

Lo hago de inmediato. No me gusta oírle ese tono de voz.

—¿Te observan a ti también?

«Siempre lo han hecho y siempre lo harán».

—He intentado protegerte, pero tú te niegas a que te ayude.

—Ah, vale, me ayudas. Cortarme la oreja con un cuchillo, burlarte de mí y gritarme más que a nadie me ayuda un montón.

—¿Burlarme de ti? ¿Te refieres a lo de los cuchillos? No me burlaba —afirmo, negando con la cabeza—, te recordaba que, si fallabas, otra persona tendría que ocupar tu lugar.

A mí me parecía obvio en aquellos momentos. Creía que, como ella me entendía mejor que la mayoría, entendería también aquello. Pero, por supuesto, no lo entendió. No es telépata.

—¿Por qué? —pregunta.

—Porque eres de Abnegación, y eres más valiente cuando actúas de manera desinteresada. Te aconsejo que intentes fingir un poco mejor que estás perdiendo tus impulsos altruistas porque, si lo descubre la gente equivocada…, bueno, no te conviene.

—¿Por qué? ¿Por qué les iban a importar mis intenciones?

—Las intenciones son lo único que les importa. Intentan hacerte pensar que les importa lo que haces, pero no, no quieren que actúes de cierta manera. Lo que quieren es que pienses de cierta manera, así les resulta fácil entenderte y no les supones una amenaza.

Apoyo una mano en la pared, cerca de su cara, y me inclino sobre ella pensando en los tatuajes que forman una línea en mi espalda. Lo que me convirtió en traidor a mi facción no fue hacérmelos, sino lo que significaban para mí: escapar de la estrechez de miras de las facciones, esa estrechez que me arrebata las distintas partes que me componen y me reducen a una sola versión de mí mismo.

—No entiendo por qué les importa lo que piense, siempre que actúe como ellos quieren —insiste.

—Ahora estás actuando como ellos quieren, pero ¿qué pasa si tu cerebro de Abnegación te dice que hagas otra cosa, algo que ellos no quieren?

Aunque me cae muy bien, Zeke es el ejemplo perfecto: nacido en Osadía, criado en Osadía, en Osadía por elección. Puedo contar con que encare todos los temas del mismo modo, ya que lo educaron así desde que nació. Para él no existen otras opciones.

—Quizá no necesite tu ayuda, ¿se te ha ocurrido?

Me dan ganas de reír; claro que no me necesita. ¿Cuándo ha sido ese el problema?

—No soy débil, ¿sabes? Puedo hacerlo yo sola —añade.

—Crees que mi instinto me impulsa a protegerte porque eres bajita, una chica o una estirada —respondo, acercándome un poco más a ella—. Te equivocas.

Más cerca. Le toco la barbilla y, por un momento, pienso en acabar con la distancia que nos separa.

—Mi instinto me impulsa a presionarte hasta que estalles, solo por ver lo que aguantas —explico, y es una confesión extraña y peligrosa. No quería hacerle daño y nunca se lo he hecho, y espero que sepa que no me refiero a eso—. Pero resisto el impulso.

—¿Por qué te pide eso tu instinto? —me pregunta.

—A ti el miedo no te paraliza, sino que te despierta. Lo he visto. Es fascinante.

Sus ojos en todas las simulaciones del miedo: hielo, acero y una llama azul. La chica bajita y menuda con los brazos tensos como cables. Una contradicción andante. Deslizo las manos sobre su mandíbula y le toco el cuello.

—A veces… solo quiero verlo, verte despertar —añado.

Me toca la cintura y se aprieta contra mí o me aprieta contra ella, no logro distinguirlo. Mueve las manos por mi espalda, y la deseo, la deseo de un modo que no he sentido nunca antes, no como una especie de impulso físico sin sentido, sino como una necesidad real y específica. No de «alguien», sino de ella.

Le toco la espalda, el pelo. Por ahora, con eso basta.

—¿Debería llorar? —me pregunta, y tardo un segundo en darme cuenta de que vuelve a hablar de Al. Bien, porque si este abrazo le ha dado ganas de llorar, tendría que reconocer que no sé nada de romanticismo —. ¿Es que me pasa algo malo?

—¿Y qué sé yo de lágrimas?

Las mías aparecen sin previo aviso y desaparecen en cuestión de segundos.

—Si lo hubiera perdonado, ¿crees que seguiría vivo?

—No lo sé.

Apoyo una mano en su mejilla y estiro los dedos para llegar hasta su oreja. Sí que es menuda. No me importa.

—Me siento como si fuese por mi culpa —me dice.

«Y yo».

—No es culpa tuya.

Apoyo la frente en la suya. Noto la calidez de su aliento en la cara. Yo estaba en lo cierto: esto es mejor que guardar las distancias, mucho mejor.

—Pero debería haberlo hecho, debería haberlo perdonado.

—Quizá. Quizá todos deberíamos haber hecho algo más —respondo, y después suelto sin pensar un tópico abnegado—. Pero tenemos que permitir que la culpa nos recuerde hacerlo mejor la próxima vez.

Se aparta de inmediato, y vuelvo a sentir el familiar impulso de ser cruel con ella para que se olvide de lo que he dicho, para que no haga más preguntas.

—¿De qué facción vienes, Cuatro?

«Creía que ya lo sabías».

—Da igual. Ahora estoy en esta. Y a ti te vendría bien recordar lo mismo.

No quiero seguir estando cerca de ella; es lo único que quiero hacer.

Quiero besarla; no es el momento.

Le rozo la frente con los labios y los dos permanecemos inmóviles. Ya no hay vuelta atrás, al menos para mí.

Me paso el día pensando en algo que ha dicho: «Esto nunca habría pasado en Abnegación».

Lo primero que se me ocurre es que no sabe cómo son en realidad.

Sin embargo, me equivoco y ella tiene razón: Al no habría muerto con los abnegados y tampoco la habría atacado. Puede que no sean tan puros y buenos como antes creía (o quería creer), pero, sin duda, tampoco son malvados.

Cada vez que cierro los ojos veo el mapa del sector abnegado, el que encontré en el ordenador de Max. Los avise o no, seré un traidor a una u otra facción. Así que, si la lealtad es imposible, ¿qué debería motivarme?

Tardo un tiempo en elaborar un plan de acción. Si se tratara de una osada normal y yo fuera un osado normal, le pediría una cita, nos enrollaríamos junto al abismo y quizá le enseñara todo lo que sé sobre la sede de Osadía. Pero eso parece demasiado normal después de lo que nos hemos dicho, después de ver las partes más oscuras de su mente.

A lo mejor ahí radica el problema: la relación es muy desigual porque yo la conozco, conozco sus miedos, lo que le gusta y lo que odia, mientras que ella solo sabe de mí lo que le he contado. Y lo que le he contado es tan vago como para que no sirva de nada, porque me cuesta entrar en detalles.

Entonces sé lo que debo hacer; el problema es cómo hacerlo.

Enciendo el ordenador de la sala del paisaje del miedo y lo configuro para ejecutar mi programa. Saco dos jeringas de suero de simulación del almacén y las meto en la cajita negra que uso para eso. Después me dirijo al dormitorio de los trasladados sin saber bien cómo quedarme un rato a solas con ella para pedirle que me acompañe.

Sin embargo, la veo con Will y Christina junto a la barandilla y, aunque debería llamarla y preguntárselo, no lo hago. ¿Estoy loco por pensar en dejarla entrar en mi cabeza? ¿Por dejarla ver a Marcus, por enseñarle mi nombre, por permitirle saber todo lo que he procurado ocultar?

Vuelvo a subir por los caminos del Pozo con el estómago revuelto. Llego al vestíbulo y veo que las luces de la ciudad empiezan a apagarse a nuestro alrededor. Oigo pisadas en la escalera: me ha seguido.

Le doy vueltas a la caja negra.

—Ya que estás aquí —comento, como si nada, lo que resulta ridículo—, podrías entrar conmigo.

—¿En tu paisaje del miedo?

—Sí.

—¿Puedo hacer eso?

—El suero te conecta al programa, pero el programa determina de quién es el paisaje que atraviesas. Y, ahora mismo, está configurado para que sea el mío.

—¿Y me dejas verlo?

No soy capaz de mirarla.

—¿Por qué crees que voy a entrar si no? —Cada vez me duele más el estómago—. Quiero enseñarte algunas cosas.

Abro la caja y saco la primera jeringa. Ladea la cabeza y le inyecto el suero, como siempre hacemos durante las simulaciones del miedo. Pero, en vez de inyectarme con la otra jeringa, le ofrezco la caja. Al fin y al cabo, se supone que es mi modo de igualar las cosas.

—No lo he hecho nunca —dice.

—Justo aquí.

Toco el punto. Tiembla un poco al introducir la aguja, y el dolor intenso es familiar, aunque ya no me preocupa, lo he hecho demasiadas veces. Observo su rostro. No hay vuelta atrás, no hay vuelta atrás. Es hora de ver de qué estamos hechos.

Le doy la mano, o puede que me la dé ella, y entramos juntos en la sala del paisaje del miedo.

—A ver si adivinas por qué me llaman Cuatro.

La puerta se cierra y la habitación está a oscuras. Ella se me acerca más y pregunta:

—¿Cómo te llamas de verdad?

—A ver si también puedes adivinarlo.

Empieza la simulación.

La habitación da paso a un amplio cielo azul, y estamos en el tejado del edificio, rodeados de la ciudad, que reluce bajo el sol. Es precioso un instante, hasta que el viento empieza a soplar, feroz y potente, y la rodeo con un brazo porque sé que, aquí, ella está más firme que yo.

Me cuesta respirar, lo normal en mí en este sitio. Las ráfagas de viento me ahogan y la altura hace que me den ganas de enroscarme en un ovillo y esconderme.

—Tenemos que saltar, ¿no? —pregunta, y recuerdo que no puedo hacerme un ovillo y esconderme; debo enfrentarme a esto.

Asiento con la cabeza.

—A la de tres, ¿vale?

Asiento de nuevo. Solo tengo que seguirla, nada más.

Tris cuenta hasta tres y me arrastra detrás de ella mientras corre, como si fuera un velero y yo, el ancla que nos frena. Caemos y lucho contra la sensación con cada centímetro de mi cuerpo mientras el terror me aúlla en los nervios. Y de repente me encuentro en el suelo, agarrándome el pecho.

Me ayuda a levantarme. Me siento estúpido al recordar que ella trepó sin vacilar por aquella noria.

—¿Qué toca ahora?

Quiero advertirle que no es un juego, que mis miedos no son emocionantes atracciones de feria. Pero seguramente no lo ha dicho con esa intención.

—Es…

La pared sale de la nada y se estrella contra su espalda, mi espalda, nuestros costados. Nos empuja hasta acercarnos más que nunca.

—Encierro —respondo, y es peor de lo normal con ella aquí, gastando la mitad del aire.

Gruño un poco, encorvado sobre ella. Odio estar aquí. Odio estar aquí.

—Eh, no pasa nada. Ven…

Se rodea con mi brazo. Siempre he pensado que era delgada, sin un gramo de nada que sobrara. Sin embargo, su cintura es blanda.

—Es la primera vez que me alegro de ser tan bajita.

—Hmmm.

Está hablando de cómo salir. Estrategia de paisaje del miedo. Intento concentrarme en respirar. Después nos baja a los dos para hacer la caja más pequeña y se gira de modo que su espalda quede contra mi pecho y yo la envuelva por completo.

—Ah, esto es peor —le digo, porque con mis nervios por la caja y por tocarla juntos, apenas puedo pensar con claridad—, sin duda…

—Chisss, rodéame con los brazos.

Le rodeo la cintura y oculto la cara en su hombro. Huele a jabón osado y a algo dulce, como a manzana.

Se me olvida dónde estoy.

Está hablando otra vez del paisaje del miedo y la escucho, aunque también estoy concentrado en su tacto.

—Intenta olvidar que estamos aquí —concluye.

—¿Sí?

Coloco los labios justo encima de su oreja, esta vez aposta, para mantener la distracción, aunque también porque me da la sensación de que no soy el único que se distrae.

—Así de fácil, ¿no? —añado.

—A la mayoría de los chicos les gustaría quedarse atrapados en un sitio estrecho con una chica, ¿sabes?

—¡No a los claustrofóbicos, Tris!

—Vale, vale.

Guía mi mano hacia su pecho, justo donde se hunde la clavícula. Solo soy capaz de pensar en lo que deseo y, de repente, lo que deseo no tiene nada que ver con salir de la caja.

—Nota mis latidos, ¿los notas? —me pregunta.

—Sí.

—¿Ves lo regulares que son?

—Van deprisa —respondo, sonriendo.

—Sí, bueno, pero eso no tiene que ver con la caja. —Claro que no—. Cada vez que me sientas respirar, respira. Concéntrate en eso.

Respiramos juntos, una vez, dos.

—¿Por qué no me cuentas de dónde viene este miedo? A lo mejor hablar de eso nos ayuda… de alguna manera.

Me da la impresión de que este miedo tendría que haber desaparecido ya, pero lo que hace Tris es mantenerme a un nivel constante de ansiedad, no acabar por completo con mi miedo. Intento concentrarme en el origen de la caja.

—Hmmm…, vale.

«Venga, hazlo de una vez, di algo real».

—Este viene de mi fantástica niñez. Castigos de la niñez. El diminuto armario de la planta de arriba.

Me encerraba a oscuras para que pensara en lo que había hecho. Era mejor que otros castigos, aunque a veces me pasaba demasiado tiempo allí dentro, desesperado por respirar aire fresco.

—Mi madre guardaba los abrigos de invierno en nuestro armario —comenta, y es una estupidez después de lo que acabo de contarle, pero sé que no sabe qué otra cosa hacer.

—No quiero seguir hablando de eso.

Ella no sabe qué decir porque nadie puede saberlo, porque mi dolor de infancia es demasiado lamentable para manejarlo; vuelve a acelerárseme el pulso.

—Vale, pues… yo hablo. Pregúntame algo.

Levanto la cabeza. Concentrarme en ella funcionó antes. Su corazón acelerado, su cuerpo contra el mío. Dos esqueletos fuertes atrapados en músculo, enredados; dos trasladados de Abnegación intentando dejar atrás los coqueteos vacilantes.

—¿Por qué te late tan deprisa el corazón, Tris?

—Bueno… Apenas te conozco. —Está frunciendo el ceño, como si la viera—. Apenas te conozco y estoy apretujada a tu lado en una caja, Cuatro, ¿tú qué crees?

—Si estuviéramos en tu paisaje del miedo, ¿yo estaría dentro?

—No me das miedo.

—Claro que no, pero no me refería a eso.

No le preguntaba si tenía miedo de mí, sino si soy lo bastante importante para ella como para salir en su paisaje del miedo.

Seguramente no. Tiene razón, apenas me conoce. Pero, aun así: tiene el corazón acelerado.

Me río, y las paredes se rompen como sacudidas por mi risa. Estamos a cielo abierto. Respiro hondo con ganas y nos apartamos. Ella me mira con suspicacia.

—A lo mejor estás hecha para Verdad, porque eres una pésima mentirosa.

—Creo que mi prueba de aptitud lo descartó bastante bien.

—La prueba de aptitud no sirve para nada.

—¿Qué intentas decirme? ¿Que tu prueba no es la razón por la que acabaste en Osadía?

—No del todo, no, es que… —respondo, encogiéndome de hombros.

Veo algo con el rabillo del ojo y me giro para enfrentarme a ello. Una mujer de rostro anodino, perfectamente olvidable, está de pie al otro lado de la sala. Entre ella y nosotros hay una mesa con una pistola.

—Tienes que matarla —dice Tris.

—Todas y cada una de las veces.

—No es real.

—Parece real. Me parece real.

—Si lo fuera, ya te habría matado.

—No pasa nada, lo… haré —respondo, avanzando hacia la mesa—. Este no es tan… malo. No me entra tanto pánico.

El pánico y el terror no son los únicos tipos de miedo. Hay miedos más profundos, más terribles. El recelo y el pavor extremo.

Cargo el arma sin pensar, la sostengo frente a mí y la miro a la cara. No se lee nada en su rostro, como si supiera lo que voy a hacer y lo aceptara.

No lleva la ropa de mi facción, pero podría ser abnegada, allí de pie, esperando a que le haga daño, como harían ellos. Como harían si Max, Jeanine y Evelyn se salieran con la suya.

Cierro un ojo para concentrarme en mi objetivo y disparo.

Ella cae, y pienso en la paliza que le di a Drew hasta dejarlo casi inconsciente.

La mano de Tris se cierra en torno a mi brazo.

—Vamos. Sigue moviéndote.

Dejamos la mesa atrás y me estremezco de miedo. Esperar al último obstáculo puede ser un miedo en sí mismo.

—Allá vamos.

Una figura oscura se acerca al círculo de luz que ocupamos, avanza de modo que solo le vemos la punta del zapato. Entonces da un paso adelante: Marcus, con sus ojos negros profundos, sus ropas grises y su corte de pelo, rasurado, el que muestra los contornos de su cráneo.

—Marcus —susurra.

Lo observo. Espero el golpe final.

—Ahora es cuando tienes que averiguar mi nombre.

—¿Es…?

Ahora lo sabe. Lo sabrá siempre; no puedo hacer que lo olvide aunque quisiera.

—Tobias —dice.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que oí decir mi nombre así, como si fuera una revelación y no una amenaza.

Marcus se desenrolla un cinturón del puño.

—Es por tu propio bien —dice, y me entran ganas de gritar.

Se multiplica de inmediato, nos rodea, hay cinturones arrastrándose por todo el suelo de baldosas blancas. Me encojo, me encorvo, retrocedo y espero, espero. El cinturón vuela hacia atrás y me preparo para el golpe, pero no cae.

Tris se coloca delante de mí con un brazo levantado y tensa de pies a cabeza. Aprieta los dientes cuando el cinturón se le enrolla en el brazo, y después se lo arranca y ataca. El movimiento es tan potente que me sorprende lo fuerte que parece, lo fuerte que el cinturón azota la piel de Marcus.

Marcus se abalanza sobre ella, y me coloco delante. Esta vez estoy preparado, dispuesto a luchar.

Pero el momento no llega nunca: las luces cambian y el paisaje del miedo termina.

—¿Ya está? —pregunta Tris mientras me quedo mirando el punto en el que estaba Marcus—. ¿Esos eran tus peores miedos? ¿Por qué solo tienes cuatro…? Oh. —Me mira—. Por eso te llaman…

Temía que, al enterarse de lo de Marcus, me mirara con lástima, y que eso me hiciera sentir débil, pequeño y vacío.

Sin embargo, ha visto a Marcus y lo ha mirado con rabia y sin miedo. No me ha hecho sentir débil, sino poderoso. Lo bastante fuerte como para defenderme.

La cojo por el codo y tiro de ella hacia mí para darle un lento beso en la mejilla, dejando que su piel me queme. La abrazo con fuerza, apoyándome en ella.

—Eh —suspira—, lo hemos conseguido.

Le paso los dedos por el pelo.

—Gracias a ti.

A última hora de la noche, la llevo a las rocas a las que vamos Zeke, Shauna y yo algunas veces. Tris y yo nos sentamos en una piedra plana que cuelga sobre el agua, y las salpicaduras me empapan los zapatos, pero el frío no resulta desagradable. Como todos los iniciados, está demasiado concentrada en la prueba de aptitud, y a mí me cuesta

hablar con ella sobre el tema. Creía que, después de soltar un secreto, el resto saldría solo, pero acabo de descubrir que la franqueza es una costumbre que se adquiere con el tiempo, no un interruptor que se enciende siempre que quieras.

—No le cuento estas cosas a la gente, ¿sabes? Ni siquiera a mis amigos.

Me quedo mirando las aguas oscuras y turbias, y las cosas que transportan: basura, ropa vieja, botellas que flotan como barquitos que inician un viaje.

—Mi resultado era el que cabía esperar: Abnegación.

—Oh —responde, frunciendo el ceño—. Pero elegiste Osadía de todos modos.

—Por necesidad.

—¿Por qué tenías que irte?

Aparto la mirada sin saber bien si soy capaz de reconocer en voz alta mis razones, porque eso me convierte en un traidor a mi facción, me hace sentir como un cobarde.

—Tenías que huir de tu padre. ¿Por eso no querías ser líder de Osadía? ¿Porque, si lo fueras, a lo mejor tendrías que volver a verlo?

Me encojo de hombros.

—Por eso y porque siempre he sentido que, en realidad, no pertenezco a Osadía. Al menos, no como es ahora.

No es del todo cierto. No estoy seguro de que sea el momento apropiado para contarle lo que sé de Max, Jeanine y el ataque… por motivos egoístas. Quiero que este momento sea mío, al menos un poco más.

—Pero eres… increíble —dice, y arqueo las cejas. Parece avergonzada—. Quiero decir, según los estándares de Osadía. Cuatro miedos es algo inaudito. ¿Cómo no vas a pertenecer a Osadía?

Me encojo de hombros de nuevo. Cuanto más tiempo pasa, más extraño me parece que mi paisaje del miedo no está abarrotado de miedos, como el de todos los demás. Muchas cosas me ponen nervioso, ansioso, incómodo… Pero cuando me enfrento a esas cosas, puedo reaccionar, no me quedo paralizado. Si no tengo cuidado, mis cuatro miedos me paralizan. Es la única diferencia.

—Tengo una teoría: creo que el altruismo y la valentía no son tan distintos —explico, y miro al Pozo, que se alza sobre nosotros. Desde aquí veo un trocito de cielo nocturno—. Te entrenan toda la vida para

olvidarte de ti, de modo que, cuando estás en peligro, ese es tu primer instinto. Encajaría igual de bien en Abnegación.

—Sí, bueno, dejé Abnegación porque no era lo bastante altruista, por mucho que lo intentara.

—Eso no es del todo cierto —replico, sonriendo—. Esa chica que dejó que le lanzaran cuchillos para salvar a un amigo, que recibió un golpe con el cinturón de mi padre para protegerme…, ¿no eras tú?

Con esta luz parece un ser de otro mundo, sus ojos son tan pálidos que casi brillan en la oscuridad.

—Has estado prestándome mucha atención, ¿no? —pregunta, como si acabara de leerme la mente. Pero no está hablando de mi forma de contemplar su rostro.

—Me gusta observar a la gente —respondo con astucia.

—A lo mejor estás hecho para Verdad, Cuatro, porque eres un pésimo mentiroso.

Pongo una mano junto a las suyas y me acerco más.

—De acuerdo. —Ya no tiene la larga y estrecha nariz inflamada por el ataque, ni tampoco la boca. Tiene una boca bonita—. Te observaba porque me gustas. Y no me llames Cuatro, ¿vale? Me gusta volver a oír mi nombre.

Por un momento, parece desconcertada.

—Pero eres mayor que yo…, Tobias.

Suena tan bien en sus labios…, como si no fuera un nombre del que avergonzarse.

—Sí, ese insalvable abismo de dos años que nos separa, ¿no?

—No intento menospreciarme —insiste con cabezonería—, es que no lo entiendo. Soy más joven, no soy guapa…

Me río y la beso en la sien.

—No finjas —dice, como si le faltara un poco el aliento—, sabes que no lo soy. No soy fea, pero tampoco es que sea guapa.

La palabra «guapa» y todo lo que representa es tan absurda e inútil en estos momentos que pierdo la paciencia.

—Vale, no eres guapa, ¿y qué? —Acerco los labios a su mejilla mientras intento reunir valor—. Me gusta tu aspecto —añado, retirándome—, eres tan lista que das miedo, eres valiente y, a pesar de saber lo de Marcus…, no me estás echando la típica mirada que se le echa a un cachorrito maltratado o algo así.

—Es que no lo eres —afirma, como si fuera un hecho probado.

Mi instinto estaba en lo cierto: es de confianza. Puedo confiarle mis secretos, mi vergüenza y el nombre que abandoné. Las verdades bonitas y las terribles. Lo sé.

Acerco mis labios a los suyos. Nos miramos a los ojos, y sonrío y vuelvo a besarla, esta vez con más seguridad.

No basta. La aprieto contra mí, la beso con más intensidad. Ella cobra vida, me rodea con sus brazos y se apoya en mí, pero sigue sin ser suficiente. ¿Cómo iba a serlo?

La acompaño de vuelta al dormitorio de los trasladados, con los zapatos todavía empapados de agua de río, y me sonríe mientras entra con sigilo por la puerta. Me voy a mi piso flotando en una nube de alivio, aunque no tarda en desvanecerse para dar paso de nuevo a la intranquilidad. Entre el momento en que vi el cinturón enrollársele en el brazo en mi paisaje del miedo y el momento en que le conté que el altruismo y la valentía eran, con frecuencia, lo mismo, tomé una decisión.

Doblo la siguiente esquina, no hacia mi piso, sino hacia una escalera que da al exterior, justo al lado de la casa de Max. Freno al pasar junto a su puerta, temiendo que el ruido de mis pisadas baste para despertarlo. Irracional.

Me late el corazón a mil por hora cuando llego arriba. Está pasando un tren, su costado plateado refleja la luz de la luna. Camino bajo las vías y me dirijo al sector abnegado.

Tris vino de Abnegación, parte de su poder innato procede de ellos, el que la impulsa a proteger a las personas más débiles que ella. Y no puedo soportar la idea de que las armas eruditas y osadas acaben con una facción en la que hay hombres y mujeres como ella. Puede que me mintieran y puede que yo les fallara al elegir Osadía, y quizás esté fallando a Osadía en estos instantes, pero no tengo por qué fallarme a mí mismo. Y, esté en la facción que esté, sé lo que tengo que hacer.

El sector abnegado está tan limpio que no hay ni una pizca de basura ni en las calles, ni en las aceras, ni en el césped. Los edificios grises idénticos, aunque desgastados en algunos puntos porque esta gente altruista se niega a repararlos cuando el sector abandonado necesita tanto los materiales, se conservan pulcros y anodinos. Las calles de este

lugar podrían ser un laberinto, pero todavía no he olvidado cómo llegar a casa de Marcus, a pesar del tiempo que he pasado fuera.

Qué raro lo deprisa que la he convertido en su casa, en vez de en la mía.

A lo mejor no tengo que contárselo; podría hablar con otro líder de Abnegación. Sin embargo, es el más influyente y, en parte, sigue siendo mi padre, el que intentó protegerme por ser divergente. Intento recordar el estallido de fuerza que sentí en el paisaje del miedo cuando Tris me demostró que solo era un hombre, no un monstruo, y que podía enfrentarme a él. Pero Tris no está conmigo, así que me siento endeble, como de papel.

Recorro el camino hasta la casa con las piernas rígidas, como si no tuviera articulaciones. No llamo, no quiero despertar a nadie. Meto la mano debajo del felpudo y saco la llave de repuesto para abrir la puerta principal.

Aunque es tarde, la luz de la cocina aún está encendida. Cuando entro, está de pie donde puedo verlo. Detrás de él, la mesa de la cocina está cubierta de papeles. Va descalzo (los zapatos están en la alfombra del salón, con los cordones desatados) y tiene los ojos ensombrecidos, como en mis pesadillas.

—¿Qué haces aquí?

Me mira de arriba abajo. Me pregunto qué estará mirando, hasta que recuerdo que voy de negro osado, llevo botas pesadas y chaqueta, y un tatuaje en el cuello. Se acerca un poco más, y me doy cuenta de que soy tan alto como él y más fuerte de lo que él haya sido nunca.

Ahora no podría vencerme.

—Ya no eres bienvenido en esta casa —dice.

—No… —Me pongo derecho, y no porque él odie las malas posturas—. No me importa —concluyo, y él arquea las cejas como si lo acabara de sorprender.

A lo mejor lo he hecho.

—He venido a advertiros —continúo—. He descubierto algo, unos planes de ataque. Max y Jeanine van a atacar Abnegación. No sé cuándo ni cómo.

Marcus se me queda mirando un segundo, como si me midiera, y su expresión se convierte en una mueca de burla.

—Max y Jeanine nos van a atacar —repite—. Ellos dos solos, ¿armados con jeringas de simulación? —Entorna los ojos—. ¿Te ha enviado Max? ¿Te has convertido en su lacayo osado? ¿Qué? ¿Quiere asustarme?

Cuando pensé en advertir a los abnegados estaba seguro de que lo más complicado sería cruzar esta puerta. Nunca se me ocurrió la posibilidad de que no me creyera.

—No seas estúpido —le digo.

Jamás le habría dicho algo así cuando vivía en esta casa, pero tras dos años procurando adoptar el estilo de habla osado, es algo que me sale solo.

—Si sospechas de Max, es por una razón —le explico—, y lo que te estoy diciendo es que no te equivocas: haces bien en sospechar de él. Estás en peligro, todos lo estáis.

—Te atreves a venir a mi casa después de traicionar a tu facción —dice en voz baja—, después de traicionar a tu familia… ¿y me insultas? —Sacude la cabeza—. Me niego a dejarme intimidar para hacer lo que Max y Jeanine quieran, y menos a dejarme intimidar por mi hijo.

—¿Sí? Pues olvídalo. Debería haber ido a hablar con otro.

Me vuelvo hacia la puerta, y me increpa:

—No me des la espalda.

Cierra la mano en torno a mi brazo y aprieta. Me quedo mirándola y me mareo durante un segundo, como si saliera de mi cuerpo y me separara de este momento para poder sobrevivir a él.

«Puedes luchar contra él», pienso al recordar cómo Tris le quitó el cinturón en mi paisaje del miedo para golpearlo.

Me zafo de su mano, soy demasiado fuerte para que me sujete. Sin embargo, solo logro reunir el valor necesario para marcharme, y él no se atreve a gritarme que vuelva; no se atreve a que lo oigan los vecinos. Me tiemblan un poco las manos, así que me las meto en los bolsillos. No oigo cómo se cierra la puerta, y eso me deja claro que me observa.

No ha sido el regreso triunfal que me imaginaba.

Me siento culpable cuando entro en la Espira, como si todos los osados me miraran y me juzgaran por lo que he hecho. He actuado contra los líderes osados y ¿para qué? ¿Para ayudar a un hombre al que odio y que ni siquiera me ha creído? ¿Para eso merecía la pena arriesgarse a ser un traidor a mi facción?

Contemplo el abismo a través del suelo de cristal, el agua tranquila y oscura, demasiado lejos para que refleje la luz de la luna. Hace unas horas estaba aquí mismo, a punto de enseñarle a una chica a la que apenas conocía todos los secretos que tanto he luchado por proteger.

Ella sí era digna de mi confianza, a diferencia de Marcus. Todavía merece la pena protegerla a ella, a su madre y al resto de la facción en la que ella cree. Así que eso es lo que pienso hacer.

Escenas exclusivas de

DIVERGENTE

¡Contadas desde la perspectiva de Tobias!

¡Primera saltadora: Tris!

Cuidado, Tris

Te veo muy bien, Tris

¡PRIMERA SALTADORA: TRIS!

Miro la hora en mi reloj: el primer iniciado debería saltar en cualquier momento.

La red espera a mi lado, ancha, resistente e iluminada desde arriba por el sol. La última vez que estuve aquí fue el Día de la Elección del año pasado y, antes de eso, el día que salté. No quería recordar la sensación de acercarme al borde del edificio, muerto de terror en cuerpo y mente; la horrible caída; el movimiento desesperado de brazos y piernas; la bofetada de las fibras de la red en los brazos y el cuello.

—¿Cómo fue la broma? —pregunta Lauren.

Tardo un segundo en recordar de lo que me habla: el programa y mi supuesta intención de gastarle una broma a Zeke.

—Todavía no se la he gastado. Hoy apenas hemos coincidido en el trabajo.

—Ya sabes que, si estuvieras dispuesto a estudiar en serio, nos vendrías bien en los servicios técnicos.

—Si estás de reclutamiento, deberías hablar con Zeke; se le da mucho mejor que a mí.

—Sí, pero Zeke no sabe cuándo debe cerrar la boca —responde—. Más que por capacidad seleccionamos por compatibilidad. Pasamos mucho tiempo juntos.

Sonrío. A Zeke le gusta parlotear, pero nunca me ha molestado. A veces resulta agradable no preocuparse por dar conversación.

Lauren juega con uno de los aros de su ceja mientras esperamos. Intento estirar el cuello para ver la azotea del edificio desde abajo, pero solo veo cielo.

—Apuesto a que es uno de mis nacidos en Osadía —dice Lauren.

—Siempre es un nacido en Osadía. No hay apuesta.

Los nacidos en Osadía cuentan con una ventaja injusta: normalmente saben lo que hay al final del salto, a pesar de que procuramos ocultárselo cuanto nos es posible. Esta entrada a la sede solo se utiliza el Día de la Elección, pero los osados son curiosos y exploran el complejo cuando creen que nadie los ve. También se les inculca desde pequeños el deseo de actuar con audacia y ser drásticos, de

comprometerse a fondo con lo que decidan hacer. Hace falta ser un trasladado muy raro para saber eso sin que te lo enseñen.

Entonces, la veo.

No es la mancha negra que esperaba, sino una gris que baja dando tumbos por el aire. Oigo el chasquido de la red al tensarse alrededor de los soportes metálicos y su movimiento para acunarla. Por un momento me quedo mirando, asombrado, esa ropa gris que me resulta tan familiar. Después meto una mano en la red para que pueda agarrarse a ella.

La chica se aferra a mis dedos, y la saco. Cuando sale tambaleándose por el lateral, le sujeto los brazos para que recupere el equilibrio. Es pequeña y delgada, de aspecto frágil, como si el impacto con la red hubiera podido romperla. Tiene los ojos grandes y de un azul reluciente.

—Gracias —me dice.

Puede que parezca frágil, pero no le tiembla la voz.

—No me lo puedo creer —dice Lauren con más chulería osada de la habitual—. ¿La primera en saltar ha sido una estirada? Increíble.

Tiene razón, es increíble. Ni siquiera es normal que los estirados se unan a Osadía. No hubo ningún trasladado de Abnegación el año pasado. Y, antes de eso, yo fui el primero después de mucho tiempo.

—Por algo los habrá dejado, Lauren —respondo, sintiéndome lejos de este momento, fuera de mi cuerpo. Regreso y le digo a la iniciada—: ¿Cómo te llamas?

—Um…

Ella vacila y, por un breve y curioso instante, es como si la conociera. No de mis días en Abnegación, ni del colegio, sino a un nivel más profundo. Sus ojos y su boca buscan un nombre; el que encuentra no le satisface, como me pasó a mí. Mi instructor durante la iniciación me ofreció una escapatoria de mi antigua identidad, y eso mismo puedo ofrecerle a ella.

—Piénsatelo —le digo, esbozando una leve sonrisa—. No te dejarán escoger dos veces.

—Tris —responde, como si ya estuviera segura.

—Tris —repite Lauren—. Haz el anuncio, Cuatro.

Al fin y al cabo, esta trasladada de Abnegación es mi iniciada.

Vuelvo la vista atrás, hacia la multitud de miembros osados que se han reunido para ver saltar a los iniciados, y anuncio:

—¡Primera saltadora: Tris!

Así la recordarán, no por el gris que viste, sino por su primer acto de valentía. O de locura. A veces las dos cosas son la misma.

Todos la vitorean y, mientras el sonido retumba por la caverna, otro iniciado cae en la red con un grito que hiela la sangre. Es una veraz vestida de blanco y negro. Esta vez es Lauren la que se acerca a la red para ayudarla. Pongo una mano en la espalda de Tris para guiarla hacia la escalera, por si no está tan recuperada como parece. Antes de dar el primer paso, le digo:

—Bienvenida a Osadía.

CUIDADO, TRIS

Una abnegada, cinco veraces, dos eruditos. Esos son mis iniciados.

Me cuentan que Verdad y Osadía tienen un índice de trasladados mutuos bastante elevado: normalmente perdemos tantos osados frente a Verdad como veraces ganamos frente a Osadía. Creo que mi trabajo consiste en conseguir que estos ocho iniciados superen, como mínimo, la primera ronda de cortes. El año pasado, cuando Eric y Max insistieron en los cortes, me enfrenté a ellos cuanto pude, pero, al parecer, los cortes han llegado para quedarse, todo por la Osadía que Max y Eric pretenden crear: una facción de brutalidad gratuita.

Sin embargo, mi intención es abandonar Osadía en cuanto descubra lo que traman Max y Jeanine, y si tiene que ser en medio de la iniciación, mejor.

Cuando todos los nacidos en Osadía (incluidos Uriah, Lynn y Marlene) están con nosotros, empiezo a bajar por el túnel y les hago gestos con una mano para que me sigan. Recorremos el oscuro pasillo que conduce a las puertas del Pozo.

—Aquí es donde nos dividimos —dice Lauren cuando llega a las puertas —. Los iniciados nacidos en Osadía, conmigo. Supongo que vosotros no necesitáis una visita guiada.

Sonríe, y los nacidos en Osadía la siguen por el pasillo que pasa junto al Pozo para ir al comedor. Los observo alejarse y, una vez que han desaparecido, me enderezo. El año pasado aprendí que, para que me tomen en serio desde el principio, tengo que ser duro con ellos desde el principio. No cuento con el encanto natural de Amar, que se ganaba la lealtad de la gente con tan solo una sonrisa o una broma, así que tengo que compensarlo de otro modo.

—La mayor parte del tiempo trabajo en la sala de control, pero, durante las próximas cuatro semanas, seré vuestro instructor. Me llamo Cuatro.

Una de las veraces (alta, de piel oscura y voz enérgica) decide hablar.

—¿Cuatro? ¿Como el número?

Percibo el inicio de una revuelta. La gente que no sabe lo que significa mi nombre suele reírse de él; no me gusta que se rían de mí, y menos un grupo de iniciados recién salidos de la Elección que no tienen ni idea de lo que les espera.

—Sí —respondo, malhumorado—, ¿algún problema?

—No —responde la chica.

—Bien. Estamos a punto de entrar en el Pozo, un sitio que aprenderéis a querer con el tiempo. Es…

La veraz me interrumpe de nuevo.

—¿El Pozo? Qué nombre más agudo.

Me enfado de verdad y me acerco a ella sin meditarlo antes. No puedo permitir que alguien bromee cada vez que digo algo, y menos al principio de la iniciación, cuando la actitud de todos es tan maleable. Debo demostrarles que no pueden jugar conmigo y debo hacerlo ahora.

Me inclino sobre ella y me quedo mirándola unos segundos, hasta que pierde la sonrisa.

—¿Cómo te llamas? —pregunto, manteniendo la voz baja.

—Christina.

—Bueno, Christina, si hubiese querido aguantar a los bocazas de Verdad, me habría unido a su facción. La primera lección que vas a aprender es a mantener la boca cerrada, ¿lo entiendes?

Ella asiente con la cabeza. Me giro con el corazón palpitándome en los oídos. Creo que con eso bastará, pero no puedo estar seguro, no hasta que comience de verdad la iniciación. Empujo las puertas dobles que dan al Pozo y, por un momento, lo veo como si fuera la primera vez: un espacio de tamaño increíble, desbordante de vida y energía; el golpeteo del agua del abismo al estrellarse contra las rocas; los ecos de conversaciones por todas partes. Casi siempre lo evito porque hay demasiado bullicio, pero hoy me encanta. No puedo evitarlo.

—Si me seguís, os enseñaré el abismo.

La trasladada de Abnegación se sienta a mi mesa. Por un momento me pregunto si sabrá quién soy o si, de algún modo, se siente atraída hacia mí por una fuerza estirada invisible que no puedo evitar emitir. Sin embargo, no me mira como si me conociera. Y no sabe lo que es una hamburguesa.

—¿Nunca has comido una hamburguesa? —le pregunta Christina con incredulidad.

Los veraces son así, les sorprende que los demás no vivan como ellos. Es una de las razones por la que no me gustan. Es como si el resto del

mundo no existiera para ellos, mientras que, para Abnegación, el resto del mundo es lo único que existe, y está repleto de necesidades.

—No —responde Tris. Para ser tan menuda, tiene una voz bastante grave. Siempre suena seria, diga lo que diga—, ¿se llaman así?

—Los estirados comen comida sencilla —explico, intentando usar nuestra jerga.

Aplicarla con Tris me resulta poco natural; es como si le debiese la cortesía que le dedicaría a cualquier mujer en mi antigua facción: actitud deferente, mirada gacha y conversación educada. Tengo que obligarme a recordar que ya no estoy en Abnegación. Y ella tampoco.

—¿Por qué? —pregunta Christina.

—La extravagancia se considera una falta de moderación y algo innecesario —responde Tris como si lo recitara de memoria. Quizá lo haga.

—Con razón te has ido.

—Sí —dice Tris, poniendo los ojos en blanco, cosa que me sorprende—, ha sido por la comida.

Intento no sonreír. No estoy seguro de haberlo conseguido.

Entonces, Eric entra y todos guardan silencio.

La elección de Eric como líder de Osadía provocó confusión y, en algunos casos, rabia. Nunca antes habíamos tenido a un líder tan joven, y mucha gente se opuso a la decisión y expresó su preocupación por su juventud y su procedencia erudita. Max se aseguró de silenciar esas voces. Igual que Eric. Alguien se quejaba un día y después guardaba silencio al siguiente, asustado, casi como si lo hubieran amenazado. Conociendo a Eric, seguramente lo hizo con palabras suaves que se retorcían hasta convertirse en algo cruel, inteligente y calculado, como siempre.

—¿Quién es? —pregunta Christina.

—Se llama Eric —respondo—. Es un líder de Osadía.

—¿En serio? Es muy joven.

—Aquí no importa la edad —explico, apretando la mandíbula.

«Lo que importa es tener vínculos con Jeanine Matthews».

Se acerca a nosotros y se deja caer en el asiento que tengo al lado. Me quedo mirando mi comida.

—Bueno, ¿no me vas a presentar? —pregunta, como si nada, como si fuéramos amigos.

—Esta es Tris y esta, Christina.

—Oooh, una estirada —dice Eric, sonriendo con suficiencia. Por un momento temo que esté a punto de contarle de dónde vengo, así que me agarro una rodilla y aprieto con ganas para no soltarle una bofetada. Sin embargo, se limita a decir—: Ya veremos cuánto duras.

Quiero pegarle. O recordarle que el último trasladado de Abnegación que tuvimos, el que está sentado a su lado, consiguió romperle un diente, así que quién sabe lo que hará este. Sin embargo, con las nuevas prácticas en funcionamiento (luchar hasta que uno de los oponentes sea incapaz de levantarse, echar gente tras una sola semana de entrenamiento en combate), tiene razón: es poco probable que dure mucho, con lo menuda que es. No me gusta, pero es así.

—¿Qué has estado haciendo estos días, Cuatro? —pregunta Eric.

Siento una punzada de miedo; por un momento me preocupa que sepa que los espío a Max y a él. Me encojo de hombros.

—Nada, la verdad.

—Me dice Max que ha intentado reunirse contigo y no apareces. Me ha pedido que averigüe qué pasaba contigo.

No me cuesta nada pasar de los mensajes de Max, como si fuera basura que el viento arrastrara hacia mí. Aunque puede que a Eric ya no le importen las reacciones negativas a su nombramiento, siguen importándole a Max, a quien nunca le gustó su protegido tanto como debiera. Yo sí le gustaba, aunque no sé bien por qué, teniendo en cuenta que me mantengo aislado mientras los demás osados hacen piña.

—Dile que estoy satisfecho con el puesto que tengo —respondo.

—Así que quiere darte un trabajo.

Otra vez le brota la suspicacia de la boca como pus de un nuevo *piercing* .

—Eso parece.

—Y a ti no te interesa.

—Lleva dos años sin interesarme.

—Bueno, esperemos que lo capte de una vez.

Me da un puñetazo en el hombro que pretende ser informal, pero con tanta fuerza que casi me tira sobre la mesa. Le lanzo una mirada asesina cuando se aleja; no me gusta que me avasallen, y menos un escuchimizado amante de los eruditos.

—¿Sois… amigos? —pregunta Tris.

—Estábamos en la misma clase de iniciados. —Decido dar un golpe preventivo, ponerlos en contra de Eric antes de que él los ponga en contra de mí—. Él vino de Erudición.

Christina arquea las cejas, pero Tris, sin hacer caso de la palabra «Erudición» y de las sospechas que deberían habérsele grabado en la piel después de pasar la vida en Abnegación, pregunta:

—¿Tú también eras un trasladado?

—Creía que solo tendría problemas con las preguntas de los veraces. ¿Ahora también me van a fastidiar los estirados?

Como antes con Christina, intento ser brusco para cerrarles la puerta en las narices antes de que se abra demasiado. Pero la boca de Tris se retuerce como si hubiera probado algo amargo y replica:

—Debe de ser por lo accesible que resultas. Ya sabes, igual que un colchón de clavos.

Se ruboriza cuando la miro, pero no aparta la vista. Tiene algo que me resulta familiar, a pesar de que recordaría haber conocido a una chica abnegada tan mordaz, aunque solo me la hubiera cruzado un segundo.

—Ten cuidado, Tris —la aviso.

Cuidado con lo que me dices, es lo que quiero decir, cuidado con lo que le dices a los demás en una facción que valora todo lo que no debe, que no entiende que, cuando vienes de Abnegación, el colmo de la valentía es no dejar que te avasallen, ni siquiera en los momentos más insignificantes.

Al decir su nombre descubro de qué la conozco: es la hija de Andrew Prior. Beatrice. Tris.

TE VEO MUY BIEN, TRIS

No sé si recuerdo lo que me hizo reír, pero lo dijo Zeke y era para morirse. El Pozo se balancea a mi alrededor como si estuviera en un columpio. Me agarro a la barandilla para mantener el equilibrio y beberme el resto de lo que hubiera en esta botella.

¿Ataque a Abnegación? ¿Qué ataque? Apenas lo recuerdo.

Bueno, en realidad es una mentira, pero nunca es demasiado tarde para acostumbrarse al placer de mentirse a uno mismo.

Veo una cabeza rubia moviéndose entre la multitud y bajo la mirada para encontrarme con el rostro de Tris. Por una vez no lleva varias capas de ropa, ni el cuello de la camisa pegado al gaznate. Le veo las formas… «Para», me regaña una voz en mi cabeza antes de que pueda proseguir con la idea.

—¡Tris! —exclamo, y la palabra sale sin poder detenerla, sin tan siquiera intentarlo.

Me acerco a ella sin hacer caso de las miradas de Will, Al y Christina. Es fácil, porque sus ojos son más brillantes, más intensos que antes.

—Pareces distinta —digo.

Pretendía decir «mayor», pero no quería sugerir que antes pareciera joven. Puede que no tenga curvas en los mismos lugares que las mujeres de más edad, pero nadie podría mirarla a la cara y ver a una niña. Ninguna niña es tan feroz.

—Y tú —responde—. ¿Qué haces?

«Beber», pienso, pero es probable que ya se haya dado cuenta.

—Coquetear con la muerte —contesto, riéndome—. Beber cerca del abismo. Seguramente no es buena idea.

—No.

No se ríe, parece recelosa. ¿Recelosa de qué? ¿De mí?

—No sabía que tuvieras un tatuaje —comento, examinando su clavícula. Veo tres pájaros negros sencillos que parecen volar sobre su piel—. Es verdad, los cuervos.

Quiero preguntarle por qué se ha tatuado uno de sus peores miedos en el cuerpo, por qué quiere llevar encima la marca de su miedo para siempre en vez de ocultarla, avergonzada. A lo mejor no está avergonzada de sus miedos como yo de los míos.

Miro hacia Zeke y Shauna, que están junto a la barandilla, hombro con hombro.

—Te pediría que vinieras con nosotros, pero se supone que no debes verme así.

—¿Cómo? —pregunta—. ¿Borracho?

—Sí…, bueno, no. —De repente, ya no me parece tan gracioso—. Real, supongo.

—Fingiré que no lo he visto.

—Muy amable por tu parte.

Me acerco más de lo que pretendía y le huelo el pelo, noto la fresca, suave y delicada piel de su mejilla contra la mía. Me avergonzaría por actuar tan tontamente, por ser tan directo, si ella se retirara, aunque fuera por un segundo, pero no lo hace. Todo lo contrario: se acerca un poco más.

—Te veo muy bien, Tris —le digo, porque no estoy seguro de que sepa lo bien que está, y debería saberlo.

Esta vez, se ríe.

—Hazme un favor y aléjate del abismo, ¿vale?

—Claro.

Sonríe, y me pregunto por primera vez si le gusto. Si es capaz de sonreírme cuando estoy así…, bueno, quizá le guste.

Sí que sé una cosa: para ayudarme a olvidar lo horrible que es el mundo, la prefiero al alcohol.

AGRADECIMIENTOS

Gracias, gracias, gracias a:

Mi marido, mi familia (Roth-Rydz-Ross, Fitch, Kraus, Paquette, Johnson y todos los que hay en medio) y amigos (escritores y no escritores, del primero al último) por no cejar en su apoyo, generosidad y perdón, sin los cuales seguro que habría perecido. No, en serio.

Joanna Volpe, amiga agente, por ser siempre amable y sabia y Todas Esas Cosas (Buenas). Katherine Tegen, amiga editora, por toda su sabiduría editorial y su incesante trabajo. Todo el equipo de HarperCollins por su genialidad en todas las áreas: Joel Tippie, Amy Ryan, Barb Fitzsimmons, Brenna Franzitta, Josh Weiss, Mark Rifkin, Valerie Shea, Christine Cox, Joan Giurdanella, Lauren Flower, Alison Lisnow, Sandee Roston, Diane Naughton, Colleen O'Connell, Aubry Parks-Fried, Margot Wood, Patty Rosati, Molly Thomas, Onalee Smith, Andrea Pappenheimer, Kerry Moynagh, Kathy Faber, Liz Frew, Heather Doss, Jenny Sheridan, Fran Olson, Deb Murphy, Jessica Abel, Samantha Hagerbaumer, Andrea Rosen, David Wolfson, Jean McGinley, Alpha Wong, Sheala Howley, Ruiko Tokunaga, Caitlin Garing, Beth Ives, Katie Bignell, Karen Dziekonski, Sean McManus, Randy Rosema, Pam Moore, Rosanne Romanello, Melinda Weigel, Gwen Morton, Lillian Sun, Rosanne Lauer, Erica Ferguson y, por supuesto, Kate Jackson, Susan Katz y Brian Murray. No hay ninguna editorial mejor.

Danielle Barthel, por su paciencia y sus ánimos con respecto a estas historias en concreto. Pouya Shahbazian, por demostrarme cómo mantener la calma en la tormenta (estoy trabajando en ello). Todo el personal de New Leaf Literary, por trabajar tantísimo y hacerlo tan bien. Steve Younger, por su humor y sus proezas legales, a partes iguales.

Y por último, pero no por ello menos importante, ni de lejos: todos los lectores de *Divergente* del planeta (¡iniciados!). El entusiasmo que demostráis por estos personajes hizo que sentarme a escribir estas historias resultara emocionante y me dio fuerzas en las partes más difíciles.

Me parece que lo más apropiado es terminar con un:

‹4